DOC SAVAGE

PELIGRO OCULTO

por KENNETH ROBESO



Peligro oculto

Kenneth Robeson
Doc Savage/29

CAPÍTULO I

PARECÍA hombre duro el sujeto de la cara vulgar. Y también producía la impresión de haber corrido un rato largo. Sin embargo, se dejó engañar por una sencilla estratagema.

Había estado examinando el radiador del coche gris para ver si tenía agua todavía y al enderezarse fue cuando vió el bolso y el reloj de pulsera. Debió recordar que no estaban allí momentos antes. Pero no lo recordó.

Era un antiguo boxeador. Surcos carnosos rodeaban sus ojos, tenía la nariz aplastada y las orejas deformadas. Su aspecto era muy feo, mas no parecía tonto.

Se rascó la barbilla con el dorso de la mano —justamente aquella que sostenía un negro revólver— luego se acercó al bolso y al reloj de pulsera y los examinó con sostenida atención. El bolso parecía bueno, pero no se atrevió a creerlo a pies juntillas porque hoy día se imita todo y con mucha gracia por cierto.

Seis diamantes rodeaban la esfera del reloj de pulsera y el sol matinal les arrancaba tales reflejos, que no hubiera podido ser una vulgar imitación de cristal. El reloj no era barato. Entonces fue cuando cometió la torpeza.

Se guardó el arma en el bolsillo, con el fin de coger ambos objetos. ¿Por qué hizo aquello? Es algo difícil de explicar. Quizá le impulsó una codicia exagerada. El caso es que puso las manos pecadoras sobre los dos objetos.

—¡Arriba las manos! —le ordenó una voz de mujer.

Acababa de surgir tras de un arbusto cuajado de hojas nuevas de un verde tierno, y en la mano empuñaba un rifle automático del calibre 22, con el cual le apuntó.

El desconocido torció el gesto, sin duda había aprendido a poner

aquella cara en la época en que boxeaba para espantar a sus oponentes en el ring.

—¿Hola? ¿Tú eres el bebé que nos sigue los pasos? —gruñó.

Y frunció el ceño sin apartar la mirada del rifle.

La muchacha —que tendría de veinte a veintidós años— le dejó que mirara más directamente a la boca del arma.

—Podrán salir mis proyectiles de un agujero pequeño —comentó —, pero no se haga ilusiones. Son certeros y de un tipo nuevo. ¡Vengan el bolso y la pulsera!

El desconocido entregó ambas cosas.

—Usted es Stupe Davin —siguió diciendo la muchacha.

—Jamás le he oído nombrar.

—Inclínese y escriba la respuesta en el polvo del camino.

—¿Eh?

—Soy sorda, que escriba su respuesta ahí, en el suelo. Inclínese y escriba la respuesta ahí, en el suelo.

El hombre obedeció. Valiéndose de un dedo, puso en el polvo:

“No conozco a Davin.”

—¡Embustero! Te fingiste secretario, en otro tiempo, de Mauricio Zachies apodado “La Paloma de la Paz” o Dove Zachies y actualmente eres su guardia de corps y un asesino de profesión.

El hombre escribió su protesta en el camino.

—¡No!

La muchacha le registró los bolsillos y le halló encima el permiso para conducir el auto que estaba a nombre de Alberto W. Davin.

—Aquí tienes la prueba de que eres Stupe Davin —dijo la muchacha; y se guardó el permiso.

Davin abandonó de súbito todo fingimiento. La rabia le arrebató el semblante.

—¡Que el demonio cargue contigo! —exclamó entre dientes—. Yo te he tomado el número.

—¡Escribe eso!

—¡Tú trabajas para el “Demonio Bramador”.

La muchacha no se inmutó. Su rostro asumió la paralizada expresión de los sordos.

—No te oigo —repitió—. Escribe lo que me acabas de decir.

Mas el desconocido no la obedeció. Parecía terco como una

mula.

Ella le apuntó con el rifle.

—¡Escribe!

El hombre contestó de mal talante:

—Oye, bebé, a mí no me vengas con...

No concluyó la frase comenzada. Súbita, inesperadamente, ella le había pegado con su propio negro revólver, que sacó del bolsillo. Era alta, atlética, y no demostró la menor timidez al asestarle el golpe en la sien.

El desconocido cayó al suelo y ya no se movió. Dando muestras de un atrevimiento inusitado, gozoso, ella le tomó el pulso para asegurarse de que sólo estaba privado de conocimiento.

Parecía divertirse de lo lindo como si se tratase de un juego. Tiró del hombre y a rastras le condujo a un espeso matorral. Allí le dejo, junto al camino.

—¡Ah, tunante! —musitó—. Tú eres el asesino número uno de Dove Zachies.

El fondo del bolsillo de su chaqueta de deporte contenía un tubito lleno, si no mentía la etiqueta, de cápsulas adormecedoras que únicamente se vendían al público mediante prescripción facultativa.

La muchacha introdujo tres cápsulas de aquel tubo, de manera tan hábil, en el gaznate del hombre, que la hubiera envidiado un practicante.

Aun cuando tenía prisa todavía, se detuvo un instante para echarle una ojeada al coche y en particular a las ventanillas.

Estas tenían gruesos cristales de seguridad. La muchacha comparó el número de matrícula con el que llevaba apuntado en un verde y primoroso librito y pareció satisfecha.

—Sí, es el coche de Zachies —dijo en voz alta.

Y se adentró en el bosque. Durante el camino no separó la vista del suelo. La primavera, con su inevitable acompañamiento de lluvias, había llegado ya a aquella región montañosa del estado de Nueva York y era lujuriante la vegetación.

En el húmedo suelo del bosque quedaban claramente impresas las huellas de los pies. Antes de mucho descubrió unas la muchacha.

Habíalas dejado un hombre de pies pequeños que, a juzgar por las trazas, no iba vestido para andar por el campo, porque antes de

penetrar en la espesura daba un rodeo, no la atravesaba resueltamente como lo hubiera hecho de ir vestido a propósito.

La manera como serpenteaba el rastro dejado demostraba, también, otra cosa; que el desconocido elegía los puntos altos, rocosos, las colinas, para sentar la planta. Indudablemente iba en busca de algo.

En un punto donde había tropezado y caído, había dejado una huella que demostraba que iba armado de una ametralladora. Era inconfundible la marca dejada por el cilindro de la cámara.

Cuando se dejó oír el bramido, la muchacha estaba examinando aquellas marcas. Antes de que sonara debió precederle una intangible premonición, porque un grajo azul, que se había instalado sobre una rama de un árbol vecino, sufrió un súbito espasmo de terror.

Lanzó un chillido y revoloteó como alocado por entre las copas de los árboles como para evadir una terrible, indefinida catástrofe.

Afirman los naturalistas que los seres vivos de la creación, aves y cuadrúpedos, presienten peligros que a menudo pasan inadvertidos para el hombre, y posiblemente ello se relacionaba, ahora, con la animación demostrada por el grajo a la cálida luz de un sol primaveral.

A continuación sonó el bramido de que hemos hecho mención. Débil, apenas perceptible, en sus comienzos, tornóse poco a poco en enjambre de langostas y éstas, invisibles, alcanzaron titánicas proporciones hasta el punto de que a la muchacha le zumbaron los oídos y temió que fuera a estallarle la cabeza. Después, la fauna del bosque se puso en movimiento.

Las aves revoloteaban por encima de su cabeza con apresuramiento febril en tormo a la copa de los árboles y en la espesura, a sus pies, ardillas, marmotas y conejos, tal vez alguno que otro gamo, buscaban desesperadamente un refugio.

En toda la extensión ocupada por el bosque sólo la muchacha se conducía normalmente. Eso sí, se había detenido y, curiosa, contemplaba las evoluciones de sus habitantes.

En una ocasión levantó las manos y se tapó los oídos. Parecía perpleja.

Luego, con una rapidez de mal tono, salió de debajo de los árboles y se postró de hinojos en el claro vecino cuyo centro había

buscado. En esta postura se inmovilizó como si aguardase a que sucediera algo extraordinario.

Pero nada ocurrió. El fantástico bramido cesó casi de repente, como había comenzado, reemplazándole la algarabía de los pájaros. La muchacha aguardó largo tiempo seguido.

Y cuando, al cabo, se levantó del suelo, sus facciones —era notablemente atractiva— seguían expresando perplejidad sin límites como si hubiera aguardado algo y la decepcionase ver que no había llegado.

Continuó siguiendo la pista del hombre de los pies pequeños y no transcurrió mucho tiempo sin que se lo echara a la cara. Era bajito de estatura, pero desmedidamente rechoncho. Tenía grises los cabellos y la ciudada barba.

Vestía de gris, se cubría la testa con una boina de igual color y su obesa persona daba la impresión de una mansa, pacífica paloma.

Con las dos manos sostenía una ametralladora al descubrirle la joven y parecía tan perplejo como ella, asustado también. Lanzaba en torno nerviosas ojeadas.

—¡Dove Zachies! —murmuró la desconocida; y levantó el rifle liviano.

Era un arma costosa de salón, provista de una montura para la mira telescópica. Ella la colocó en el lugar conveniente y le apuntó al hombre de la ametralladora. Permaneció en tal postura largo rato, pero sin decidirse a disparar, y al cabo bajó el arma.

—No —murmuró, hablando consigo misma—. Debo cogerle vivo. Esta es la orden.

Dove Zachies echó a andar bosque adelante y la muchacha le siguió los pasos usando de infinita preparación. Evidentemente el hombre se hallaba familiarizado con la región, porque se dirigió sin vacilar a aquellos puntos más ventajosos desde los cuales podía dominarse el panorama. Su intención era, sin duda, la de asegurarse de que nadie le observaba.

En general, dirigíase hacia el Oeste y poco después de emprendido el camino llegó a una cabaña de regulares dimensiones. La cabaña tenía abiertas las ventanas y la puerta cerrada. Zachies llamó a ella.

Como no obtuviera respuesta tornó a llamar por dos veces consecutivas, luego probó de abrir. La puerta no estaba cerrada con

llave y penetró en la habitación con la ametralladora dispuesta.

Cinco minutos después volvía a salir. Acababa de sufrir una conmoción. Se le notaba en la cara. Estaba aterrorizado. Como si tuviera miedo de ser visto o de que le sobreviniera alguna catástrofe espantosa, penetró a paso largo en el bosque. La muchacha le vió marchar desde su refugio tras de los matorrales.

Miedo no, pero si la curiosidad se retrataba en su semblante. De pronto, como si se tratara de inspeccionar la cabaña antes de alcanzar a Zachies, abandonó su escondite y se lanzó a terreno descubierto.

Penetró en la casa rifle en mano. Se halló en una hermosa habitación, en uno de cuyos extremos aparecía una gran chimenea, en su centro una mesa y a cada lado de ésta una estantería adosada a la pared.

Dichas estanterías estaban abarrotadas de libros sencillamente encuadernados, que ostentaban en el lomo el título correspondiente. Ella curioseó uno de ellos. Decía:

“BOSTANI. SU TEORÍA DE LA VOLATILIZACIÓN ELECTROQUINÉTICA.”

La muchacha hizo una mueca. Los demás libros eran, todos, voluminosas obras científicas. Buena pare de ellas estaban constituidas solamente por las tapas, dentro de las cuales se habían insertado folletos o impresos.

Formaba el interior de la cabaña una sola habitación. La muchacha avanzó hasta la puerta, abrió la hoja con el cañón del rifle y se dispuso a entrar. Pero no lo hizo. Se quedó inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Contemplaba al muerto vivo que tenía delante. Vivo y muerto, al propio tiempo, no halló frase más adecuada para describir lo que estaba viento. El hombre era relativamente joven —veinticinco años, tal vez—, pecoso, de facciones ordinarias.

Llevaba puesta la camiseta únicamente, y unos pantalones de color avellana sobre los cuales ostentaba un mandil de cuero. En torno de sus tobillos se había atado el extremo de una cuerda de unos quince pies de longitud; el otro extremo ascendía hasta una de las vigas del techo.

Un chiquillo podía haber desatado al joven con dedos medianamente vigorosos. Pero era evidente que llevaba días ligado

de aquel modo y estaba delgado, muerto de hambre, hasta el punto de despertar compasión.

Se hallaba de pie, con el cuerpo desmadejado, y si vió a la atrevida desconocida, no dio muestras de ello. No siguiera le dirigió una ojeada.

—¡Eh! —exclamó ella rudamente—. ¿Qué ficción es ésa?

El joven osciló, se meció sobre los pies lentamente. Se parecía a una marioneta privada, de momento, de acción. Trató de volverse y cayó al suelo.

—¡Eres un buen actor! —observó enojada la muchacha.

Mas se le dilataron las pupilas. El joven se había caído sobre un trozo de vidrio y se había cortado una mano de manera tal que su sangre goteó hasta el suelo; mas, no dio muestras de dolor no pareció darse cuenta de lo que acababa de ocurrirle. La muchacha recorrió de una ojeada la habitación.

Al parecer había sido un laboratorio, destrozado a la sazón. Aparatos rotos vacías estanterías y pedestales indicaban que se había usado en ellos la violencia.

En alguna mesa que otra veíanse las huellas visibles del hacha así como en los carretes de hilos eléctricos. Alguien había sistemáticamente destrozado el laboratorio.

La muchacha se acercó solícita al joven, le arrancó un trozo de camiseta y con él le vendó la mano herida. Le tocó la piel. Estaba tan helada como la de un muerto. Ella se estremeció. Sacudiendo al joven:

—¡Hable de una vez! —le ordenó—. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que le han hecho?

Él masculló palabras sin sentido, por toda respuesta. Tornó a sacudirle la muchacha interrogándole esta vez:

—¿Qué le une a Dove Zachies?

Desde la puerta donde había aparecido tan silencioso que ella no le había oído llegar, repuso el propio Dove Zachies:

—Créalo o no, le aseguro que no existe relación alguna entre los dos.

CAPÍTULO II

CATÁSTROFE

LA muchacha había dejado el rifle de pie junto a la puerta. Instintivamente tendió la mano para cogerlo y la retiró al ver la ametralladora con que la amenazaba Zachies.

Visto de cerca, el sujeto parecía todavía más manso, más semejante a una paloma.

—Vuelvo de junto al coche —le explicó—, y allí he reparado en las huellas de sus pasos. ¿No he estado de suerte? ¿Qué le parece?

Su acento era un insinuante y cálido arrullo.

Adelantó un paso, puso un pie sobre el rifle, y, deliberadamente, lo partió en dos, inutilizándolo. Luego miró curioso a la muchacha.

—Yo la he visto ya en otra ocasión —observó, hostil—. Hace días que anda persiguiéndome, espiándome.

La muchacha se encogió de hombros sin replicar.

Zachies gruñó:

—Sin duda trabaja a las órdenes del “Demonio Bramador”.

Ella parpadeó, fue a decir algo, pero lo pensó mejor y permaneció muda.

—Bueno, hermana, cantarás de plano antes de que me separe de ti. Justamente hace tiempo que deseo ponerle la mano encima alguno de la banda. Tú me dirás muchas cosas. Por ejemplo: ¿quién es el “Demonio Bramador”? ¿Cómo se las arregla para llevar a cabo sus proyectos infernales?

La muchacha callaba. En lugar de asustarse tenía los ojos brillantes de expectación. Se sonreía levemente.

—Otra chiquilla estaría atemorizada. Tú no eres de ésas, por lo visto —siguió diciendo Zachies—. Pero dejemos las alturas para el “Demonio Bramador” —sea quien quiera, es de temer.

Dove hizo un gesto duro que contrastaba de manera chocante con su pacífico exterior y concluyó —: Sin embargo, ¡yo no le temo!

La muchacha trataba de extraer un bolso de uno de los bolsillos de la cazadora de dril. Zachies se lo arrancó de la mano y le contempló. En su cara externa lucía unas iniciales:

R.M.K.

En su interior encontró Zachies un tarjetero cuyas tarjetas llevaban un nombre que parecía encajar con las iniciales en cuestión.

—Retta María Kenn —leyó Dove—. ¿Son sus nombres y apellidos?

La muchacha sonrió.

—Soy sorda —declaró a Zachies—. Tendrá que escribir cuanto quiera decirme.

—¡Ah!

Él la examinó frunciendo el ceño. No parecía estar muy seguro de que ella le dijera la verdad. Sacudió la cabeza y prosiguió su requisa del bolso sin dejar por ello de vigilar ora a la muchacha, ora al joven de los ligados tobillos.

De pronto tropezó con el permiso para guiar un coche que había pertenecido al rechoncho individuo durmiente en el bosque y no le costó comprender cómo había vendido a parar a manos de la joven.

—Veo que sorprendiste a Stupe Davin —dijo—. Menudo puntapié voy a asestarle en pleno rostro.

La muchacha se sonrió muy gozosa. Zachies dejó escapar un gruñido.

A continuación continuó investigando el contenido del bolso. Como encontrara en él un telegrama, abrióle y lo leyó interesado de verdad.

“Powertown, N. Y.

“Miss Retta Ken.

“Siga a Zachies y póngame al corriente de todos sus movimientos. Si le fuera posible apodérese de él y entréguemelo.”

“V. Venable Mear.”

—¿Quién diantres es este individuo? —deseó saber Zachies.

—¡Por favor, escriba lo que me dice! —le suplicó la muchacha.

Zachies le soltó un bufido. A grandes pasos midió el laboratorio. Su cólera era risible y no parecía peligrosa.

De pronto señaló con el brazo levantado al joven enflaquecido que parecía aletargado.

—¿Quién es este hombre? —interrogó a la muchacha—. ¿Qué es lo que le pasa y pro qué está ahí, inmóvil, con esa cuerda atada a los tobillos? ¿Por qué no se desata?

Respondiole la muchacha:

—Si quiere escribir, llevo aquí papel y lápiz.

—¡Puah! —hizo Zachies—. ¡Cierre el pico!

Con centelleante mirada contempló el papel y el lápiz de que hablaba.

Justamente asomaban al nivel del bolsillo que ella llevaba en la parte alta de la chaqueta. Sin embargo, no trató de utilizarlos. En vez de ello tiró del alambre galvanizado arrollado a un carrete que había sobre una mesa del laboratorio y le empleó para atar a la muchacha. Ella se resistió.

Le arañó la cara, le pegó en un ojo y en cierta ocasión logró asestarle un puntapié, pero al cabo consiguió atarla.

Entonces se dio una vuelta por el laboratorio, examinándolo someramente, volcando desechadas papeleras, leyendo sobres viejos, los hombres de periódicos usados para envolver. Describió una vuelta completa y ella le trajo de nuevo junto al idiota.

—¡Eres Flagler D´Aughtell —le preguntó—, o su ayudante Mort Collins? Ambos sois inventores, ¿no?

El joven balbuceó palabras incomprensibles.

Zachies le miró de cerca y se estremeció.

—¡A ti te pasa algo muy malo, desde luego! —murmuró.

En la parte de atrás de la casa descubrió una pieza reducida que había servido, en otro tiempo, de cocina y sobre la mesa vió un cubo lleno de agua que a juzgar por el número de insectos que contenía llevaba en ella muchos días. Zachies recogió un poco de agua en el hueco de la mano y con ella roció el semblante del joven, luego trató de obligarle a que bebiera. Más, por lo visto, no sabía. Cuando Zachies le echo atrás la cabeza y le derramó unas gotas en el gaznate, parecióle que derramaba el agua en una boca de riego.

El joven no luchaba por desasirse, ni siguiera trató de tragar el agua.

—¿Eres D´Aughtell? —volvió a interrogarle Zachies—. ¿Eres por el contrario Mort Collins? Si es así, ¿dónde está D´Aughtell?

Pero el joven no parecía suficientemente reanimado para sostener una conversación. Es más: en el caso de que se hubiera reanimado no se notaba.

Zachies se rascó la frente. Una idea brillante pareció asaltarle, de súbito, y acercándose al desgraciado le gritó al oído:

—¡El demonio bramador! ¡El demonio bramador!

El joven se aguantó un poco mediante un esfuerzo extraordinario y levantó un brazo. Con la acción parecía tratar de resguardarse el semblante.

—¡Tú sabes algo! —murmuró Zachies—. Pero el problema estriba en poder arrancártelo.

Reflexionó un instante y la fin concluyó, sin duda, que la muchacha podía darle los informes que deseaba, porque se encaró con ella.

—¿Que quién es el demonio bramador? —le interrogó.

—¡Escríbalo! —le sugirió ella.

Zachies lanzó un gruñido, luego le arrancó las ligaduras de las muñecas y del bolsillo de su chaqueta retiró el papel y el lápiz.

Comenzó a escribir atacando violentamente el papel con la aguda punta del lápiz, y como resultado pegó un bote, lazó un grito agudo y se miró la punta del dedo.

Una mancha oscura indicaba el punto donde se había apoyado el lápiz.

Zachies dio un ronco suspiro, comenzó a tambalearse presa de un síncope, al parecer. La muchacha se levantó tranquilamente del suelo.

Zachies la miró fijamente. Parecía debilitarse por momentos.

—¿Qué me ha hecho usted?

—Yo, nada —replicó ella en tono seco—. Ha sido el lápiz. Está impregnado de una solución desconocida, probablemente, para usted. Pero no le matará. Esto es un consuelo, ¿verdad?

Zachies suspiró profundamente y cayó de bruces. La muchacha tenía los tobillos atados. Se los desató sin darse gran prisa, luego se sirvió de sus mismas ligaduras para reducir a Zachies.

Los efectos del componente administrado a Zachies no eran de larga duración, porque el bandido comenzó a agitarse débilmente antes de que hubiera ella acabado la operación de atarle y en consecuencia tuvo que sujetarle los miembros. Entre otros objetos

procedentes de la destrucción del laboratorio, descubrió un cajón derribado de herramientas y sacó de su interior un rollo negro, de esparadrapo.

—¿Padece adenosis? —preguntó a Zachies cuando hubo abierto los ojos.

—¡No!

La muchacha le asió por la cabeza, se la colocó entre las rodillas y comenzó a pegarle sobre los labios varias tiras de esparadrapo.

—Lo celebro. En cierta ocasión oí decir que había muerto un hombre por haberle cerrado los labios con esparadrapo, con motivo de un robo —explicó ella—. Por lo visto, padecía de adenosis.

Una vez que le tuvo bien atado, dedicó toda su atención al joven hambriento, que estaba sujeto por una cuerda, y empleó la misma estratagema de que se había valido Zachies.

—¡El demonio bramador! —le gritó al oído.

La reacción que sucedió a su grito demostraba de manera concluyente que el nombre del demonio bramador producía su efecto en el joven, por más que fuera momentáneo.

Animada por el éxito obtenido, trató de obligarle a entablar conversación. Le dio agua y se la hizo tragar mediante un continuo y suave masaje exterior, y a continuación le alimentó con el contenido de una lata de cereales que halló en la cocina. Mas no consiguió nada.

A sus instancias para que hablase, el joven balbuceaba palabras ininteligibles. Así y todo, la muchacha desconfiaba de él porque le ligó a los tobillos parte del hilo de alambre y, tras de un momento de vacilación, le selló también los labios con el esparadrapo.

Era evidente que se disponía a salir de la cabaña. Zachies lanzó varios resoplidos y perneó desesperadamente.

Convencida la muchacha de que trataba de decirle algo importante, le arrancó parte de las tiras que le cerraban los labios.

—¿Qué desea? —interrogó.

—¿Conque no es sorda, eh? —rezongó Zachies.

—¡Vaya! ¿Era eso lo que quería decirme?

—Sí. Se me ha ocurrido que...

Ella volvió a colocar en su sitio las tiras del esparadrapo. El rifle estaba destrozado y no tenía compostura, por lo cual se apoderó de la ametralladora de Zachies y la sopesó reflexionando.

—No —concluyó al fin—. No puedo entrar con ella en Powertown.

Y la abandonó.

Recogió del suelo el lápiz que, cual en otra batalla de Waterloo, habíale servido para derrotar a su adversario, y valiéndose de un pañuelo para que sus dedos no entraran en contacto con él, se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Seguidamente salió de la cabaña. Andaba a paso largo, y como el sol ardía por lo muy avanzada que estaba ya la estación, tuvo que despojarse muy pronto de la cazadora.

Avanzaba en línea recta hacia al Sur, y de pronto vió surgir a su izquierda la cima pelada de una colina. Para escudriñar el paisaje se sirvió, una vez en su cima, de unos pequeños prismáticos.

Divisó una región accidentada, la más abrupta, tal vez, de las que componen la parte oriental de los Estados Unidos, cubierta en toda su extensión, salvo alguno que otro calvero, de bosques interminables.

Lo elevado de su extensión, salvo alguno que otro calvero, de bosques interminables. Lo elevado de sus cumbres y el pronunciado declive de sus valles impuso respecto a la muchacha.

A sus pies, bajo una imponente hilera de roscos, se extendía líquida sábana; centelleaba un espejo azulado. Era un lago a cuyo extremo se levantaba la pared de hormigón de un dique encalado.

Detrás se divisaban otros dos, uno de los cuales parecía de regulares dimensiones. Aquella sección boscosa, el área de la cual alcanzaba cientos de millas cuadradas, constituía la traída de aguas de Powertown.

A este objeto habiense erigido varios muros de contención, los más auxiliares, uno principal sumamente grande.

Y no solamente suministraban la luz eléctrica indispensable para el alumbrado de la población, sino que, asimismo, proveían de agua potable a la ciudad de Nueva York, metrópoli que cerca de día en día y por consiguiente cuyos viejos y más pequeños depósitos éranle insuficientes a la sazón.

Entre otras razones, la muchacha había hecho alto en la colina para tomar algún descanso. Por ello, ahora continuó su camino empleando toda la velocidad que le permitían la maleza y los accidentes de la montaña.

Justamente había tirado por un atajo que corría entre bosques. De repente se detuvo, con semblante inexpresivo. Simultáneamente se dejó oír el sonido que, esta vez, no surgió de la nada como poco antes, sino súbita y violentamente.

Era un aullido fantástico, sobrenatural, que no se parecía a nada de este mundo. No latía, no se producía en ondas ni tampoco despertaba el eco, o si lo despertaba, quedaba ahogado por el fragor inicial.

Luego cesó bruscamente, como había comenzado; quedó como cortado de raíz. Dejaba tras de sí un mundo desquiciado. Todo rumor había cesado en el bosque.

Allí donde poco antes había reinado alegre bullicio, imperaba ahora un profundo silencio. Las aves revoloteaban en lo alto, sin duda gritaban desesperadamente, pero abajo no se las oía. No era un silencio ordinario el que imperaba; era más que esto. Era la paralización de todo sonido. Luego sucedieron otras cosas. Saltó la tierra, saltó como un ser vivo al cual acabaran de sorprender.

La muchacha se tambaleó, abrió los brazos para conservar el equilibrio; luego se desplomó. Las peñas rodaron por el fondo del bosque, como ruedan los granos de maíz en una sartén, aunque no con tanta violencia dado su tamaño.

Otros temblores de tierra sucedieron al primero, pero no tan violentos.

Aparentemente había derivado la entera superficie de la tierra. La muchacha se levantó del punto donde había caído, corrió a un árbol, lo examinó de una ojeada recelosa y trepó tronco arriba.

Llevaría recorrida la mitad del camino, cuando lo mismo que si acabara de originarse una corriente eléctrica, reanimose la naturaleza. Hasta aquel momento no se había producido sonido alguno.

En aquellos momentos prodúzcanse en cantidad. Ella oyó los arañazos que originaban su ascensión, su fatigosa, anhelante respiración. Y también las aves armaban infernal algarabía.

Otras cosas percibió además: un estruendo lejano, prolongado. Miró en la dirección de donde surgía. A sus pies estaba el dique que ya había visto antes.

Se estaba derrumbando. Ya habíase desplomado su sección central y por ella se derramaba un torrente de agua. Al lado opuesto

se estaba viniendo abajo otro trozo de la pared de hormigón.

El valle comenzaba a llenarse de una masa líquida, sinuosa, que arrancaba los árboles de raíz, que se encaramaba sobre grandes peñascos tan grandes algunos de ellos como pequeñas construcciones.

Alargando el cuello, la muchacha percibió una casa situada justamente en la mitad del camino seguido por la avenida. Junto a ella había un granero y detrás otras construcciones.

Un hombre y una mujer, cuyas figuras reducía hasta un punto inverosímil la lejanía, salieron corriendo de la vivienda y contemplaron el valle, la ola arrolladora que avanzaba.

Entonces se metieron veloces en un pequeño coche cercano y en él se alejaron rápidamente, espoleados por el ansia de ponerse a salvo, desapareciendo entre los árboles.

Un dedo helado recorrió la espalda de la muchacha. ¿Escaparían al desastre los fugitivos? Le parecía problemático. Dejó que transcurriera algún tiempo sin moverse de su improvisada atalaya.

Sobre manera le interesaba presenciar lo que iba a suceder cuando llegar la riada junto al gran dique de hormigón. ¿Resistiría o no al empuje de las aguas? Sí, resistió. La muchacha dejó pasar tres horas largas antes de convencerse de ello. Entonces continuó avanzando en dirección de Powertown y a medida que se acercaba acortaba el paso, lanzando en derredor miradas recelosas como temerosas de que la descubrieran.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE DE BRONCE

LA población entera sudaba de ansiedad a la sazón, y la cosa no era para menos. Porque sus habitantes habíanse dado cuenta del peligro que les amenazaba y temían asimismo perder sus propiedades, valoradas en varios millones de dólares.

Los ingenieros encargados de reformar el plano de la ciudad, en un principio habían procurado, sobre todo, ponerse al cubierto de cualquiera inundación que pudiera originarse del derrumbamiento del gran dique levantado al extremo del valle, a sunas dos millas de distancia.

Pero los ingenieros no habían contado con el súbito aumento de su población. A la sazón Powertown estaba transformada en centro de deporte invernal y de primavera, gracias a los lagos de que estaba rodeada, y como resultado habíase extendido de manera que su distrito comercial hallabanse justamente en mitad de la trayectoria seguida por la avalancha de agua.

Recorrían sus calles personas aterrorizadas, y una buena parte de sus habitantes habían huido a las montañas circundantes. Mas puesto que, al parecer, no parecía que fuera a desplomarse el gran dique, se apresuraron a volver algunos de los fugitivos.

En el nuevo y resplandeciente edificio del Municipio conferenciaban con el alcalde los concejales y otros sobresalientes personajes de la población.

—Es terrible —comentaba a propósito de lo ocurrido Su Honor, cuyo nombre era Leland Ricketts.

—Y sobre todo muy misterioso —añadió un concejal—. El dique roto durante el transcurso de esta tarde era muy sólido, al decir de los ingenieros, y capaz de resistir un terremoto.

—Es que no ha sido un terremoto lo que ha ocurrido —observó Su Honor.

—Sin embargo, ha temblado la tierra —insistió el concejal—. Todos nos hemos dado cuenta de ello. Además, ha roto los cristales de las ventanas de todos lo edificios.

El fiscal del distrito les atajó diciendo:

—¿Qué se sabe de los dos ingenieros a quienes el Concejo encargó de investigar las causas de tan singulares fenómenos? Empleo el plural al porque, como saben ustedes, no ha sido el temblor de esta tarde el primero que se ha sentido en Powertown. ¿Qué se ha hecho de esos dos ingenieros?

El alcalde reclamó silencio mediante un golpecito dado sobre la mesa con un mazo.

—Conciudadanos y amigos míos: os he convocado —comenzó a decir pausadamente—, para discutir hechos trascendentales y misteriosos, que dejemos resolver con urgencia. Acaba de insinuarse que no es la primera vez que se originan tan extraordinarios temblores de tierra. Y en efecto, así es. Por suerte, ninguno de los acaecidos anteriormente ha ocasionado grandes daños. Los mencionados temblores comenzaron a sentirse hará unas tres semanas y desde entonces han continuado de manera incesante, casi a diario, ocasionando deslizamientos del terreno colindante, con la consiguiente destrucción de carreteras, rotura de diques y otras fechorías por el estilo, que constituyen al presente una amenaza para los dignos ciudadanos que…

—No creo que sea ésta ocasión para hilvanar discursos políticos —susurró, interrumpiéndole, el fiscal—. ¡Al grano, al grano!

El alcalde frunció el entrecejo.

—Bueno. Resumiendo: hace poco se decidió el Concejo a buscar el apoyo de dos ingenieros que le asegurasen lo que en realidad sucedía, y se alquilaron también los servicios de dos geólogos eminentes. Éstos andan vagando por las montañas con sus instrumentos de trabajo, desde hace unos días.

—¿Y han descubierto algo? —deseó saber otro concejal.

—Sí; desde luego han debido descubrirlo, pero ignoramos lo que es.

—¿Es eso un acertijo?

—Calma, calma. Justamente, he convocado a ustedes —dijo el

alcalde—, para notificarles lo que les ha ocurrido a nuestros dos ingenieros.

—¿Qué, qué? —preguntaron a coro varias voces.

—Van ustedes a verlo —replicó Su Honor.

A una seña de su mano, penetraron en la sala del Ayuntamiento practicantes vestidos de blanco conduciendo a dos hombres vivos que actuaban como si estuvieran muertos. Estos dos hombres no podían andar por sí solos.

Los internos tuvieron que levantarles acompasadamente, primero un pie, luego otro, y avanzar así en su compañía. Los dos estaban palidísimos, y como se les abriera la boca no podían cerrarla sin la ayuda ajena.

Tan horrible era la rigidez de sus reacciones, que se levantó de la asamblea un murmullo de asombro.

—¿Qué mal les aqueja? —preguntó el fiscal al alcalde.

—Ello es, precisamente, lo que también quisiera yo saber —le respondió Su Honor—. Por de pronto, nadie ha sabido decírmelo en nuestro nuevo hospital.

—¿Y hace mucho que se encuentran en tal estado? —balbuceó el fiscal.

—Desde ayer. Se les encontró vagando por las montañas.

La conversación se hizo general y los concejales se agruparon en torno de los dos infortunados ingenieros con objeto de examinarles curiosamente.

Por cierto que el detenido examen de las dos víctimas produjo escalofríos a más de cuatro. Al cabo, el alcalde reclamó un poco de orden, sirviéndose siempre del mazo.

—Recuerden ustedes —advirtió a todos—, que nada de esto debe salir en los periódicos.

—¡Oh, no! ¡Nada de publicidad! —insinuó un individuo que era propietario de dos principales hoteles de la ciudad—. De lo contrario dejarían de visitar la población los forasteros.

—¡Ojalá lo hicieran así! De esta manera, en el caso de que lleguen a romperse el gran dique, ocasionaría menos desgracias.

Era el fiscal quien así se expresaba.

—No, no. No hay peligro —insistió el hotelero.

—¡Vaya si lo hay! Usted piensa en su bolsillo y no en las vidas que peligran a la sazón.

—¡Cuidado con lo que se dice! —aulló el otro.

El mazo del alcalde volvió a dejarse oír.

—¡No perdamos de vista nuestro objetivo! —advirtió.

—¿Que objetivo?

—La solución del misterio que encierra lo que está ocurriendo —dijo Su Honor—. Presumimos que debe ser algo terrible. Sabemos que tales temblores de tierra no son causa de un fenómeno natural por lo acaecido a nuestros dos ingenieros. Mas como no pueden hablar, ignoramos en qué consiste ese misterio. Lo que les ha pasado es espantoso.

—Bueno, y ¿tiene usted un plan o habla por hablar? —le preguntó el fiscal.

—Tengo un plan —manifestó el alcalde—. Por cierto que no sé cómo no hemos pensado antes en ello. En el país tenemos a un hombre cuya carrera es la de sacar al prójimo de apuros. A juzgar por lo que se dice, es un sujeto extraordinario y por ello el que nos hace falta en esta ocasión es él.

Frunció el ceño el fiscal, y a continuación hizo un gesto de asentimiento.

—¿Un sujeto extraordinario cuyo fin es sacar de apuros a su prójimo? —repitió—. Esa descripción corresponde a un solo hombre. Pero si es efectivamente el que creo, ¿qué le mueve a creer que querrá venir en nuestra ayuda? Porque es demasiado para nosotros. Le conozco a través de los periódicos y lo mismo crea monarquías que apoya a los monarcas.

—En tal caso, va a costarnos mucho dinero —observó el hotelero.

—No trabaja por dinero —replicó Su Honor.

—Ahora sí que creo que estamos hablando del mismo sujeto —dijo el fiscal—. ¿No se trata de Doc Savage?

—¡Eso es! ¡De Doc Savage!

La mención de tal nombre no despertó sensación, porque todos los presentes eran, tal vez, hombres de negocios. Sin embargo, varios de ellos expresaron su conformidad con una inclinación de cabeza y volvió a sonar en la sala el murmullo de una conversación general.

Por lo visto, todos habían oído hablar de Doc Savage. El alcalde dio a la reunión el carácter de una sesión parlamentaria y se decidió

formalmente apelar a Doc Savage para que él les ayudara a resolver el misterio que encerraban las violentas convulsiones del terreno en las cercanías de Powertown, sin decir nada de la extraña dolencia que aquejaba a los dos ingenieros contratados.

Finalmente, se delegó en Su Honor la tarea de ponerse al habla con el susodicho Doc Savage, decidiéndose que ello se haría mediante el teléfono.

Mas entonces se les ocurrió que no podría ser, ya que el pasado terremoto había ocasionado la rotura de los hilos telefónicos que, a la manera moderna, eran conducidos por una cañería subterránea.

Por fortuna, pronto iban a repararse las averías, según manifestó la Compañía. Con objeto de entretener la espera, siguieron conversando los padres de la patria.

—Se susurra —dijo el fiscal del distrito—, que se han oído ruidos singulares en las montañas colindantes. Y en mi opinión, tienen mucho que ver con los temblores de tierra.

—¿Y en qué basa esa opinión? —deseó saber el alcalde.

—En la lógica, naturalmente —profirió vivamente el otro—. Si los sonidos producidos son raros, asimismo lo serán los terremotos, convulsiones o como quiera que se les llame.

—No son terremotos —le apuntó un concejal—, porque no los han registrado los sismógrafos de otras ciudades. Si se tratara de un terremoto lo habrían registrado. A éstos no.

La conversación iba derivando a una nueva revisión de la situación, sin que se dijera en ella nada nuevo. Su Honor intentó otra vez hablar por teléfono y se le comunicó que quizá trascurriría una hora o más antes de que se repararan los hilos en los cuales se había descubierto más de una rotura.

Los practicantes del hospital partieron llevándose a los dos infortunados ingenieros. Y comenzaron a invadir el salón ciudadanos impedidos por el ansia de despachar cuanto antes negocios urgentes.

El edificio municipal era muy vasto y a su espalda tenía uno de los muchos hoteles que llenaban la población. Este hotel no era muy grande ni lujoso. Un patio le separaba del Ayuntamiento. Nadie lo frecuentaba. Posiblemente a causa de su abandono, nadie había reparado en el alambrito que se extendía desde una de las ventanas del hotel hasta el tejado del edificio municipal.

La verdad es que era muy fino: tenía el grueso de un cabello, sobre poco más o menos. La ventana de donde partía tenía corridos los visillos, y como eran muy tupidos, la habitación quedaba en la penumbra.

Por ello, aun estando en su interior, un observador hubiera podido distinguir únicamente el brillo fugaz del casco que acababa de quitarse de la cabeza el ocupante del cuarto, antes de dejarlo en el suelo.

Este aparato, junto con un amplificador anexo, el alambre de la ventana y un micrófono hábilmente disimulado en el interior del Ayuntamiento, constituían un juego moderno de auriculares.

El escucha secreto de la conferencia sostenida en el Municipio abandonó seguidamente la habitación; atravesó, decidido, el vestíbulo del hotel y salió a la luz del día.

Era la muchacha que había efectuado la captura de Dove Zachies. Sonriendo satisfecha, emprendió el camino de la Telefónica y allí trató de sostener una conferencia interlocal, mas los hilos seguían rotos y se la negaron.

Se encaminó entonces a un pequeño garaje particular situado en las afueras de Powertown, entró en él, cerró la puerta y abrió la tapa del asiento posterior del gran coupé que allí estaba.

De su interior extrajo hilos y cajas que armó con cuidado. Cuando los tuvo armado, constituyó un aparato portátil radiotelefónico.

La muchacha llamó: "Mear, Mear, Mear", repetidas veces, hasta que le respondió una vocecilla seca y fina:

—Aquí es Venable Mear —dijo—. Estoy en Nueva York.

—Le habla Retta Kenn —le manifestó la muchacha—. Me he apoderado de Dove Zachies y de su sombra, Stupe Davin...

—¿Por qué no te sirves, para hablarme, del teléfono usual? —quiso saber Mear.

—Porque se han roto los hilos —explicó Retta—. Bien, pues, he dejado a Zachies atado y amordazado en la cabaña de un tal Flagler D´Aughtell y a Stupe Davin en los matorrales de la carretera, cerca de la cabaña...

—¿Y qué hacía Dove Zachies en la cabaña de D´Aughtell? —le interrogó en tono vivo Mear.

—La examinaba. Por lo menos es lo que hizo mientras estuvo

allí.

—Bien. Más tarde nos cuidaremos de este asunto. ¿Qué más tienes que comunicarme?

—Acabo de oír una conversación sostenida por los padres de la ciudad y se hallan perplejos y preocupados.

—No es nueva la noticia.

—Sí, lo es —afirmó Retta—, porque van llamar en su auxilio a Doc Savage. Piensan confiarle la solución del misterio.

—¡Hola! —exclamó Mear—. ¿Estás bien segura?

—¡Segurísima! A la sazón están rotos los hilos del teléfono, pero pronto estarán compuestos, y después Doc Savage será puesto sobre la pista del "demonio bramador"...

—¡Oh, oh!...

—Tú mismo dijiste que en cuanto el hombre de bronce...

—¿Quién?

—Se llama a Doc Savage el hombre de bronce —explicó Retta—. Como él se encargue de arreglar el asunto, ¡vas a ver lo que sucede!

—Sí —admitió Mear—. La intervención en él de Doc Savage es una novedad que no esperaba.

CAPÍTULO IV

PELIGRO ENIGMÁTICO

DOC Savage se encontraba, a la sazón, en su despacho laboratorio del piso octogésimo sexto de un rascacielos erigido en mitad de la metrópoli neoyorquina.

Vestía un traje cerrado hasta el cuello, de caucho gris, y en la cabeza habíase calado una especie de escafandra de buzo toda ella de cristal.

Así ataviado y embutido, manipulaba en retortas y alambiques en los cuales hervían materias químicas o precipitados y de los cuales se elevaban nubes de humo denso.

La puerta del laboratorio estaba herméticamente cerrada con llave. De pronto sonó la llamada vibrante de un timbre. El hombre de bronce se hizo el desentendido.

El vapor que se escapaba de las materias químicas en ebullición habíase posado sobre su casco de cristal, y de vez en cuando se lo limpiaba con objeto de obtener una visión más clara.

En tales ocasiones se distinguían claramente sus facciones. Su semblante era digno de estudio. Principalmente llamaban la atención del observador su tez fina de un notable matiz bronceado; su cabello liso que le ceñía la cabeza a la manera de un casco de bruñido metal, poco más oscuro que la tez del semblante.

Una mujer le hubiera calificado de hermoso; un hombre hubiera reparado, ante todo, en los músculos potentes de su cuello y en el ángulo agudo de sus mandíbulas. Pero lo más notable de aquel rostro eran, sin duda alguna, las pupilas. Lagunas doradas agitadas, con frecuencia, por diminutos huracanes.

Eran unos ojos fascinadores dominantes, que jamás se hallaban en reposo. El timbre volvió a sonar. El hombre de bronce abandonó

el alambique que retenía su atención, se acercó a un cuadro y movió una palanquita.

El cuadro encerraba una pieza de cristal deslustrado. Iluminóse a la sazón a la manera de una pantalla cinematográfica, descubriendo un corredor situado frente a los ascensores, fuera del despacho.

Savage examinó con atención la pantalla que meramente le mostraba el corredor, imagen que le llegaba a través de toda una combinación de tubos y de espejos.

Entonces invadió la atmósfera del laboratorio un sonido exótico, poco común. Ondulante, musical hasta cierto punto, recorrió toda la escala sin adherirse a una armonía determinada.

No era un silbido ni tampoco un sonido vocal. El observador hubiera podido denominarle una nota vibrante al intentar describirla. Era un sonido inconsciente, que se escapaba de la garganta de Doc en sus momentos de abstracción.

En el corredor había un hombre apoyado sobre pies y manos. Mientras Doc le observaba, se enderezó no sin esfuerzo, y volvió a oprimir el botón del timbre. Se tambaleaba sobre un lago escarlata.

Cuando tosió, asomó entre sus dientes una espuma sanguinolenta. Era un sujeto rechoncho y estaba muy pálido. Doc Savage abandonó apresuradamente el laboratorio.

Pero cuidó antes de cerrar la puerta tras de él, y una vez en la biblioteca, que ostentaba numerosas estanterías abarrotadas de libros científicos, puso en movimiento un ventilador eléctrico y se situó en mitad de la corriente de aire.

Al tratar de perfeccionar un gas destinado a contrarrestar los efectos perniciosos de otros gases letales, habíase saturado de sus vapores y temía que pudiera quedarse en los pliegues de su ropa alguna partícula que era capaz de matar a la persona que se le aproximara en aquellos momentos.

Convencido al cabo de que la corriente de aire le había limpiado de todo vestigio del gas, pasó al recibidor con sus sillones de cuero, su mesa maciza incrustada, y la inmensa caja de caudales.

Al acercarse a la puerta del piso sucedió un hecho extraordinario. La puerta se abrió por sí sola, a pesar de no verse en ella ni pomo ni señales de una cerradura. Sin embargo, un técnico se hubiera explicado lo sucedió.

La abría un aparato compuesto de un electroscopio, de contactos

a hilos eléctricos, y de una cerradura secreta, que funcionaba en obediencia a un pedazo de metal radioactivo que llevaba en el bolsillo el hombre de bronce.

Una vez abierta la puerta, descubrió Doc al individuo que estaba al otro lado, en el corredor. Continuaba sosteniéndose sobre los miembros. Levantó la vista. Sus pupilas relucían de manera inusitada.

Doc no trató de pasar del umbral. Permaneció bien en el centro del recibidor jugando las inquietas pupilas. Su atención se concentró en el charco de sangre.

Luego habló con acento sereno, pleno de energía concentrada, sin demostrar emoción de ninguna clase.

—Créame —dijo el desconocido—. La tinta roja no es un substituto convincente de la sangre.

El efecto producido en el desconocido por la declaración fue instantáneo y violento. Se echó atrás apoyándose sobre los riñones, y su diestra, próxima a la chaqueta, se hundió en aquella prenda y salió armada de un revólver azulado.

Parecía bastante hábil en el manejo de las armas. Su revólver despidió un fogonazo y un estampido, apenas salido del bolsillo de la americana. Era de un tipo capaz de contener cinco cartuchos.

Disparó cuatro. Luego cesó de disparar. Se le saltaban los ojos de las órbitas.

Doc Savage no se había movido entretanto ni había demostrado la sorpresa que era de esperar. Tampoco iba armado. Antes de llegar a él se habían detenido, en el aire, los proyectiles.

Tres cayeron, aplastados, junto a al puerta del piso. El cuarto permaneció suspendido y de él partía un hilo de araña que mostraba lo ocurrido. Entre la puerta y el pasillo exterior se levantaba una barrera de cristal irrompible.

—¡Maldito seas! —rugió entre dientes el pistolero. Y se lanzó sobre la placa de cristal para tratar, sin duda, de palparla. Quería ver si se podía franquear.

Mas no lo consiguió. Entonces soltó una maldición y le pegó al cristal una patada. Doc Savage avanzó un paso.

Asustado de veras, el pistolero lanzó un juramento, giró sobre los talones y huyó por el pasillo adelante. Doc no le persiguió de momento.

En lugar de ello, se aproximó a la mesa del recibidor que estaba colocada delante de una ventana. Tenía unos tableros de aspecto inofensivo, pero el mosaico de sus piezas eran timbres hábilmente incrustados en la madera.

Doc pulsó uno de ellos. Al volver al corredor rodeando la barrera protectora en la adecuada dirección, ya no estaba en él el pistolero. No había podido bajar la escalera porque al final de ella había una puerta cerrada, de metal.

De modo que había tomado un ascensor. Doc aplicó el oído. De usual subían por el hueco de la escalera sonidos siseantes, procedentes de los cables puestos en movimiento. Pero a la sazón permanecían mudos. El hombre de bronce bajó corriendo la escalera, franqueó la puerta metálica y continuó su descenso. En cada rellano se detenía a examinar las puertas del ascensor y escuchaba. Cuatro pisos más abajo oyó golpear una de aquellas puertas.

Presa en el interior de la caja del ascensor se hallaba una persona cualquiera, ella era la que golpeaba las metálicas puertas corredizas. Mientras las observaba el hombre de bronce, se dobló uno de los batientes y fue arrancada de su marco.

Un puño de increíbles dimensiones descargó todavía unos cuantos puñetazos, tiró luego de él y le arrancó de cuajo. De la caja del ascensor salió a continuación un individuo.

Hallabánse encerrado en su interior, porque se había parado entre uno y otro rellano y por consiguiente no podían abrirse las puertas.

Aquel sujeto pesaría muy bien doscientas cincuenta libras, tal vez más; sin embargo, no parecía muy pesado. Tenía un rostro largo, melancólico, de puritano. Miró a Doc Savage y pareció dispuesto a verter lágrimas.

—¿Qué es lo que pasa? —interrogó con voz semejante por su calidad y volumen al bramido del oso de las cavernas.

—Nada, Renny. Un caballero desconocido pretendía meterme una bala en el cuerpo —replicó Savage—. Ha huido en el ascensor. Yo he pulsado el botón de parada y ahora busco la caja donde se halla metido mi hombre.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny.

Se llamaba en realidad Juan Renwick, ingeniero famoso en el

mundo entero, y era uno de los cinco ayudantes de Savage.

Mientras marchaba en pos de su jefe, su expresión era la del hombre que asiste al funeral de su mejor amigo, pero ésta era una de las características peculiares de Renny.

Cuando más triste se mostraba, más complacido estaba de los acontecimientos. Doc hizo alto nueve pisos más abajo.

Toda una sarta de maldiciones y juramentos salía a la sazón de la caja de un ascensor. Doc reconoció la voz del pistolero.

—Por fortuna se extinguió la corriente mientras estaba colgado entre uno y otro rellano de la escalera —explicó a Renny—; por ello ha quedado encerrado.

Las puertas corredizas del ascensor se abrían desde la parte de fuera, mediante un pasador de metal situado en el fondo de un nicho en cada piso.

Doc abrió las puertas y miró a sus pies. Sus ojos se posaron en el enrejado que formaba parte del techo de la caja.

—Empleemos el gas anestésico —murmuró Renny. Y de su funda sobaquera extrajo un arma semejante a una enorme pistola automática.

En realidad era un revólver ametralladora muy potente, producto de la ingeniosa inventiva de Doc Savage. Renny la llevaba bajo el brazo izquierdo, y bajo el derecho una funda almohadillada que contenía municiones pintadas de varios colores. Ahora seleccionó unos proyectiles teñidos de verde.

—Se hallan cargados de un anestésico que le producirá sueño y dormirá por espacio de una media hora —dijo.

Apuntó el arma a la cima enrejada del ascensor e hizo fuego. La detonación sonó como el quejido de la cuerda de un violón.

Veinte minutos después habían transportado al rechoncho pistolero al piso octogésimo sexto del rascacielos y presenciaban cómo recobraba el conocimiento.

—No descubro nada en sus bolsillos —le participó Renny a Doc —. Tú has confesado que desconoces a este hombre. Tampoco yo le he visto en mi vida. ¿Por qué habrá tratado de asesinarte?

—Eso es lo que nos conviene averiguar.

El hombre de bronce se había traído del laboratorio un aparato similar en el aspecto a los que se emplean en los hospitales para la aplicación de un anestésico.

Ahora, antes de que el pistolero acabara de recobrar el uso de los sentidos, le puso la careta y le dio vuelta a las válvulas del depósito anexo.

Renny se dio cuenta de lo que aquello significaba, porque ya en otras ocasiones había presenciado la operación.

—¡Ah! ¿Vas a administrarle el suero de la verdad?

—Sí, en forma de vapor —explicó Doc—. Es más eficaz empleado de este modo.

Así el hombre rechoncho no recobró del todo el conocimiento. Pasó más bien, de su sueño, a hallarse bajo la influencia del suero.

Subsiguientemente comenzó a interrogarle el hombre de bronce. Algunas de sus respuestas fueron coherentes; otras no.

—¿Por qué has tratado de matarme? —fue la pregunta que le dirigió ante todo.

—Diez billetes grandes —murmuró el hombre—. La mitad por adelantado.

—Le han alquilado —observó Renny con su voz retumbante—. Y a lo que parece, está bien pagado. Sólo que no va a recibir la suma total.

—¿Quién ha contratado tus servicios? —siguió interrogándole Doc.

—El demonio bramador dice que le llaman.

Renny se rascó la barbilla.

—¡Hum! ¡Sabe Dios lo que querrá decir con eso!

—¿Quién te ha alquilado? —tornó a preguntar Doc.

El hombre balbuceó varias palabras incomprensibles, diciendo a manera de conclusión:

—... el demonio bramador. Nada más puedo decirte del jefe.

Una y otra vez trató Doc de arrancarle una más clara explicación, sin obtener nada muevo.

Más tarde les dejaron sorprendidos los fragmentos del monólogo entablado por el pistolero.

—Es algo grande... y nuevo en la historia —murmuraba—. Se trata de millones... para toda la gente maleante de la nación... la policía no podrá impedirlo.

—Sueña en voz alta —comentó Renny.

Cuando iban a pasar los efectos del suero, Doc le administró más.

—Hay que llegar hasta el escondrijo de Dove Zachies —gritó de pronto el paciente—. Pararles los pies a sus secuaces de Nueva York, para hacer entrar a Zachies en razón… Detened… a Doc Savage…

Renny miró a Doc.

—¿Conoces a ese Zachies?

—Es un bribón —replicó Doc a su camarada—. Corren rumores de que se halla al frente de una importante organización criminal. Ya le he prestado alguna atención.

Al parecer, su prisionero había dicho ya cuando sabía, porque sus balbuceos fueron repeticiones de todo lo expuesto. Pasado que hubo algún tiempo, se substrajo a la influencia de la droga y calló en el acto.

A las preguntas que se le dirigieron contestó, a partir de aquel momento, con juramentos o maldiciones. Sonó el timbre del teléfono.

Como ya se habían compuesto los desperfectos de la línea telefónica, el alcalde de Powertown llamaba a Doc para ponerse de acuerdo con él.

—Nos hallamos metidos en una situación muy difícil —dijo a modo de preámbulo. Y a continuación le hizo a Doc un resumen de la conferencia sostenida en la casa del Ayuntamiento por los padres de la patria y de los subsiguientes resultados.

—Por ello necesitamos de la ayuda de un hombre como usted —dijo para terminar.

—En relación con esos misteriosos temblores de tierra, ¿ha oído nombrar a un ser o animal llamado el “demonio bramador”? —deseó saber Doc.

—No. Pero ya le he hablado de los sonidos semejantes a bramidos que los preceden —replicó el alcalde—. Son muy extraordinarios.

—Así, ¿lo que usted desea es que me encargue yo de descifrar el misterio que encierran?

—¡Precisamente!

—Bien. Dentro de unas horas llegará a Powertown mister Renwick, uno de mis ayudantes…

Su Honor murmuró:

—¿No sería preferible que viniera usted mismo?

—Más tarde —repuso Savage—. Mister Renny es persona de toda confianza e ingeniero de fama mundial. Acójale bien.

Y colgó el auricular.

Renny le lanzó una ojeada melancólica.

—Bueno, ¿qué habéis decidido? —deseó saber.

—Que irás, tú en representación mía a Powertown —replicó Doc —. Yo me quedo en Nueva York. Quiero ver cómo se presenta el asunto… y lo demás —señalando al pistolero.

—Así, ¿han pretendido asesinarte para impedir que se te confiara la solución del misterio de Powertown?

—Es muy posible.

Renny se dispuso a partir. Estaba haciendo los preparativos indispensables para el viaje cuando se detuvo de pronto, y le indicó a Doc el prisionero, libre ya de los efectos del suero.

—Se ha sonsacado a este hombre y no creo que dé más de sí — observó—. ¿Qué piensas hacer de él?

—Lo que hacemos de usual con las gentes de su calaña —replicó el hombre de bronce—. Le enviaré al norte del Estado.

Renny le notificó:

—Me dirigiré en aeroplano a Powertown.

—Adiós y ¡buena suerte! —fue la despedida del hombre de bronce.

CAPÍTULO V

RENNY Y LA SIRENA

RENNY llegó, en efecto, a Powertown en un pequeño pero veloz aeroplano, que él mismo pilotaba. El aeropuerto municipal de Powertown era de moderna construcción.

Por consiguiente, estaba alumbrado con luz eléctrica y no tuvo dificultad en aterrizar en su recinto a pesar de que ya se había puesto el sol. Un coche de alquiler le condujo al edificio del Ayuntamiento.

Por lo visto produjo una excelente impresión en la asamblea allí congregada.

Desde luego, se desprendía de él un aire autoritario, muy interesante, y sobre todo llamaron la atención sus manos descomunales. Para más, supo dirigirles un discurso de tanto efecto como los del alcalde.

Durante la sesión se le informó de cuantos datos parecieron dignos de mención. Mas, por desgracia, no sumaron mucho más que los ya suministrados por teléfono.

Luego fueron traídos a su presencia los dos infortunados ingenieros. Renny les dirigió una ojeada. Pero, como no entendía de medicina, le dejaron perplejo.

—De esta especialidad se encargará Doc Savage —declaró—. Mi tarea se reduce a examinar esos diques y comprobar si están o no en peligro inminente de un derrumbamiento. También debo averiguar el origen de los misteriosos bramidos que aquí se oyen.

Y a continuación pidió que le trajeran un mapa aéreo de la región. Fue a buscarlo un concejal y durante la espera se entabló nueva conversación.

Porque deseaba reflexionar un poco, Renny se hizo a un lado,

tomó asiento en un cómodo sillón, apoyó en él la cabeza y clavó los ojos en el techo.

Casi en el acto vió algo animal, aun cuando de momento no se dio cuenta de su significado. En un principio lo confundió con una telaraña que iluminaba la luz de la sala.

Luego comprendió que era más largo y brillante. Además no había un silo hilo sino dos.

¡Alambres! Renny debía el descubrimiento a su vista excelente y a la luz artificial de la sala. Se puso de pie y fingió un paseo en torno del vestíbulo de conferencias mientras examinaba aquellos hilos.

Partían de la inmensa araña ornamental pendiente del techo y salían por una ventana posterior. Se colocó, entonces, cerca de la puerta y golpeó varias veces en el tablero de una mesa que allí había hasta llamar la atención.

—¿Saben ustedes que se les espía valiéndose de un aparato dictográfico? —interrogó a la asamblea, indicándoles al propio tiempo los alambres conductores.

La salida inesperada provocó una excitación general; Renny se aprovechó de la distracción general para escurrirse hasta la calle, doblar la primera esquina y ocultarse tras un coche parado.

Si no se engañaba, los hilos metálicos iban a parar a un edificio situado tras del que ocupaba el Ayuntamiento y, si como era lo más probable, había en él un espía, éste estaría pensando en escapar.

En efecto; no aguardó mucho tiempo sin ver salir del hotel a una muchacha.

Parecía llevar mucha prisa y echó a correr calle abajo. Renny la siguió. Lo hizo disimuladamente porque ya estaba acostumbrado a aquellos trotes.

La muchacha se dirigió a una barriada de las afueras. Como se hallara casualmente junto a ella en cierta ocasión, Renny hubiera jurado que la oía reír. Aquella alegría no parecía fingida.

Era como si realmente disfrutara sabe Dios de qué. Al pasar ella junto a uno de los faroles de la calle pudo verla mejor. Era alta, atlética y muy agraciada.

Vestía con cierto lujo y llevaba el oscuro cabello cortado a lo varón. Una vez llegada al límite de la población penetró en un pequeño garaje que allí había.

Mientras se paseaba aguardándola, Renny la oyó murmurar, pero no acertó a desligar sus palabras unas de obras. Luego salió tan inesperadamente del garaje, que estuvo en un tris que no le sorprendieran espiándola. Apenas lo dio tiempo para ocultarse tras de unos árboles donde era más densa la oscuridad y desde allí la vió alejarse.

Corrió a la puerta del garaje, estaba cerrada con un grueso candado. Esperó a que hubieran dejado de oírse en la calle los pasos de la muchacha y después llevó a cabo una hazaña que hubiera asombrado a un posible observador: con ambas manos tiró del candado y le arrancó las anillas inclusive.

Por fortuna, no eran muy largas. Dentro del garaje descubrió un coupé, y debajo del asiento situado a la zaga una emisora portátil de radio cuyos tubos estaban calientes todavía.

Mediante una combinación de buena suerte y de rápida carrera. Renny logró alcanzar a la fugitiva. En cuanto la divisó marchar delante de sí acortó el paso y continuó siguiéndola.

La misteriosa desconocida avanzaba en línea recta, hacia las montañas. La región accidentada en que habíase enclavado Powertown no se prestaba al cultivo; por lo cual era enteramente agreste y solitaria.

Por ello la muchacha se orientaba, sin duda, mediante una brújula, la esfera de la cual examinaba a menudo, alumbrándose con una lámpara de bolsillo.

Una hora después Renny vió reflejarse la luna en el espejo de las aguas. Del depósito natural anexo a la población. El lago fue dejado a la izquierda por la muchacha, que continuaba marchando infatigable.

A la sazón ascendía una cumbre. De esta manera pasaron los dos junto al dique que se había desplomado la tarde anterior. En el valle erraban luces de aquí para allá.

Indudablemente se buscaba a las víctimas de la pasada inundación. La luna se eclipsó de pronto y ligera neblina ocultó las estrellas. Densa oscuridad se cernió sobre la tierra.

Por ello Renny tuvo que esforzarse mucho para seguir a la muchacha sin hacer ruido. Ella llegó finalmente a un antiguo camino poco preguntado, entre montañas. Un sedán gris estaba parado junto a la cuneta.

La muchacha penetró resueltamente en la maleza y pareció sorprenderse de no hallar allí lo que buscaba. Entonces extrajo un pequeño automático del bolsillo de la cazadora y avanzó, ojo avizor.

Renny la seguía tan de cerca, que la oyó murmurar con expresión de disgusto:

—Se conoce que alguien ha encontrado a Davin y le ha llevado más lejos.

No sin usar infinitas precauciones, encendió la lámpara y buscó en el suelo, sin duda las huellas de unos pies.

—Sí, sí, le han cambiado de sitio —afirmó para sí—, porque no es probable que haya despertado ya de su sueño artificial.

Parecía ahora de mejor humor, como si le agradara el juego.

Separóse del coche y continuó andando por la espesura. Lo que primero vió Renny poco después fue la cabaña y le pareció oscuro sepulcro de troncos iluminado por la luz de la lámpara de bolsillo.

La muchacha debía llevar parada largo tiempo escuchando, porque había hecho alto. También hizo alto Renny y aguardó tanto que temió haber perdido la pista de su presa.

Al cabo ella penetró resueltamente en la cabaña. Renny se lanzó a la carrera.

A pesar de la pesadez de su cuerpo, no hacía el menor ruido. Observó a la muchacha a través de los sucios cristales de una ventana. Ella movía la luz en todas direcciones como si buscara algo o alguien, luego entró en el laboratorio. Instantáneamente se coló Renny en el comedor.

Allí tomó varios libros de un estante y los colocó, de pie, en el suelo. A continuación se ocultó en un rincón. La muchacha decía, degustaba, en la habitación contigua:

—Por lo visto he estado trabajando para el obispo...

De pronto apareció en el umbral de la puerta. Como no asestó en dirección del suelo los rayos de la lámpara, no vió los libros. Su pie tropezó con el primero.

El libro cayó derribando al segundo; éste al tercero y así toda la hilera. La muchacha retrocedió de un salto, sobresaltada. Renny avanzó de puntillas.

Sus largos brazos le asieron por el talle. Con la diestra trató de apoderarse del automático. Pero ella le sorprendió. Había luchado

mucho en otras ocasiones, aunque siempre contra hombres.

Pues bien; pocos podían competir con aquella muchacha. Sin duda había sido un ávido exponente de cultura física. Además, conocía también el jiu —jitsu. Dio de puntapiés a Renny y le pegó con terrorífica violencia.

Ambos cayeron al suelo antes de que el ingeniero sacara el revólver, cosa que efectuaba rara vez, porque confiaba sobre todo en su fuerza física para arreglar todas las cuestiones.

—¡Por el toro sagrado! Luego dirán de los gatos salvajes —exclamó resoplando al ponerse en pie.

Ella le imitó rápida, como un cohete. Casi demostró que podía excederle en velocidad. Por ello no logró atraparla hasta después de haber cubierto unas cincuenta yardas. Ella le derribó otra vez.

Fue una hermosa hazaña porque nadie la había llevado nunca a cabo. Pero él la echó la bruces al suelo y la mantuvo en aquella postura colocándole una mano en la nuca.

—¿Qué viene a buscar aquí? —le interrogó—. ¿Por qué ha escuchado la conferencia celebrada en el Ayuntamiento?

—¿A usted qué le importa?

—Volvamos a la cabaña, pues tenemos mucho que hablar.

Renny tardó en olvidar su regreso a la cabaña en compañía de aquella fiera.

La había atado por las muñecas con su pañuelo. Sin embargo, ella rompió las ligaduras y le puso un ojo morado.

La lucha concluyó al asirla él por el cabello con una de sus manazas y, manteniéndola separada de él por la longitud de su brazo, reanudaron la marcha. Mas, aún así, la muchacha le desolló la piel de las canillas a fuerza de puntapiés.

—¡Qué mujer! —murmuró admirado a su pesar cuando entraron en la cabaña—. No creo que haya muchas como ella.

Entonces surgieron tres hombres de la oscuridad y le apuntaron con sus revólveres. Renny no era tonto. Murmurando, rabioso, soltó a la muchacha y levantó los brazos.

—¡Oh, pesadote! —exclamó ella, y aun le asestó un directo. Éste le hubiera dado, con toda seguridad en mitad del ojo sano de no haber él evitado el golpe ladeándose.

Mas aun así le recibió en mitad de la frente y pareció aturdido.

—Basta, miss Kenn. Nosotros nos encargaremos de él —dijo uno

de los desconocidos. La muchacha les lanzó una mirada centelleante.

—¡No te conozco! —exclamó.

—¿No eres Retta Kenn? —le interrogó el hombre.

—Sí; pero yo no te he visto jamás —replicó ella con el ceño fruncido.

El hombre se encogió de hombros.

—Por lo visto soy poco famoso —observó.

La muchacha se puso en jarras. Estaba furiosa; no obstante, parecía disfrutar con la situación.

—Dime que piensas hacer con nosotros —interrogó.

—De ti, nada. Vuélvete a Powertown y continua tu excelente trabajo.

La muchacha se sorprendió visiblemente.

—¿Quién eres?

—Un amigo. ¿Todavía no has caído en la cuenta?

Retta balbuceó:

—También tú trabajas por cuenta de...

—¡O-o-o-jo! —le advirtió el hombre—. No cites nombres, preciosidad. Vuelve a la población y nosotros nos encargaremos del resto. Acabas de llevar a cabo una excelente faena.

La muchacha demostró suma perplejidad. Luego abandonó la cabaña.

—Síguela —ordenó el hombre dirigiéndose a uno de sus acompañantes—. Procura que nadie la moleste y asegúrate de que regresa a Powertown.

El sujeto se escurrió furtivamente en pos de la mujer pugilista.

Renny fue registrado, descargado de la pistola ametralladora, de la cartuchera, de su cuchillo de ancha hoja y de unos mil dólares en dinero constante que llevaba encima a prevención.

—¿Es ésta la costumbre de los ayudantes de Doc Savage? —le preguntó el desconocido.

Renny le observó. Era un individuo flaco, pulcramente vestido y afeitado, pero totalmente desconocido para él. Llevaba las uñas manicuradas y lentes de concha. Su aspecto era el de un negociante.

—¿Cuándo nos hemos visto? —le preguntó después.

El otro hizo un gesto expresivo.

—Cara a cara, jamás —replicó—. Si colocamos el conocimiento

en la categoría de la tangible, determinada marcha de los acontecimientos antes que en la concreta expresión de…

Renny le atajó con la siguiente observación:

—Hablas lo mismo que un caballero amigo mío. ¡Cualquiera te entiende!

—¿Aludes al apreciable Harper Littlejohn, por otro nombre “Johnny”? —le interrogó el desconocido—. Si he de decirte la verdad, suponíamos que Doc Savage iba a mandarte aquí en tu lugar… porque él es geólogo, ¿no es cierto?

—Ahora comprendo. Vosotros sois los que habéis mandado a Nueva York al individuo encargado de matar a Doc Savage.

El hombre bien vestido se sonrió y se ajustó bien los lentes. Pero no contestó directamente a la pregunta.

—A propósito: ¿qué se ha hecho del… del… mensajero? —interrogó a Renny.

Renny asumió un aire sombrío al responder:

—Ya no volveréis a verle.

Entonces sucedió algo que le puso los cabellos de punta. Semejante al eco de su sombría predicción, como si su declaración hubiera despertado y enloquecido de rabia a un monstruo fabuloso, sufrió la tierra una violenta sacudida.

Renny no era hombre que se asustase fácilmente. Así y todo sintió que se le helaba la sangre en las venas. Y no a causa precisamente del temblor de tierra, sino por aquello otro: por lo que sucedió seguidamente.

La sacudida derribó varios libros en las estanterías que, al caer al suelo, no produjeron ruido alguno. El fenómeno asombró tanto al ingeniero, que lanzó una exclamación.

Pero no se oyó. Pateó. Tampoco oyó nada. Gritó. Nada, nada. Lo que sí percibió fue la vibración de las cuerdas vocales en su garganta y una segunda vibración muy comprensible en los tímpanos.

¡Era increíble! Al cesar el sonido no le era posible hacer el menor ruido.

Decidió probar otra vez, abrió la boca y dejó escapar por ella un rugido atronador. Habíalo ya iniciado cuando cesó de súbito el encanto, con el resultado de que le ensordeció su propio alarido.

Con semblante inexpresivo guardó silencio. Sus tres apresadores

se echaron a reír.

—Este sujeto es digno de estudio —observó uno de ellos—. ¿Qué le parecerá al "Demonio Bramador"?

—¡El "Demonio Bramador"! —Renny parpadeó, aturdido—. ¿Quién es ése?

El pulcro individuo le dirigió una sonrisa sombría.

—Veamos: ¿no te sugiere nada el nombre? —deseó saber.

—No te andes por las ramas —le recomendó Renny, amoscado.

—¡Potencia, energía! —siguió diciendo su interlocutor—. Una potencia tal como ningún hombre la ha soñado. Y fortuna. Una fortuna ilimitada. Claro que no le pertenece, mas ya conoces el refrán: "El dinero es siempre dinero."

—No comprendo.

—Ya lo irás comprendiendo poco a poco. Acabas de sentir cómo se afana en su tarea el "Demonio Bramador"?

El hombre pulcro evadió una respuesta. En su lugar dijo:

—¿Es que no sabes deducir una conclusión de lo que acabas de oír?

—Responde ¿trabaja o no trabaja?

—Ahora vamos a atarte las manos a la espalda —le replicó el desconocido—. A ver, colócate en posición.

Renny obedeció. Hubiera sido estar loco hacer lo contrario porque los tres hombres le apuntaban con los revólveres.

Mientras se procedía a ligarle las muñecas fue interrogado:

—¿Has oído hablar alguna vez de "La Paloma de la Paz" o Dove Zachies como se le llama de ordinario?

Renny frunció el ceño.

—Sí.

—¿Le conoce Doc Savage?

—Sí —confesó Renny. A la sazón estaba bien atado.

—Perfectamente —dijo el desconocido—. Esperamos que Doc Savage continuará en el rascacielos neoyorquino, porque el "Demonio" deseará ocuparse ahora de él.

CAPÍTULO VI

SOLO UNA NOCHE PARA ENTABLAR NEGOCIACIONES

EL hombre de la barbita gris estaba al otro lado de la puerta del piso alquilado por Doc Savage en el rascacielos neoyorquino. Permanecía seguro, confiado, sombrero en mano, tan manso como de costumbre.

—Soy Dove Zachies —le confesó a Doc—. ¿Puedo pasar un momento?

Doc no demostró ni la más leve sorpresa mientras echaba a un lado la barrera de cristal e introducía a su visitante en el recibidor.

—He conocido pocos individuos con más aspecto de tunantes —le dijo sin rebozo.

Zachies se mostró alborozado.

—No pretendo engañarle —declaró con franqueza—. Ante la ley soy un criminal, pero un criminal honrado a mi manera. Opero en gran escala. En la época de la prohibición trafiqué con licores del país e hice contrabando de vinos extranjeros. Puesto que estamos en el país de la libertad, ¿por qué se ha de poner obstáculos a la vida de unos y facilitar la de otros? ¿No le parece a usted?

—Oiga: ¿ha venido a verme para discutir este asunto? —observó Doc sin demostrar emoción.

Zachies movió con aire solemne la cabeza.

—He venido para pedirle ayuda —confesó.

—¿Mi ayuda? —repitió incrédulo Doc.

—No para mí —se apresuró a explicar el otro—, sino para el público americano. Quizá para el mundo entero.

—¡Hum! ¡Qué melodramático es eso!

Zachies se puso serio y le dio vueltas al sombrero entre las manos.

—¿Ha oído hablar del “Demonio Bramador”? —interrogó.

Doc no repuso en el acto; se acercó a la mesa del tablero incrustado y se sentó ante ella. Con deliberada abstracción posó la punta del dedo sobre el mosaico exquisito de la ornamentación.

—El “Demonio Bramador” ha intentado matarme hace poco.

Zachies dejó caer el sombrero y su rostro inexpresivo reflejó un profundo asombro.

—Entonces ¡eso quiere decir que le tiene asignada la muerte! —exclamó—. Por fuerza tiene que comprender que le intercepta usted el camino.

—El camino. ¿Adónde? —deseó saber Doc.

—Qué sé yo. Es posible que conduzca a un crimen monstruoso. Mas, aun así, me parece extraño, créalo.

Doc Savage dio unos golpecitos sobre el tablero con la punta de un dedo nervioso, en el que resaltaban los grandes tendones.

Mantenía invariablemente fija la mirada de sus ojos dorados en el visitante.

—Sepamos, pues, por qué viene a verme —dijo—, pues supongo que no le impulsa del todo su amor a la humanidad.

Zachies trató de enojarse son conseguirlo.

—Es verdad —confesó—. El “Demonio Bramador” me ha pedido que fusione mi… llamémosla organización, con la suya, pero me he negado, por ello trata ahora de matarme.

—¿Así? ¿Lo conoce usted?

—Personalmente, no. Únicamente he oído su voz por teléfono. Es una voz cantarina.

—¿Cantarina?

—Eso es. Y le aseguro que ese acento desfigura la voz.

—¿Iba la oferta acompañada de una demostración material?

—Ciertamente, mister Savage. El “Demonio Bramador” vaga ahora al norte de este Estado, por las montañas que encuadran Powertown.

—¿Cómo sabe usted eso?

Zachies se inclinó hacia delante y su rostro asumió una intensa expresión de gravedad.

—El “Demonio” es un monstruo, mister Savage, capaz de llevar a cabo hazañas fantásticas. Cuando trató de asegurarse mi concurso se jactó de que podía destruir la superficie terrestre de regiones

enteras. Se ofreció a probarlo mediante sacudidas en pequeña escala del suelo de Powertown de manera que fueran destruidos los depósitos de la traída de aguas. Y esto es lo que está haciendo actualmente para impresionarme con su poder. Sólo para demostrarme lo que es capaz de hacer, causa daños considerables que ascienden a varios millones de dólares y le arranca la vida a muchos seres infortunados. Por ello pregunto yo: ¿verdad que es un monstruo de infamia?

Doc Savage deseó saber el estado de la situación en Powertown y preguntó a Zachies si sabía algo de ello.

—Sí —repuso Zachies al momento—. Precisamente he estado hoy allá… no, ayer, estuve ayer, y mi secretario fue capturado por una muchacha extraordinaria, Retta Kenn, creo que se llama, de quien sé positivamente que trabaja con la banda del diablo rugiente.

"Esta muchacha nos abandonó probablemente mientras iba a buscar a otros miembros de la banda, tal vez para decirle a su jefe que nos había secuestrado, pero una parte de mis hombres nos habían seguido y ellos nos libertaron. Confieso que estoy amedrentado y por ello he venido en su busca.

Doc permaneció silencioso un momento. Su dedo tabaleaba distraídamente sobre el tablero de la mesa como al compás de sus pensamientos.

—¡Ya no sabe más? —dijo al fin.

—En una cabaña que descubrí ayer, he tropezado con un joven paralítico o hipnotizado —dijo Zachies—. La cabaña en cuestión ha sido propiedad de un inventor apellidado D´Aughtell, que la habitaba en unión de su socio Mort Collins. Me he enterado de tales pormenores al verificar una requisa en la casa. Creo que el diablo rugiente ha debido apoderarse de Aughtell y que ha hecho víctima de sus encantos a Collins.

—¿Qué es lo que le induce a albergar tal convicción?

—El propio "Diablo". En una ocasión me confió que es capaz de trasformar en un muerto a una persona viva y tal es la actual condición de Collins.

Doc paseó el dedo sobre el tablero de la mesa.

—¿Ha dicho usted, si mal no recuerdo, que el diablo rugiente disfraza su voz bajo un tono cantarino?

—Exactamente, mister Savage.

Doc dio sobre el tablero repetidos golpecitos.

—¿Por qué no habla de su “cache”, Zachies?

Zachies abrió una boca de a palmo y la mantuvo así hasta colocarse entre los labios un puro habano.

—No entiendo…

—¿Quiere decir que no anda tras de él el diablo rugiente?

—¿Cómo puede ser eso? —replicó Dove al instante—. ¡Yo no tengo “cache”! Es más: ignoro lo que quiere decir esa palabra.

—Un lugar que sirve de escondite —le explicó Doc.

—Yo no tengo nada escondido —insistió Zachies.

Doc le examinó con atención. Hasta aquí se había servido de los informes facilitados bajo la influencia del suero de la verdad, por el hombre que había tratado de asesinarle.

—Sospecho —dijo al cabo Zachies—, que ya va usted detrás del diablo rugiente.

—Es muy cierto —confesó Doc.

Zachies giró sobre sí mismo y se acercó a la puerta.

—Bien; me marcho —le anunció a Doc. Se detuvo para echar su tarjeta sobre la mesa y agregó:— Ahí le dijo mi dirección. Si necesitara de mi ayuda… o de mi banda, no vacile en llamarnos.

—Gracias —replicó con un tonillo seco Doc Savage y le acompañó hasta la puerta de ascensor.

Con inusitada rapidez volvió a entrar luego en el recibimiento, se acercó a la mesa y dio un golpecito en el mismo punto del tablero que tanto había manoseado. En respuesta a la presión efectuada sonó una llamada telegráfica.

Mas no en casa de Doc, sino muchos pisos más abajo, en la planta del rascacielos. El aparato estaba montado en el garaje. Ante él estaban sentados dos hombres de aspecto totalmente distinto. Uno de ellos era voluminoso, velludo, y más se parecía a un orangután que a un ser humano. Apenas tenía dos dedos de frente, la boca llegaba de oreja a oreja. Estaba sin afeitar e iba vestido de cualquier manera.

—No hay necesidad de que lo leas, Ham —dijo el hombre voluminoso—. Antes de conocerte, cuando estudiaba en Harvard, aprendí el sistema.

—¡Bueno, aborto de la Naturaleza! —le dijo el otro sin

compasión.

Y los dos corrieron a meterse en un coche. El hombre gorila se desvió un poco de la línea recta y asió a un animalito que había estado durmiendo sobre un montón de ropa.

Era un cerdo, un ejemplar corriente de la familia porcina provisto de unas orejas tan descomunales que parecían alas. Por una de ellas le cogió precisamente su amo. El atildado Ham le dirigió una mirada furibunda.

—Supongo —observó—, que dejarás a ese bicho en donde estaba.

—¡Jajai! —replicó su acompañante—. Eso te crees tú.

Los dos cambiaron una mirada asesina. Luego el caballero atildado se puso pálido, asió el bastón con ambas manos, tiró de los dos extremos en opuesta dirección y descubrió lo que en realidad era: la hoja de un estoque.

Parecía amagarle un ataque de nervios.

—¿Te ha hecho daño la comida? —le preguntó con sorna su simiesco camarada.

—¡Oh, mi chaqueta! —comentó el otro con aire de desprecio—. Tan lejos estaba de ocuparme de ti como de... Oye: Vámonos.

Entraron en un pequeño coupé, sin que dejara Monk de asir al cerdo por una oreja. El coche se deslizó por una rampa y salieron a la calle.

Llenos de ansiedad, los dos escudriñaron con la mirada a los escasos transeúntes que se hallaban en la calle a una hora tan avanzada.

Fue el simiesco Monk quien descubrió primero a Dove Zachies, que se dirigía perezosamente al septentrión.

—¡Ahí está! —exclamo señalándole con el dedo.

Y le siguieron.

—Echa a ese animal —ordenó Ham con imperio cuando hubieron dejado atrás dos manzanas de casas.

—¡No! “Habeas” es un pura sangre. Supongo que sabrás lo que eso significa, ¿eh? Bien; pues ya comprenderás que “Habeas” no tienen rival en su clase.

—¡Puah! —hizo Ham—. Lo creeré si me compras una chaqueta nueva.

—Te dejaré una mía en herencia.

La discusión continuó por este estilo alcanzando a veces un ardor que amenazaba concluir en pendencia. Pero no llegó a tanto.

A decir verdad, desde muchos años atrás venían los dos camaradas riñendo sin cesar por un quítame allá estas pajas, pero, a su modo, eran amigos.

—¿Dónde estuvo anoche Johnny? —interrogó Ham a Monk de pronto. Johnny era otro de los ayudantes de Savage, arqueólogo y geólogo en una pieza.

—Dándoles la lata a un grupo de ladrones de tumbas egipcias —explicó Monk—. Quiero decir: que estuvo en una de las salas del Museo. Ahora debe hallarse de vuelta en su casa.

Ham le amagó un puntapié al cerdo.

—¡Eh! ¡Cuidado! —le advirtió Monk entre dientes.

—Como vuelva a lamerme los zapatos le voy a cortar las orejas y la punta del rabo.

La discusión iniciada duró hasta que Zachies, que había tomado un coche de alquiler, se apeó de él en la parte alta de la ciudad. Por lo visto deseaba asegurarse que no iba a conducirle un solo auto al punto donde deseaba ir, porque tras de despedir el coche llamó a otro.

Este segundo taxi le condujo a Wechester, notable por sus residencias, y allí apeóse y se acercó a la puerta de una lujosa mansión defendida por alta cerca de piedra y pasó al otro lado de la maciza verja de hierro.

Ham, Monk y el cerdo le seguían de cerca. Monk llevaba en la mano un saquito de cuero que había sacado del coupé.

—Tenemos que entrar ahí dentro —dijo muy decidido—. Ante todo nos encaramaremos a ese muro.

—Yo voy a escuchar previamente junto a la puerta —observó Ham.

Avanzaron furtivamente y cuando estaban junto a la verja oyeron voces al otro lado. Una era la de Zachies y la otra debía pertenecer al portero.

—Vigila bien la puerta —decía el primero al segundo—, porque las cosas andan muy mal. No te ocupes del muro. Recuerda que nadie puede encaramarse a él sin que suene el timbre de alarma. El aparato es de tipo moderno y funciona a las mil maravillas.

—No tengas miedo. Nadie vendrá a molestarte —repuso la

bronca voz del portero.

Monk y Ham retrocedieron a una prudente distancia.

—¿Quién ha dicho que iba a encaramarse al muro? —interrogó Ham con acento de ironía.

—¡Vete a paseo! —exclamó Monk—. Ahora sí que no sé cómo nos las compondremos para entrar en la finca.

CAPÍTULO VII

WATERLOO PARA DOS

LOS dos camaradas dedicaron un minuto a la solución del problema.

—Hagamos una cosa: acerquémonos a la verja, digamos al portero que no hemos extraviado. El hombre saldrá para indicarnos el camino, y entonces podremos amordazarle.

—¡Hum! No le creo tan crédulo —dijo Monk—. Tenemos que inventar otra estratagema.

El cielo estaba encapotado a la sazón y por consiguiente estaba muy oscuro.

Los coches que pasaban por el camino distante hacían sonar repetidamente las bocinas. El aire olía a flores. "Habeas " gruñía por lo bajo.

—¡Quita de en medio o te pego una patada! —le dijo Ham.

Monk despreció la alusión y cogiendo a "Habeas" le indicó la puerta de entrada.

—¡Muérdele, camarada! ¡Ve y muérdele, cómetelo!

"Habeas" se alejó al trote. La noche se lo engulló. Sucedió a su envite una pausa más larga de lo que Monk había supuesto, un profundo silencio.

Durante ella oyeron más profundo silencio. Durante ella oyeron más cercanas las bocinas de los coches que pasaban por el camino, sin duda porque aplicaban el oído.

Ham observó:

—Debí suponer que ese animalito…

No concluyó. Tras de la verja acababa de sonar un gemido ahogado. Un hombre maldijo y pateó, luego tornó a gritar con voz contenida.

Monk y Ham adelantaron unos pasos. El portero corría de un lado a otro, profiriendo maldiciones.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —dijo—. ¡Toma! ¡Un cerdo!

Simultáneamente se abrió la verja, por el hueco abierto deslizóse “Habeas” al exterior seguido de cerca por el furioso portero.

Cabe dudar de que se diera cuenta de la estratagema, porque Monk no le dio tiempo. Balanceó el brazo y su puño de hierro cayó con fuerza sobre una de sus orejas. Ham se apoderó de él.

—¿Qué me dices ahora de “Habeas”? —le interrogó Monk.

Luego, ambos se detuvieron a escuchar permaneciendo unos segundos con la cabeza ladeada. No parecía haberse oído desde la casa, situada al fondo del jardín, la contienda entablada entre el portero y “Habeas”.

Monk arrastró al primero hasta el camino y allí le ató y amordazó. Le abandonó para volver al lado de Ham. Éste se hallaba acariciando al cerdo a la sazón en una oreja, mas, apresuradamente, lo dejó al ver a su camarada.

—Ya sabía que llegarías a tomarle cariño —observó el recién llegado.

—¡Quiá! Es que le estoy domesticado —replicó Ham—. Cuando se familiarice conmigo le cortaré la cabeza y me lo comeré con huevos fritos.

Furtivamente se deslizaron por entre árboles y plantas. El césped era tan espeso y los árboles crecían tan apiñados que no corrían peligro de ser vistos desde la suntuosa mansión.

Descubrieron una ventana abierta en la fachada y por ella se colaron en su interior. Allí se detuvieron a escuchar, luego continuaron marchando.

La habitación en que estaban era un solarium. Al otro lado hallaron un salón a oscuras. En su fondo distinguieron una puerta abierta, iluminada.

Desde donde estaban, divisaban la habitación del otro lado, y sin acercarse demasiado oyeron la conversación sostenida en ella. La luz procedía de un comedor sobre cuya mesa habíanse colocado vasos y botellas.

Sentados a la mesa estaban fumando siete hombres.

Zachies ocupaba el puesto de honor. En aquel momento estaba diciendo:

—Os digo, muchachos, que Doc Savage ¡se ha tragado el anzuelo!

Uno de sus compañeros —por cierto que ninguno de ellos inspiraba confianza— replicó:

—Pues me extraña porque se afirma que es muy vivo…

—O es que he representado bien mi papel —dijo Zachies—. Le he hablado mezclando mentira a verdad y además le he proporcionado los informes que deseaba saber con respecto al diablo rugiente.

—Acabas de decir que dejaste de lado el asunto Venable Mear —insinuó otro acompañante.

—Es cierto, pero ¿Sabes lo que pienso?

Dove asumió un aspecto feroz.

—¿Qué?

—Que el tal Venable Mear es el diablo rugiente —. Zachies se recostó en el respaldo de su silla haciendo un vehemente ademán.

—Y que, evidentemente, esa muchacha, Retta Kenn, trabaja a sus órdenes. Poseo un telegrama en el cual ese Mear le ordena que se apodere de mi persona. Ahora bien: —¿no os parece sospechoso? ¿No cabe suponer que Venable Mear y el diablo rugiente son una misma persona?

—Ante todo:¿Quién es, ese Mear y de dónde ha salido?

—¿Qué me aspen si lo sé! Pero ya lo descubriremos. Que uno de vosotros me traiga el listín de teléfonos. Vamos a ver si está en el ese apellido.

Otro bandido inquirió:

—Si ese Venable Mear es el diablo rugiente, ¿por qué no se lo has dicho a Doc Savage?

Dove Zachies se echó a reír.

—Por una razón muy sencilla —repuso—. Si logramos apoderarnos del diablo rugiente seguiremos su juego. Tiene grandes proyectos. Tan grandes como dignos de figurar en la historia.

—¡Vaya si eres aprovechado!

—A ver: ¡venga ese listín! —pidió Zachies, impaciente.

Se alzó un hombre de la mesa y salió a la habitación que a la sazón ocupaban Monk y Ham.

Había efectuado de manera tan rápida el movimiento, que cogió de sorpresa a los dos camaradas y no tuvieron tiempo de

esconderse. Lo único que pudieron hacer fue retroceder y refugiarse en un rincón oscuro.

Para colmo de su mala suerte Monk descubrió que se hallaba muy cerca del teléfono. El hombre avanzó decidido, se inclinó sobre la mesa, y a tientas buscó en ella el listín. Monk se sintió tentado de lanzar un suspiro de alivio.

El hombre no le veía. Pero sí le había visto, porque le pegó inesperadamente en mitad del estómago.

¡Fue un puñetazo descomunal! El dolor arrancó a Monk el rugido de un león. Sin saber lo que se hacía correspondió al ataque. Le pegó al hombre, que quedó al instante desvanecido.

Levantado en vilo, arrastrado hacia atrás por la fuerza de la agresión, cayó de espaldas al suelo. Monk le embistió otra vez rugiendo de rabia.

De paso asió una silla, y en el momento de cruzar el umbral de la puerta la arrojó sobre la lámpara de brazos. Entonces se apagó la luz, entre tintineo de cristales rotos, el estallido de las bombillas y el siseo de azuladas llamas.

Una vez dentro del comedor, Monk se lanzó a la carga. Apoderándose de la mesa tiró de ella y luego se le echó encima a los tres hombres que estaban que estaban al otro lado.

Cuando les tuvo en tierra, dióles otro empujón capaz de partirles el cuerpo en dos. Su pie tropezó con un caído. Monk pegó un salto y se dejó caer de plano. Alguien hizo fuego sobre él.

Monk había cogido de la mesa una botella, que arrojó ahora al punto iluminado por el fogonazo. A su acción respondió un alarido atronador.

Monk saltaba, chillaba lleno de furor, cargaba a ciegas, ora de un lado ora de otro, en el oscuro comedor, con la esperanza de hacer nuevas víctimas.

La pared le detuvo de manera dolorosa.

—¡Eh, bala perdido! —le gritó Ham desde la otra habitación—. ¡Sal de ahí ahora que puedes!

Monk volvió a arremeter al vacío, y corrió en pos de Ham. Juntos se lanzaron por la ventana y salieron al jardín seguidos por el cerdo.

—¡Idiota! —dijo Ham entre dientes—. Has hecho una tontería.

—Ya lo sé —confesó Monk—, pero ¿qué quieres? El hombre ese

me ha pegado en el armario donde se guardan los alimentos y yo le tengo en mucha estima.

—Por lo menos no nos vamos con las manos vacías. Podemos hablarle a Doc de ese Venable Mear...

Le interrumpió una exclamación de Monk.

—¡Demonio! ¿Qué es eso?

“Eso” era la figura de una mujer. Se les había adelantado y corría locamente hacia la verja. Mientras apelaba a la fuga, volvió la cabeza y lanzó en dirección de la casa una mirada escudriñadora.

Mas cabía dudar de que pudiera ver algo en aquella oscuridad impenetrable.

Monk y Ham la divisaron claramente gracias a la bombilla de luz eléctrica que se había encendido sobre la puerta del jardín.

Ella franqueó el umbral ligera como una saeta, salió al camino y cerró de golpe la verja.

—¡Eh! ¡No haga eso! —le había gritado Monk—. Nosotros huimos también.

La muchacha le oyó. Se detuvo, giró sobre los talones y comenzó a forcejear con la puerta. Trababa de abrirla para que pasaran, pero la cerradura, de resorte, burló la tentativa.

A su espalda sonó la descarga de una ametralladora. Monk y Ham se dejaron caer de plano y avanzaron arrastrándose por el suelo del jardín. De vez en cuando oían silbar las postas a través de la fronda.

Luego aquellas postas comenzaron a abrir agujeros en la cerca y a caer en forma de sonora granizada sobre la verja. La muchacha hizo entonces lo único que cabía. Dio media vuelta y apeló a la fuga.

El jardín se inundó de inusitado resplandor. En la parte alta del muro y en toda su extensión se habían fijado bombillas de luz eléctrica, de manera tan hábil que iluminaban yarda por yarda toda la finca.

Guiados por él se lanzaron al ataque Zachies y el resto de la banda.

—Se acabó la función! —exclamó Monk con un gemido. Él y Ham eran perfectamente visibles ahora que estaban encendidas todas las luces. Ambos llevaban las pistolas ametralladoras.

Pero el servirse de ellas en aquellos momentos hubiera sido

provocar una matanza. Dove Zachies se les acercó con la mirada centelleante.

Evidentemente estaba familiarizado con el grupo compuesto por Doc y sus ayudantes; quizá había leído sus nombres y hechos en algún periódico, porque les dijo entre dientes:

—Vosotros sois Monk y Ham, ¿no? —Alzó un brazo y ordenó—. ¡Coged a esa mujer!

Sus hombres se alejaron en rápida carrera. Estuvieron de vuelta al cabo de diez minutos.

—Ha huido —le comunicó uno de ellos—. La aguardaba un coche en la carretera.

—¡Oh! —hizo Dove Zachies.

—¿Quién era, Dove?

—Retta Kenn.

Monk y Ham fueron llevados al interior de la casa. El portero a quien habían sorprendido, atado y amordazado, fue hallado y puesto en libertad.

Luego cada uno de los bandidos se sentó y aguardó con ansia por si el tiroteo había llamado la atención de la policía. Nada sucedió.

—Justamente, compré la casa por su aislamiento —comenzó Zachies, con un suspiro. Se aproximó a Monk y Ham, ambos esposados ahora con manillas nuevas y relucientes.

—¿De manera —gruñó—, que Doc no se tragó el anzuelo del todo? Sepamos que es lo que sabe respecto a mí.

—No te oigo —replicó Monk—. En ocasiones padezco de sordera.

Esta respuesta provocó un nuevo ataque de rabia en el bandido, la violencia del cual dejó maravillado a Monk que, naturalmente, ignoraba la jugarreta de que Retta le había hecho víctima la víspera al fingirse sorda.

Asumiendo su aire manso de costumbre, les dijo luego:

—Sois muy despabilados. ¿A que no sabéis lo que voy a hacer con vosotros?

—Si no nos lo dices...

—Voy a tratar de convencer a Doc Savage de que venga a encargarse personalmente de este asunto.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Pues sosteniendo con él una conversación telefónica, en la que pienso decirle que el diablo rugiente va a atacar esta casa.

—¿Y luego? —inquirió Monk con acento de curiosidad.

—Luego os mataré a los dos. Diré a Doc Savage que os ha asesinado el diablo rugiente. ¿Qué os parece? ¿Despertará ansiedad la noticia en el ánimo del hombre de bronce? ¿Arderá en deseos de venir a vengaros? ¡Decidme!

—Yo creo que sí —admitió Monk.

Zachies entró en la casa y se dirigió al teléfono.

CAPÍTULO VIII

LA VOZ DEL MUERTO

LOS teléfonos colocados en casa de Savage iban acompañados de timbres que sonaban de manera diversa. El que se dejó oír en aquellos momentos era muy agudo y se parecía al prolongado chillido de un ratón.

Se encargó de contestar a la llamada un joven sorprendentemente flaco que se hallaba en el recibidor.

El aspecto de este hombre evocaba el de un esqueleto provisto de pellejo y de una finísima envoltura de carne. Era Johnny.

—Conferencia —dijo a Doc—. Es muy posible que no sea nada trascendental y rememorable.

—Es igual. Allá voy —replicó Savage.

Tendió el brazo y se apoderó del auricular que formaba un manejo numerado.

—Oiga: —¿Doc Savage? —dijo una voz.

El rostro de Doc no varió de expresión, pero por espacio de breves instantes sonó en el recibidor la exótica cantinela que le era peculiar, aquel sonido que producía en sus momentos de abstracción.

La frase que acababa de sonar en sus oídos había sido dicha por una voz susurrante, cantarina, y Dove Zachies le había dicho que así hablaba el diablo rugiente.

—Sí, soy Doc Savage.

Hubo una pausa de tal duración que Doc creyó no volver a oír la voz del enigmático ser que le había llamado. Luego el auricular le transmitió palabras espeluznantes:

—No me interrumpa y oiga con atención lo que voy a comunicarle. Soy el diablo rugiente y en mi poder tengo a Renny,

su ayudante. Se halla sano y salvo, con excepción de dos o tres rasguños sin importancia. No recibirá tampoco ningún daño si se compromete usted a seguir las instrucciones que voy a darle.

Doc Savage separó el auricular de su oído lo bastante para que Johnny pudiera escuchar lo que se decía.

Pero Johnny le hizo seña de que no se molestase y tomó otro auricular con objeto de averiguar de dónde procedía la llamada.

—A quien deseo tener, realmente, en mi poder es a Zachies —continuó diciendo el diablo rugiente. E hizo una pausa como para producir una mayor impresión en el animo de Doc—. Apodérese de Zachies y le entregaré a Renny —dijo el cabo—. Pronto me dirán cuándo ha recibido usted a Dove. Poseo una fuente excelente de informes y entonces los dos resolveremos esta cuestión. Ahora, ahí va la prueba de que tengo conmigo a Renny.

Hubo un segundo de silencio y después sonó al otro lado de la línea la voz inconfundible, atronadora, iracunda, del ingeniero.

—Conozco que van a hacerte una proposición, Doc —dijo al hombre de bronce—, y te aconsejo que los mandes a paseo. Pero ¡ojo! Ve con cuidado y ten presente que el diablo rugiente es temible.

El alambre vibró al interrumpirse la comunicación. Sin dejar todavía el auricular, interrogó Doc a Johnny:

—¿Lo averiguaste ya?

Johnny dijo por teléfono:

—Se lo agradezco en grado superlativo —y colgó.

—Archí espléndido, magnífico —dijo a su jefe. Le agradaban las palabras ampulosas—. Gracias a nuestro convenio previo con la Telefónica obtenemos ahora un excelente resultado.

—¿De dónde precede la llamada?

—De una finca de Westchester.

La nota semejante al trino de un ave tropical, que ya conocemos, salió de labios de Doc Savage. Persistió un momento de manera confusa, casi imperceptible al oído, y luego se perdió en le espacio.

El huesudo Johnny se quedó perplejo. Doc le explicó:

—Esa casa pertenece a Zachies.

—A Dove Zachies! ¡Vaya una amalgama!

Doc Savage dijo:

—¡En marcha!

Un agente de policía les detuvo una vez durante el camino del Norte. Era recién llegado y, según dijo, no significaban nada para él los signos que ostentaba junto al número de matrícula el elegante roadster plateado de Doc.

En cambio habíale impresionado la velocidad excesiva que llevaba.

Entonces hubo que apelar al testimonio de un superior y el hombre les dejó proseguir su camino excusándose calurosamente.

Doc y Johnny dejaron el oscuro roadster a cierta distancia del punto de su destino, recorrieron unas cien yardas a pie y al cabo descubrieron el coupé abandonado propiedad de Monk y Ham.

Ha posó una mirada fugaz en el coche y comentó:

—¡Mal presagio!

Doc observó:

—Es muy posible que Dove Zachies sea, en realidad, el diablo rugiente. Cuando me hizo la visita me dijo que me apoderase de su enemigo, mas quizá lo haya hecho para despistar.

—Sí, esta cuestión puede enfocarse desde distintos puntos de vista.

—En fin, al final se verá.

Estaba abierta la verja de la finca propiedad de Zachies. Al otro lado descubrieron, muerto, a un hombre.

El muerto estaba sentado de espaldas al tronco de un árbol, tenía cruzadas ambas manos sobre el vientre y aquellas manos estaban rojas, tintas en sangre que se derramaba de ellas cayendo sobre las piernas y formando un charco entre ambas.

Cerca de él yacían un revólver y una linterna. El arma era una “Luger” y la misma marca ostentaba la funda sobaquera que llevaba debajo de la chaqueta.

El cinto estaba muy gastado allí donde había colgado la linterna de su anilla correspondiente. En uno de sus bolsillos descubrieron un paquete de cigarrillos y en torno de la puerta varias colillas que, al parecer, llevaban allí algunos días.

—Es un guarda —dijo Doc a Johnny—. No lo toques. Se ve que le han dado una puñalada y si le mueves se deshará su cuerpo.

Las luces encendidas en el interior de la casa descubrían sus dimensiones más que regulares y el encalado de sus muros. La puerta de entrada pendía de los goznes, y se habían destrozado dos

ventanas de la fachada.

Al otro lado de aquella puerta habían muerto a tiros a otro desconocido. A juzgar por los agujeros que le acribillaban el pecho, habíase empleado para matarle una ametralladora.

En el comedor hallaron dos chaquetas colocadas sobre el respaldo de una silla. Johnny las examinó, diciendo a continuación con apagado acento:

—La chaqueta de Ham... —señaló la otra prenda con el dedo—, y la chaqueta de Monk. Mira cómo se ha desgarrado esta última. Ha habido lucha y seguramente ella habrá concluido con la captura de nuestros dos camaradas.

Doc siguió adelante e inesperadamente vió delante de sí un cielo nuboso. Sin embargo, aquella había sido la puerta de la cocina.

Con ella había desaparecido toda la parte de atrás del edificio como por efectos de una explosión. El hombre de bronce apreció de una atenta ojeada los daños ocasionados y reparó en el suelo hundido de la pieza.

De ello dedujo que la explosión hallase efectuado allí mismo.

—La ha producido una granada muy grande —dijo a su acompañante.

—¡Vaya una amalgama! —Johnny hizo un gesto vago y maquinalmente se apoderó del monóculo que llevaba pendiente de una cinta, en el bolsillo de la americana destinado al pañuelo—. La explosión ha debido oírse a quince millas de distancia.

Miró en torno e indicó a Doc numerosos cartuchos vacíos.

—También ha habido tiroteo, mas nadie le ha oído; por lo visto, nadie ha dado la voz de alarma. Y lo propio ha sucedido con la explosión. ¡Que raro!

De ordinario no hablaba tanto sin mezclar a la conversación alguna frese o palabra disonante cuyo significado hubiera que buscar en un diccionario, pero en otras ocasiones trataba de producir impresión en el ánimo de sus oyentes y ahora sabía que no podría impresionar al hombre de bronce.

Doc no replicó nada, pero volvió a comedor. Allí apagó las luces. De uno de sus bolsillos extrajo un aparato semejante a una cámara fotográfica en miniatura, con la sola excepción de que tenía una lente oscura.

Abrió una llave situada en uno de los costados de la máquina y

de ella surgió al punto un sonido musical, apagado. Doc paseó en torno al aparato, sin que produjera luz visible. Pero en diversas ocasiones los objetos despidieron rayos luminosos al ser enfocados por ella. Dos tabletas de aspirina colocadas sobre la mesa convirtiéndose a su influjo en dos puntos fosforescentes.

Luego se dibujó en la pared, clara y distintamente, una frase escrita. Doc se aproximó a ella sin dejar el aparato de su mano, que era en realidad una linterna proyectora de rayos ultravioleta de una longitud de onda invisible a simple vista.

La escritura habíase llevado a cabo mediante un trozo de clarión especial hecho de una sustancia que tenía la propiedad de brillar con una luz fosforescente al ser iluminada por los mencionados rayos.

En apariencia el clarión era como otro cualquiera y dejaba una huella apenas perceptible. Lo mismo Doc que sus ayudantes llevaban siempre uno en el bolsillo.

—Es letra de Monk —observó Doc al reparar en su tamaño desusado y en su perfecta limpieza.

El y Johnny leyeron la frase. Decía así:

“ZACHIES CREE QUE VENABLE MEAR ES EL DIABLO RUGIENTE. TODO ES TODAVÍA UN MISTERIO. NOS HAN ATRAPADO”.

—Vaya un modo de decir que les han hecho prisioneros —observó Johnny con seca entonación—. ¿Qué habrá sucedido después de haber escrito la frase?

Ahora Doc procedió con mayor cuidado a hacer el examen de la casa. Los proyectiles habían abierto agujeros en las ventanas o destrozado por entero sus cristales.

Un charco de sangre que descubrieron en una habitación determinada les indicó que hasta allí se había seguido luchado.

Por tres veces halló el hombre de bronce proyectiles aplastados y mutilados como si hubieran tropezado en su camino con cotas interiores de malla.

Como seguía usando la linterna, en el bajo de la casa desenterró otro mensaje:

“SE OYEN FUEGOS ARTIFICIALES… ES EL DIABLO RUGIENTE. ZACHIES PIENSA MATARNOS ANTES DE ESCAPAR”.

No había más. Johnny continuó sus pesquisas al lado de Doc, con aire sombrío. Junto a la bodega había un garaje. Sobre la

puerta de comunicación entre ambas piezas, puerta semidestrozada a la sazón, estaba escrito:

“SE HA PUESTO AL FUEGO LA SARTÉN. QUIERO DECIR: NOS HA ATRAPADO EL DIABLO RUGIENTE”.

Johnny lanzó una exclamación de contento.

—Esto quiere decir que Zachies no los ha matado, como pensaban. Probablemente no habrá tenido tiempo.

Doc Savage penetró en el garaje.

—La historia se continúa por entregas —observó señalándole a Johnny un punto determinado.

Bajo los rayos ultravioleta de la lámpara siguieron fosforescentes estas palabras:

“OIGO DECIR: EL DIABLO RUGIENTE SE VALE, AL HABLAR POR TELEFONO, DE UNA PLACA…”

La frase quedaba allí interrumpida como si algo o alguien hubiera impedido que siguiera Monk escribiendo.

—¿Qué habrá querido decirnos? —se dijo Johnny en voz alta.

—Probablemente ha intentado comunicarme que el diablo rugiente se ha servido de una placa, en la cual está impresionada la voz de Renny al ofrecerse a devolvérmelo a cambio de Zachies —explicó Doc.

Johnny pegó un bote como si le hubiera picado una abeja.

—¡Vaya una amalgama! ¿Te habías dado cuenta de esto? —inquirió muy sorprendido.

—Sin duda tú también habrás reparado en el ruido especial que hace la aguja sobre el disco. Pues bien. Al emplear la suya el diablo rugiente no cayó en la cuenta de que el sonido era muy fuerte y de que yo lo percibiría desde casa.

En el lado opuesto del garaje habían quedad estampadas las últimas palabras de Monk:

“ZACHIES HA ESCAPADO. EL DIABLO RUGIENTE SE APODERA DE NOSOTROS. AVERIGUA LO QUE PUEDAS RESPECTO A VENABLE MEAR”.

Johnny volvió a comentar la situación mientras corrían por el camino de vuelta a Nueva York, en el coche de Doc Savage.

—Dove Zachies y el diablo rugiente no son, pues, una misma persona —dijo.

Doc guardó silencio.

Más tarde hallaron en el listín del teléfono:

“Mear. V, Venable, ps. Y crim. —Verving Alley, I.”

Johnny paseó abstraídamente el monóculo sobre la línea impresa. Lo constituía un cristal de aumento sumamente potente.

Como la era muy útil dada la profesión de arqueólogo que ejercía, lo llevaba montado de aquel modo para mayor comodidad.

—Las abreviaturas ps. Y crim. Significan...

—Psicólogo y criminalista —concluyó Doc por Johnny—. Es un dato interesante.

—Bien. Nuestro hombre habita en Mervin Alley número uno. Dentro de cinco minutos sabremos a qué distrito pertenece esa calle.

El forastero podía haber tomado aquella calle por lo que era en realidad: un antiguo vertedero. Y lo parecía a pesar de sus limpios, encalados, edificios y su acera de asfalto. Para el neoyorquino neto saltaba su condición a la vista.

Con todo, a la sazón, era comme il faut. Habitaban en ella dos o tres artistas de reconocida fama mundial, algunos pintores igualmente importantes, y un famoso banquero internacional.

Los edificios más viejos habían sido establos en tiempos pasados, pero sus interiores llevaban varios años de arreglo y eran muy lujosos.

Al propio tiempo eran sus inquilinos personas muy aburridas y elegantes de ordinario, que, en general, poseían una fortuna suficientemente crecida para gozar de un extraordinario lujo.

La casa número uno era un edificio encalado, de ladrillos, que carecía en absoluto de ventanas. Únicamente era visible en la fachada una puerta pequeña y maciza, de madera, en realidad, había sido la puerta de un granero.

—Bien. ¿De qué modo llevaremos a cabo la entrada? —quiso saber el geólogo—. ¿Irrumpimos violentamente?

—El caballero Mear ignorará, seguramente, el interés que nos inspira —observó Doc—. ¿Para qué soliviantarle? Hay un proverbio que dice: “el agua que cae de un cielo aparentemente despejado moja, incluso, al hombre más previsor”.

—Comprendo lo que quieres decir. Vamos a llover sobre él, pero sin estar previamente nublados —dijo bromeando, Johnny.

Aun no había amanecido. Por ello examinaron a su sabor el

edificio a la luz del farol más próximo.

—Me parece que detrás de él tiene que haber un callejón —dijo Doc.

Una vez en él sacó a luz un cordón de seda sumamente resistente y, tras un momento de cálculo, arrojó al aire, de abajo arriba, el gancho de hierro pendiente de uno de sus extremos.

El gancho era extensible y estaba cubierto de caucho, de manera que apenas hizo ruido al morder en el alero del tejado. Doc le dio un tirón.

Sí, estaba seguramente enganchado. Entonces trepó por él. Johnny le imitó.

Halló a Doc contemplando una claraboya que tenía a los pies. Johnny se le acercó apresuradamente y miró a su vez.

De momento le pareció que tenía debajo un lago de llamas; luego, al acostumbrársele la vista, distinguió la habitación. Era roja desde el suelo hasta el techo. No había objeto ninguno en su interior de otro matiz.

Incluso era rojo el papel de cartas colocados sobre la gran mesa escritorio de aquel estudio extraordinario. Johnny retrocedió.

Su largo rostro huesudo asumió una expresión particular.

Lentamente guiñó los ojos.

—¡Extraña habitación! —murmuró—. Parece una fantasía… —al apagarse su voz se rascó, pensativo, el mentón. Al propio tiempo dedicó al vacío una leve sonrisa, lo cual era extraordinario porque jamás se sonreía.

De pronto echó a tras la cabeza, lanzó una serie atronadora de carcajadas y cayó de bruces. Doc Savage hizo lo propio casi en el mismo instante.

Después de haber caído, ni uno ni otro volvieron a moverse.

CAPÍTULO IX

EL CHOQUE DE DOS DEMONIOS

EL desconocido no parecía tener una edad definida. O mejor: era ya tan viejo que lo mismo podía tener ochenta que cien años. Su tez se asemejaba al papel esmeril desprovisto de arenilla por un frote continuo.

Sus ojos carecían de un color determinado. Eran como pequeñas vejigas, acuosas, de celofán.

Respiraba por la boca, de manera que la tenía constantemente entreabierta, y los dientes que la mueca ponía al descubierto eran, sin duda, artificiales, blancos y fuertes. Con todo, no iba muy encorvado y aun tenía el paso firme.

Su cabeza asumía un volumen desproporcionado a partir de las orejas, y su cráneo blanco y pelado le daba el aire de una calavera. Al entrar en la roja habitación quedó bañado de una luz sangrienta, verdaderamente infernal.

—Por si es de interés para ustedes, les comunico que han permanecido privados de conocimiento una media hora —dijo después. Tenía una voz sumamente bella y melodiosa.

—Le damos las más expresivas gracias —le contestó Johnny.

Doc Savage no dijo nada.

Ambos estaban sentados en sendas sillas, muy fuertes, de acero, sujetos a ellas por las esposas que oprimían sus muñecas. Doc Savage podía romper las esposas corrientes. Sin embargo, no había quebrado aquéllas.

Ya lo había intentado. Él y Johnny habían recobrado unos diez minutos antes el uso de los sentidos.

—No necesito explicarles que les trato de este modo por haberles descubierto merodeando por el tejado —les comunicó el

desconocido de la edad indefinida—. Y les he descubierto gracias a un excelente sistema de alarma que he colocado en la casa con objeto de evitar un posible escalo.

Se calló un instante como para dejar hablar a los dos hombres, mas ellos guardaron silencio y él sonrió y se frotó las manos. Era su piel tan seca que maravillaba no oírla crujir.

—En el tejado he colocado también respiraderos —les siguió diciendo—, a través de los cuales sale un gas incoloro e inodoro que el entendido Doc Savage, tan versado en materia de química ha debido identificar. No le extrañe que le llame por su nombre, porque le he conocido en el acto. Por desgracia, no ha sido hasta después de haber perdido el conocimiento.

Miró a Johnny y le dedicó un saludo:

—Usted es Guillermo Harper Littlejohn. Celebro conocer a un caballero tan instruido.

Johnny le dirigió una larga mirada. El desconocido se inclinó ceremoniosamente.

—Yo soy Venable Mear —comunicó a los dos amigos—, y presumo que habrán venido a verme. Me lo presumo porque el tejado de esta casa queda separado de otros y por ello no es probable que hayan querido entrar en alguna casa vecina.

Les miró expectante al hacer una nueva pausa, y en vista de que tampoco le respondían, volvió a sonreír. Sacudió la cabeza y prosiguió:

—Pues sí, me alegro muchísimo de conocerles. También soy hombre de ciencia, como ustedes, aun cuando desde luego no haya puesto jamás mis conocimientos al servicio del público. Mi especialidad es la criminología. Estudio el crimen y los criminales. Y lo hago con objeto de poder combatir a uno y otros.

—¡Usted es el diablo rugiente! —exclamó de pronto Johnny, con acento acusador.

Venable Mear se sonrió, se frotó las manos y estaba a punto de saludar cuando se abrió, de par en par, la puerta de la habitación.

En ella se introdujo luego Retta.

—Ahí fuera está Dove Zachies con su banda —advirtió a Mear—. ¡Cree que usted es el diablo rugiente y viene a llevárselo!

La muchacha parecía excitada. No es que tuviera miedo; por el contrario, producía la impresión de que la situación la llenaba de

alborozo. La mano de Mear empuñaba un arma.

¿De dónde la habría sacado? Esto era un misterio. Realmente había obrado con sorprendente rapidez.

—A ver: explícame eso —rogó a la muchacha como si dispusiera de mucho tiempo.

—Verá usted: en obediencia a sus órdenes de seguirle la pista a Dove Zachies, me llegué hasta Westchester —dijo Retta—. Y allí le vi apoderarse de dos ayudantes de Savage. Asimismo he presenciado el ataque verificado sobre la casa por la banda del diablo rugiente, que se apoderaron de Zachies, capturando de paso a Monk y Ham.

—¿Viste al diablo rugiente? —le interrogó Mear.

—No —. Ella meneó la cabeza—. No iba con la pandilla. Luego Zachies escapó, le seguí y por ello sé que viene hacia aquí. He logrado adelantarme a él, pero al entrar aquí hace un momento, doblaban la esquina los coches de la pandilla.

—Antes de obrar por tu cuenta has debido avisarme —dijo reconviniéndola Mear.

—¡Toma! ¿Por qué?

—Porque te hubiera ordenado seguir a los hombres del diablo rugiente.

—Yo entendía que lo que usted deseaba era que me apoderase de Zachies.

—Yo no: mi cliente es quien lo desea —corrigió Mear—. Mas quizá por ello mismo me interesa el asunto y deseo tener pronto en mi poder al diablo rugiente.

—Perdón. Yo no sé leer el pensamiento —replicó la muchacha.

Venable Mear se frotó las manos. Todavía no llegaba ruido alguno desde la calle.

De súbito se volvió a Doc Savage.

—¿Sabe usted hablar? —inquirió.

—A veces, sí —replicó sin inmutarse el hombre de bronce.

—¿Quién es el diablo rugiente?

Doc guardó silencio.

—¿Qué es lo que busca?

Doc permaneció mudo.

Mear exhaló un hondo suspiro.

—Por lo visto mi cara no te inspira confianza —comentó en voz

alta—. Sin duda soy demasiado viejo… o excesivamente honrado y franco.

La muchacha le recordó, con acento seco:

—Y mientras nos estamos aquí, cruzados de brazos, el enemigo se reúne delante de nuestra casa.

Mear no la oyó, o si la oyó no dio muestras de ello. Miraba a Doc.

—¿Me cree usted un tunante, sin duda? —dijo—. Un charlatán, ¿no es eso?

—¿Sabe usted lo que busca el diablo rugiente? —le preguntó Doc.

—Sí. Es decir, me lo presumo.

—¿Y le conoce?

—Creo que sí.

—¡Cómo que es usted mismo! —exclamó Johnny.

Mear se echó a reír. Se acercó a Doc y Johnny y les quitó las esposas.

Mientras movían las dos piernas y brazos a fin de restablecer la circulación interrumpida, Venable se colocó al lado de la muchacha, de espaldas a ellos, y le dijo algo al oído en voz tan baja que ellos no oyeron ni siquiera el siseo de sus palabras.

Rápidamente se encaminó la muchacha a la parte de atrás del edificio y se perdió de vista.

—Vengan —les pidió Mear.

Guió a Doc y Johnny hasta la puerta de la calle y la abrió de par en par.

La calle estaba sembrada de cuerpos inmóviles.

—¡Vaya una amalgama! —exclamó oportunamente Johnny.

—Esos: una amalgama —aprobó Venable sonriendo—. Mientras hablaba con usted dos se ha derramado el gas en dirección de la calle. Es el mismo que han experimentado ustedes, hace poco, y como no corre un pelo de aire, se ha propagado sin perdida de tiempo. Hasta hoy no le había puesto a prueba, pero creo que puedo estar satisfecho de los resultados obtenidos, ¿verdad?

Johnny le dirigió una mirada escudriñadora.

—¡Es usted un hombre genial! —confesó.

Mear se frotó las manos, movimiento que efectuaba de continuo, y le dedicó una sonrisa.

—¡Bah Mi vida se halla dedicada por entero al estudio de la criminología. Deseo conocerla a fondo para combatir determinadas tendencias, y por ello he inventado ese gas y la forma de distribuirlo. Pienso vendérselo a los Bancos. Antes iniciaré una campaña de propaganda y el gas me dará más fama que si gastara en anuncios un millón de dólares.

Johnny miró a Doc.

—¡Este hombre es extraordinario! —declaró.

Venable le sonrió, se dobló por el talle en un ceremonioso saludo.

—¿Oh, no! Únicamente…

De pronto lanzó un grito agudo y cayó al suelo.

Simultáneamente sonó un silbido extraño seguido de una especie de taconazo y enseguida el eco inconfundible de una detonación.

—¡Vaya una almag…! —fue a decir Johnny, sorprendido.

Doc le derribó de un manotón, se apresuró a tirar de él y a ponerle a cubierto. Todavía asido por los hombres le llevó al interior de la casa.

Durante el intervalo de cortísima duración, tronaron en la calle los estampidos de una descarga y los proyectiles llovieron de manera escalofriante en torno de la puerta o se incrustaron en la jamba.

Venable Mear continuó chillando y rodando. Únicamente un ser privado de razón hubiera rodado de tal manera, pero no paró hasta después de llegar a mitad del arroyo. Johnny intentó lanzarse en pos de él y se lo impidió Savage.

—No hagas eso —le advirtió—. Podría costarte caro.

Doc y Johnny retrocedieron. Tras de la puerta de entrada había un pasillo y se refugiaron en él. Allí permanecieron sin moverse hasta que vieron correr a dos hombres dentro del radio que abarcaban con la vista.

Llevaban trajes a propósito, yelmos de acero y marchaban con las cabezas inclinadas con objeto de resguardarse las caras en lo posible.

Los dos iban a paso de carga. Los dos se apoderaron de Venable Mear.

Doc y Johnny se retiraron. Ya no les quedaba nada que hacer en la casa. Al salir de ella oyeron gritos en la calle y la orden de dar

una carga.

Johnny llevaba encima una pistola ametralladora. Insertó en la recámara todos los proyectiles llenos de gas que llevaba en la cartuchera, y vació el arma de una sentada.

Su acción impidió de momento que se verificara el asalto proyectado. Al cabo dieron con la puerta de servicio que estaba abierta como invitándoles a una salida.

La calle estaba a oscuras. Doc detuvo a Johnny antes de que pudiera lanzarse al exterior.

—Aguarda —le aconsejó.

Volvió atrás y llamó:

—¡Señorita!

No obtuvo respuesta de Retta Kenn, ningún sonido indicaba que estuviera dentro de la casa. Entró en la cocina.

Del armario cogió unos cuantos tomates maduros que se llevó consigo y una vez que estuvo otra vez junto a la puerta del callejón los arrojó, uno por uno, lejos de sí. Como estaban blandos y para más no rodaron, sonaron al caer de una manera muy parecida a los pasos de un hombre.

¡Bang, bang! hizo un revólver muy cerca. Luego, en el punto donde cayeran los tomates, chapotearon y silbaron las balas.

El revólver ametralladora de Johnny lanzó en respuesta, su gemido característico. Se oyó el grito de un hombre, luego la caída de un cuerpo que se desplomaba. Y ya no volvió a oírse ruido alguno en el callejón.

Delante de la casa gritaban los bandidos a voz en cuello. Nadie les interceptó el paso cuando salieron huyendo. Pero no se alejaron mucho.

Desde el punto donde se habían refugiado vieron recoger a los raiders los hombres de Zachies que continuaban sin conocimiento. También le buscaron a él sin dar con su cuerpo. Entonces se llevaron a Venable.

Les aguardaban todos. Cuando iniciaban el desfile llegó a la calle el coche ocupado por una patrulla de policía y a tiros los ladrones les destrozaron los neumáticos.

La patrulla, sorprendida, se refugió en un bajo cercano arrastrando en pos de sí a un infortunado compañero que había sido herido en ambas piernas.

Entretanto se alejaron los raiders. Ni por casualidad le echó Doc la vista encima en todo el tiempo a la muchacha. El y Johnny abandonaron la calle sin llamar la atención.

CAPÍTULO X

SOBRE LA PISTA

LA salida del sol fue una maravilla de cálidos matices dignos del sueño de un artista. Por desgracia no todos los habitantes de la ciudad gozaron de tan esplendoroso espectáculo.

Johnny hallábase sentado, aquella hora, en el despacho del rascacielos y contemplaba arrobado el despliegue de nubes, de las espiras de los rascacielos, de las aguas de la bahía, de los buques anclados en ella.

Doc Savage leía los periódicos de última hora. Las noticias más sensacionales iban encabezadas por grandes epígrafes como el que sigue:

"EL RAID MISTERIOSO DE ESTA MADRUGADA LLEVADO A CABO POR UNA HORDA DE HOMBRES ARMADOS DE REVOLVERES".

Y a continuación venía el relato sucinto, pero muy acertado, de los sucesos pasados. En ninguno de ellos se mencionaba los nombres de Retta Kenn, de Dove Zachies o del diablo rugiente.

"SE DESCONOCE SU OBJETO."

Pero se exponía alguna que otra conjetura sugerida pro la inteligencia despierta de reportero.

"PARTIERON EN COCHES ROBADOS"

Por lo visto habían sido hallados siete cuyos números de matrícula habían sido recogidos por la policía sobre la marcha. Doc recordaba, en efecto, haber contado siete coches.

"MISTER VENABLE MEAR ES MUY CONOCIDO DE LA POLICÍA"

Si, le conocía bien y al parecer tenía de él una idea muy favorable. En tiempos pasados había estado en calidad de instructor en una escuela de agentes urbanos y a la sazón se le consideraba

criminólogo notable, dedicado, no al estudio de las teorías relativas a la materia, sino a la práctica de ella.

“POSIBLES MOTIVOS DEL RAID”.

Se buscaba a Mear por miedo a que sus enemigos, los criminales, cuyas actividades estaba tratando de combatir, le hubieran raptado.

Y para ello había puesto en movimiento una brigada de jóvenes agentes.

Doc dejó los periódicos.

—Y bien: ¿podrías ya identificar a los raiders o por lo menos a alguno de ellos? —deseó saber Johnny.

—Sí creo que fueron los de la banda del diablo rugiente —replicó Savage.

—También yo lo creo —dijo Johnny con el ceño fruncido—. Pero ¿y la muchacha?

—Debió huir... si no la envió fuera Mear. Ya recordarás que le dijo unas palabras al oído poco antes de ponernos en libertad.

—Trabajaría para él... —murmuró el geólogo, olvidándose de salpicar el diálogo con palabras rebuscadas, como tenía por costumbre—. Es muy posible que, al propio tiempo, haya trabajado para el diablo rugiente. ¿Qué opinas tú?

—El tiempo nos lo dirá.

Johnny sonrió.

—Yo también confío en que nos dirá —dijo—, lo que se oculta detrás de todo este enredo. Sin duda intereses muy grandes. Los raiders eran “desesperados”, realmente, y por consiguiente no han tenido reparo en matar. Ahora bien: cómo los criminales modernos no se atreven a tanto, deduzco que habrán tenido buenas razones para conducirse de otro modo... ¡Ah! ¿Dónde estarán Monk y Ham?

—¿Y Renny? He telefoneado a Powertown y de allá me comunican que salió del edificio del Ayuntamiento tras de indicar a los concejales y al alcalde que eran espiados, y desde aquel punto y hora no le han vuelto a ver ni uno ni otros.

—¿Quién era el espía?

—Una joven llamada Retta Kenn, cuyas señas personales concuerdan con las de la muchacha que acompañaba a Venable. He obtenido estos informes al dirigirme al hotel donde ella llevaba a cabo el espionaje.

—¡Hum! Si es así, dudo mucho de que volvamos a verla —dijo

Johnny—, además, quizá haya sido asesinada por el tiroteo entablado delante de la casa de Mear.

Unos nudillos llamaron a la puerta. Doc abrió su hoja.

Retta Kenn fue a entrar muy decidida y se dio de narices contra la lámina de cristal transparente.

—¡Vaya una amalgama! —balbuceó confundido Johnny.

Retta recorrió la lámina con las manos sin hallar la manera de atravesarla.

—Yo creía que únicamente Mear era el hombre de los inventos ingenioso —confesó—. ¿Qué debo hacer para pasar al otro lado… si es que se puede?

Doc la dirigió una mirada escudriñadora. Había dedicado buena parte de su vida al estudio de la psicología.

Así, conocía los rasgos característicos de todos los hombres y un sinfín de pequeños detalles le ayudaban a comprender si era honrada o no determinada persona, si era amiga o enemiga.

De una sola ojeada comprendía si tenía delante a un criminal vulgar y no le llevaba mucho tiempo conocer a la persona más hábil que se echara a la cara.

Ahora bien: tratándose de mujeres, ya no se sentía tan seguro y lo sabía.

Desenfundó la pistola ametralladora de Johnny y apuntando con ella a la muchacha fue a sacarla del atolladero y la hizo entrar en el recibidor.

De éste la condujo al laboratorio colocándola allí delante de una pantalla monumental. Luego abrió una llave. A espaldas de Retta comenzó a zumbar un aparato. Doc se colocó al otro lado.

Era un aparato productor de rayos X y el esqueleto de la visitante se destacó con claridad perfecta en la pantalla. Sobre la rodilla izquierda llevaba un arma de fuego, probablemente al nivel de la media.

—Tengo por costumbre examinar así a todos mis visitantes —le comunicó Doc en tono seco.

—¡Pues no me desagrada! —confesó ella súbitamente, comprendiendo lo que él acababa de hacer.

—¿Le es necesaria esa arma? —siguió diciendo Doc.

Ella titubeó antes de responder.

—Aquí tal vez no… —y se la entregó sin vacilar.

—Bien. ¿Que la trae por mi casa?

La muchacha se dispuso a contestar. Parecía gozosa, pero no de una manera corriente, como cuando se disfruta de una cosa determinada, sino de una manera mucho más seria.

Lo mismo que si sacara mucho provecho de la situación y estuviera dispuesta a repetir la aventura en caso necesario.

Pero como viera casualmente a Johnny en la pantalla, se echó a reír.

—Veo que nos parecemos —observó midiéndole con la mirada.

—¿A qué ha venido? —repitió Doc Savage.

—A pedirle que me ayude a buscar a Venable Mear —dijo ella—. Necesita de su ayuda. Yo creo que le ha cogido el diablo rugiente. Además también quisiera que se apoderara usted de Zachies.

—Muy bien —dijo el hombre de bronce—, pero antes vamos a comenzar por el principio.

—No comprendo.

—Me refiero a lo que se oculta detrás de todo este enredo.

—Yo se lo diré —prometió Retta.

—¿Quién es el diablo rugiente? —le interrogó Johnny.

—Un ser tan poderoso que conmueve la tierra —replicó Retta—, que hace cesar el sonido, que dirige, en fin, una poderosísima organización criminal.

—Su nombre…

—Amigo mío, bien quisiera saberlo, pero lo ignoro.

Johnny lanzó una exclamación tan enrevesada, que Retta profirió vivamente:

—Con franqueza: he ido al colegio; pero ¡ignoro lo que quiere decir con eso!

—Quise decir que la cosa está turbia —aclaró Johnny—, y desde luego me refería al hecho de que usted no sepa…

—¡Bien, bien! —respondió ella rápidamente—. Lo que usted piensa es que trabajo para el diablo rugiente, pero es una equivocación. Yo soy Retta Kenn, poseo más dinero que sentido común, y a ello se debe, probablemente, que disfrute corriendo aventuras sensacionales. Por este motivo trabajo para Venable Mear, dedicado al estudio y caza de criminales y a su lado he pasado momentos deliciosos de verdad.

Hizo una pausa, les miró esperanzada, luego se encogió de hombros.

—La verdad es que tienen unas caras tan expresivas como una piedra —comentó—. En fin; prosigamos el cuento... hará cosa de una semana que una persona desconocida llamó por teléfono a mister Mear. Me dijo que se llamaba “Cinco de Abril”...

—¿Qué? —interrogó Doc interrumpiéndola.

—“Cinco de Abril” —repitió con viveza Retta—. Ya sé que es un nombre tonto, pero me limito a referir lo ocurrido. Quería pedirnos que buscásemos a Dove Zachies, que una vez hallado nos apoderásemos de su persona y se lo entregásemos. Lo mismo que se hace con una mercancía. A cambio de este trabajo prometió entregarnos diez mil dólares constantes y sonantes. Mister Mear tiene suma necesidad de dinero y por ello aceptó.

Retta lanzó un suspiro ruidoso.

—Pero la empresa era un hueso —siguió diciendo—. Le seguimos la pista a Zachies y tratamos de apoderarnos de él, pero le sorprendería ver lo despiertos que son los hombres que le guardan. Entonces decidimos enterarnos de lo que nos convenía averiguar mediante un espionaje activo. Yo me pinto sola para eso.

Sonrió a los dos camaradas y continuó de esta suerte.

—Gracias a ellos nos hemos enterado de que Zachies le tiene un miedo extraordinario al diablo rugiente y por ello se rodea de guardias de corps tan competentes. Los dos han entablado una guerra sin cuartel. El diablo rugiente pretende apoderarse de algo que tiene Zachies en su poder. Y ese algo está, por lo visto, en las montañas de Powertown. Principalmente allí donde se suceden los temblores de tierra, se rompen los diques de contención e imperan esos dos períodos singulares de silencio. De donde surgen los bramidos extraordinarios que tanto llaman la atención. Esta es la verdad. No he exagerado nada. Ayer logré apoderarme, al cabo, de Zachies, pero le soltó no sé quien. ¿Les satisface la explicación?

—Se ha olvidado de explicarnos por qué espiaba a los Padres de la Patria en Powertown —le recordó el hombre de bronce.

—¡Ah, sí! —dijo ella—. Lo hice en obediencia a las órdenes de mister Mear. Me dijo que le interesa esta cuestión del diablo rugiente y que cree que es algún habitante del mismo Powertown. Probablemente el alcalde, Leland Ricketts.

—¿Leland Ricketts? —repitió pausadamente Doc—. ¿Por qué?

—Lo ignoro —confesó Retta—. Pero mister Mear sospecha de él.

—Bien. ¿Eso es todo?

—Absolutamente todo.

—Dove Zachies nos ha contado que el diablo rugiente es un ser inteligentísimo, que alimenta una ambición desmesurada y que si ha estado destruyendo esos diques de Powertown ha sido para convencerle a Zachies de que debe unirse a él —explicó Johnny.

—¿Y le han creído ustedes?

—¡No!

Retta Kenn propuso a los dos hombres:

—¿Y si nos diéramos una vuelta por Powertown? ¿Qué les parece?

—Me parece que debe explicarnos cómo logró escapar de casa de Mear durante el pasado ”raid” —replicó Doc Savage.

—¡Bah! Es muy sencillo. Mister Mear me mandó en busca de la Policía. Pregunten y ella les dirá que fui la que llamé a aquel coche llegado, el primero, al lugar de la refriega.

—Bien. ¡Vamos a Powertown! —dispuso Savage.

El aeropuerto municipal de Powertown estaba emplazado al sur de la ciudad, en lo más hondo del valle.

Por consiguiente, a la salida, los coches pasaban por delante del nuevo edificio de la Escuela Municipal y del edificio, nuevo también, del hospital provincial...

Un pequeño, probablemente rezagado, se dirigía corriendo a la escuela cuando pasaron en coche por delante de su puerta Doc, Johnny y Retta Kenn.

Delante de la puerta del hospital un coche de la Policía hizo detener al taxi en la misma esquina, con sus bocinazos, y penetró gimiendo en los jardines del benéfico establecimiento...

El conductor del taxi se asomó a mirar estirando el cuello.

—¡Diantre! ¡Algo ha ocurrido aquí! —exclamó.

—Aguarde un instante —le dijo Doc.

Se apeó del taxi y penetró en el jardín del hospital. Sobre el césped vió dos cadáveres en torno de los cuales se aglomeraba un grupo compacto.

—Se les ha sacado aquí para asesinarles —decía un curioso—. ¡Sucia faena la de matar a dos pobres indefensos!

La estatura poco corriente de Savage le permitía mirar por encima del grupo y vió que los dos hombres vestían las blancas batas de reglamento.

—¿Quiénes son? —preguntó a un sujeto que tenía a la espalda.

—Los dos ingenieros contratados para investigar la rotura de los diques —replicó el interrogado—. Se encontraron hace poco vagando por la montaña, locos o paralíticos, no lo sé a ciencia cierta, y se les trajo entonces a este hospital.

El sujeto no habló más, dando por terminada la historia.

—¿Y están muertos? —volvió a interrogar le Doc.

El otro le preguntó a su vez:

—¿Es que ignora lo sucedido?

—En absoluto.

—Ah, pues parece ser que acaba de detenerse aquí delante un coche lleno de hombres armados. Éstos han entrado en el edificio, dejando uno de sus compañeros dentro del coche, luego han arrastrado hasta aquí a esos dos infelices y les han quitado la vida. Pero esto no es lo más chocante.

—¿Ah, no?

—Lo más extraordinario es que nadie ha oído ruido alguno —dijo el curioso—. Las armas que llevaban los asesinos no eran silenciosas; sin embargo, no han sonado. Nadie ha oído los tiros con que han rematado a sus pobres víctimas.

—Me agradaría saber sí se ha logrado identificar a alguno de ellos.

—No; porque iban enmascarados.

Doc Savage volvió a entrar en el taxi acompañado de Retta y Johnny que se le habían reunido. El taxi reanudó luego la marcha.

—El promotor de ese doble asesinato ha sido el diablo rugiente —dijo Retta sin vacilar.

—Eso creo yo —confesó Doc.

—Comienza a tener miedo —añadió Retta—. Los dos ingenieros descubrieron algo en la montaña y, como es muy posible, este algo nos hubiera ayudado a desenmascarar al diablo rugiente. Por ello ha temido que lograse usted sacar a los dos ingenieros de su triste estado y que hablaran. ¿Qué cree usted que podían temer?

Doc guardó silencio. Al parecer no la había oído.

—¿Qué le parece a usted que podrían temer? —repitió ella.

Persistió la súbita sordera del hombre de bronce.

—¡Eh, usted! —exclamó Retta, agresiva—. Si porque es un superhombre y el ídolo de los tontos, cree usted…

Johnny le pegó en el costado. Tenía el puño huesudo y por ello el golpe no tuvo nada de suave.

La muchacha dijo con voz estrangulada:

—Oiga, ¿qué se ha creído?

—¡Calle! —le ordenó Johnny—. No se ponga en ridículo.

—¿Yo? ¿En ridículo? —alzó el brazo como dispuesta a asestarle un directo, mas en el mismo instante se detuvo el taxi ante el edificio del Ayuntamiento.

De él salieron corriendo dos guardias, se apoderaron de la muchacha, a rastras la sacaron del coche y la esposaron.

CAPÍTULO XI

SU HONOR

RETTA no pareció darse cuenta de con quién se las había. Estaba loca de ira y al propio tiempo disfrutaba, ello era evidente...

Sirviéndose de los pies le pegó a un guardia en la espinilla, y la inclinarse el hombre aullando, le asestó en el ojo un puntapié. Pero el otro guardia le derribó en tierra y tomó asiento sobre ella.

Simultáneamente Su Honor, el alcalde de Powertown, bajaba majestuosamente la escalera del Ayuntamiento.

Estaba resplandeciente, elegantísimo, con la levita, en cuyo ojal llevaba una enorme gardenia. Al ver a los forasteros adoptó una actitud estudiada.

—¡Excelente! —exclamó a voz en cuello—. Llena de orgullo mi corazón presenciar la fidelidad en el cumplimiento del deber que ostentan los representantes de la Ley. Yo os ordeno...

Se interrumpió y abrió la boca al reparar en Doc Savage.

Johnny le miraba causalmente cuando le echó la vista encima al hombre de bronce, y trató de leer las emociones de Su Honor. No tuvo mucho éxito.

Es difícil leer en el semblante de un hombre gordo si se exceptúa la mirada.

Y si en aquella ocasión demostraron algo los ojos del alcalde no fue muy agradable. Más que una mera sorpresa pareció excitar en ellos la vista de Doc Savage.

—¡Doc Savage! —profirió con viveza inusitada—. Ya era hora de que viniera a Powertown.

Al parecer, Doc no se dio cuenta del acento agridulce con que se le hablaba, e indicando a Johnny dijo a Su Honor.

—Este caballero es uno de mis ayudantes, William Harper

Littlejohn.

La muchacha dijo desde la acera donde continuaba sujeta por el Policía:

—¿Qué van a hacer conmigo?

El alcalde se encargó de responder a la pregunta:

—Usted va a ir a la cárcel.

—¿De qué se me acusa?

—De haber escuchado una conversación.

—¡Ah! —exclamó ella—; y ¿desde cuándo es un delito? Conozco las leyes. Por ello le digo que el pretexto es muy mínimo y que no tardaré en verme en la calle.

El alcalde frunció el ceño. El ojo lesionado del agente comenzaba a amoratarse y su vista pareció dar una idea a Su Honor.

—En tal caso la acusaré de asesinato frustrado —replicó.

La muchacha balbuceó:

—¡Es un atropello incalificable! —Miró a Doc Savage y agregó: — ¿Lo consentirá usted?

—Yo no suelo ponerle obstáculos al cumplimiento de la Ley —le replicó él sin manifestar emoción.

La rabia hizo botar a la muchacha.

—¡Nunca hubiera creído que fuera tan pobre de espíritu! —exclamó—. Me habían dicho que tenía tanta voluntad. ¿Dónde está ahora?

—Lleváosla —ordenó el alcalde a los agentes.

Ellos obedecieron.

—¡Qué chica más descarada! —comentó Su Honor, mientras ascendían la escalera e introducía a los forasteros en el edificio del municipio.

En él hallaron al fiscal, a los jefes de la Policía local y a algunas otras personas que aguardaban en el despacho particular del alcalde. Y sostuvieron una conferencia con todas ellas.

De esta manera supo Doc que los temblores de tierra habían comenzado hacía a la sazón tres semanas, y escuchó una descripción del bramido oído por distintas personas. También oyó contar varios detalles que ya conocía.

Pero a partir de unos días antes, no había vuelto a ocurrir nada nuevo y por ello no dio resultado la conferencia.

—¿Qué piensas hacer de nuestra colega femenina e irascible? —preguntó Johnny a Doc un momento en que se quedaron solos.

—¿De esa muchacha? Pues, dejarla que aguarde sentada.

—¡Qué poco te gustan las mujeres! —observó riendo el geólogo.

El hombre de bronce respondió:

—Es que ésta parece hecha de hiel y vinagre. Además es muy posible que esté tratando de engañarnos.

Johnny insinuó:

—¿Puede saberse por qué?

—No —confesó con franqueza Doc—. Bien; ¿estás dispuesto a acompañarme a la montaña?

—¿A la montaña? —repitió Johnny visiblemente sorprendido.

—La tierra tiembla —explicó el hombre de bronce—, y es menester que averigüemos la razón. La manera más eficaz será colocar en determinados puntos distintos varios sismógrafos de manera que en caso de que se originase un nuevo terremoto podamos partir de una base concreta para iniciar muestras pesquisas.

—Muy bien. Justamente traigo todo lo necesario. ¿Que más podríamos hacer?

—¿No se te ocurre nada?

—Tener los ojos bien abiertos. Tenemos que recuperar a Renny, tenemos que rescatar a Monk y Ham. A éstos primero que al otro.

—Me adhiero a tu opinión. Hasta ahora. —Johnny partió.

Johnny se echó en busca del alcalde, mas no halló ni rastro de él en parte alguna. Entonces se puso a hacer averiguaciones.

—Se ha marchado al parecer con muchísima prisa —le dijeron —. Parece ser que ha recibido una carta.

—¿Dónde habita?

—En la colina y en una casa de rústico aspecto que no le será difícil de encontrar.

—Gracias —dijo Doc.

En efecto: no hubiera podido pasar por alto la rústica mansión de que le habían hablado porque era una de las más presuntuosas que había visto en su vida, más una mansión en el sentido que se da en el país a la palabra que una casa campesina.

Para hacerla debió arrasarse un bosque entero. De madera era su valla y toda la ornamentación que ostentaba. En el centro del jardín

había una piscina o un pequeño lago, quizá.

Probablemente ambas cosas en una pieza, porque tenía una pequeña playa arenosa sobre la cual se habían hallado dos canoas y más adelante divisó Doc una plancha.

Uno de los extremos de aquella piscina o lago estaba limitado por una cerca de troncos, bien naturales, bien pintados de hormigón. El jardín parecía muy frondoso. Mientras la examinaba maquinalmente, Doc reflexionaba en la acogida que le había dispensado el alcalde.

Durante la conferencia por teléfono se había mostrado en extremo pomposo y amable. Al natural no había abandonado su aire majestuoso sin demostrar tanta amabilidad. Tal vez era esto porque no le escuchaban las mismas personas que cuando la vez primera. A través de un matorral penetró en el jardín de la casa procurando por todos los medios que nadie le viese, y rodeó el edificio. Estaba silencioso como una tumba. Entonces se enderezó y se aproximó a la puerta de entrada.

No podía decirse que se valía de una ocasión favorable, ya que debajo de la ropa llevaba un chaleco a modo de armadura.

Claro es que podían pegarle un tiro en la cabeza, pero aunque así fuera no lograrían herirle, porque sus bronceados cabellos eran a la sazón artificiales y formaban un casco protector de finísimo metal.

Además tenía los ojos bien abiertos. El llamador simulaba una guirnalda, nudosa en su extremo. Doc se colocó a un lado de la puerta, cosa que no suele hacerse, levantó el llamador y lo dejó caer.

Su semblante no descubría la más mínima emoción mientras asió el llamador, y el observador se hubiera visto apurado para determinar si esperaba o no algún contratiempo en respuesta a la llamada.

Así y todo, manifestó asombro al dejar caer el llamador. Porque no había sonado. Su reacción fue tan rápida como si acabara de estallar a sus pies una carga de dinamita.

Con la velocidad del rayo giró sobre sí mismo y corrió a esconderse lejos del porche, detrás de un arbusto. Por cierto que al caer sobre él lo aplastó en parte y a su vez el árbol le azotó con sus ramas antes de recuperar su posición.

Pero aquellos movimientos se produjeron en silencio. También había sido silenciosa la caída de Doc al suelo. El mundo soleado, resplandeciente de luz que le rodeaba, parecía privado de sonido, como la tumba más profunda.

¡Era increíble! El fenómeno originó en el hombre de bronce la sensación de que se le ponían los cabellos de punta. Mientras permanecía echado de bruces, sintió otra sensación.

Parecióle que se le posaba un ave en la cabeza y esto lo imaginó varias veces antes de levantar los ojos y fijar la mirada en el espacio. Trocitos de madera y de corteza le llovían sobre la espalda procedentes de los muros de la casa.

En ellos iban apareciendo agujeros o astilladas hendiduras. A juzgar por la frecuencia de su aparición los proyectiles debían proceder de una ametralladora.

Cuando comenzó a deshacerse el arbusto se alejó de él a rastras. No tenía que preocuparse de no hacer ruido, ya que en aquellos momentos no existía el sonido, pero no se internó en el jardín pareciéndole que era de allí, justamente, de donde partía el tiroteo.

Como viera frente a sí una ventana de la planta baja, rompió su cristal de un puñetazo y se cortó un poco en el acto de desplazarse por él al interior de la mansión. Mientras estaba apoyado en el alféizar sintió en las palmas de las manos un cosquilleo singular, vibratorio. Lo provocaba el impacto de las postas. Deseando alcanzar una altura ventajosa desde la cual pudiera ver e identificar a los asaltantes, si le era posible, se dirigió a la escalera y se dispuso a subir a los pisos altos.

La casa por dentro era un laberinto de habitaciones. Doc atravesó cuatro o cinco antes de divisar una escalera interior. Entonces avanzó con gran precaución, aguzando las doradas pupilas.

En la habitación vecina a la escalera vió algo que le movió a detenerse. Por las ventanas penetraban oblicuos los rayos del sol primaveral y había acumulado en el aire el polvo suficiente para formar esa especie de neblina grisácea, que es tan común a las habitaciones iluminadas por el astro del día.

Así lo había visto en las demás estancias de la casa y las había examinado con atención, pues sabía que al moverse en ellas las personas rápidamente agitan el aire y éste se arremolina en giros

velocísimos por lo menos hasta después de haber transcurrido un instante de haber sido puesto en movimiento.

Ahora bien; en las otras habitaciones no había girado así el polvo. En la que tenía delante estaba en movimiento. Doc estudió el fenómeno.

El remolino se producía junto al suelo y la ventana estaba situada cerca de un armario cerrado. Doc se le acercó y trató de abrir la puerta.

Estaba cerrada con llave. Sin embargo, como no parecía muy fuerte, la empujó, tiró de ella… y se abrió al cabo.

Al salir, por la grieta abierta en la parte baja de aquella puerta, el aliento de Retta Kenn era el que había originado el remolino.

Se hallaba atada con trozos de alambre dentro del armario y parecía haber librado una batalla, porque estaba llena de arañazos, con los cabellos en desorden.

Un golpe, posiblemente un puñetazo, le estaba hinchado la nariz por momentos.

—Yo la suponía encarcelada —observó el hombre de bronce.

Oyó sus propias palabras. Ello se debía únicamente a la vibración que las cuerda vocales le transmitían al mecanismo del oído a través de la armazón ósea de la cabeza.

—¡Por Dios, sáqueme de aquí! —le rogó Retta.

Su voz no producía sonido alguno, pero Doc la extendió gracias a la destreza en que estaba habituado a leer al movimiento de los labios.

Instintivamente meneó la cabeza produciéndole a Retta la impresión de que no la había comprendido. No puede decirse que verificase el movimiento deliberadamente. Lo mismo lo hubiera hecho por cualquier otro motivo.

Pero, desde luego, la libertó de las ligaduras que le oprimían los tobillos y comenzó a desatarle las muñecas. Ella no se había dado cuenta de que la tenía colocada de manera que pudiera verle la cara en el espejo instalado en lo alto del costurero. Cómo estaría excitada, que tornó a decir algo que él no entendió.

Hablaba muy deprisa, como hablando consigo misma, por lo que Doc decidió no hacer caso aun cuando sorprendiera alguna de sus palabras por los movimientos de los labios.

—Mira lo que haces, muchacho —decía ella—. Ahora vas a tener

que explicar lo que hacías aquí y explicarlo de manera que no dé lugar a dudas.

Por lo visto, continuaba hablando para consigo misma. Doc acabó de desatarla y la guió a las regiones altas de la casa.

Inesperadamente volvió a oír el ruido de sus pasos y el tictac de varios relojes colocados en distintas habitaciones. Por lo menos había en ellas una veintena.

Hasta entonces no se había dado cuenta de su presencia y, sin embargo, ornaban todas sus paredes. El silencio misterioso había terminado.

—¡Ah! —hizo Retta—. ¡Por fin le han cerrado!

—¿Que es lo que se ha cerrado? —quiso saber Doc.

Ella se volvió a mirarle.

—Pues el productor del silencio —le explicó.

—¿Conque es un aparato?

—¡Qué sé yo! Debe serlo, ¿no le parece?

Doc no le contestó. Acababa de descubrir una ventana y se asomó a mirar al exterior... El jardín estaba desierto, lleno de paz y de sol. No siquiera parecían excitados los pájaros que pudo ver posados en los árboles.

—Yo la suponía encarcelada —volvió a decir a la muchacha.

—¡Sí que me ha servido de ayuda! —observó ella con ironía—. ¿Por qué consintió que me llevaran presa?

—Me pareció que en la cárcel estaría más segura —replicó Doc —. La situación me parece harto peligroso para una mujer. Recuerda los hombres que han muerto ya... Pero, ¿cómo ha logrado salir de la prevención?

Retta expresó con un bufido la opinión que le merecían los escrúpulos de Doc y luego se apresuró a responder a la pregunta concerniente a su encarcelamiento.

—Es muy sencillo. A poco de emprender el camino de la cárcel tropecé y me caí. El agente se inclinó, muy atento, para levantarme del suelo, pero yo le asesté un puntapié en la cabeza. Quedó privado de conocimiento y escapé.

—No ha estado acertada —dijo Doc censurándola—. De esta manera volverán a apoderarse de usted y la encerrarán, de veras, en un calabozo.

Ella replicó con acento sombrío:

—No puedo permitir que me lleven a la cárcel, corre peligro mi vida.

—¿Por qué razón?

—Porque el señor alcalde es, en realidad, el diablo rugiente —replicó Retta.

—¿Posee pruebas de lo que acaba de afirmar?

—Las poseo.

CAPÍTULO XII

EL INVENTOR CALUMNIADO

COMO oyera Doc un rumor sospechoso entre las aves del jardín, corrió a la ventana orientada al Oeste y se asomó al exterior.

Por fortuna, era una falsa alarma. El ruido lo había producido un halcón.

—¿Y cómo es que la he hallado metida dentro de ese armario? —preguntó luego a Retta.

La muchacha se miraba, coqueta, al espejo.

—¡Uf! ¡Estoy hecha una visión! —exclamó con el ceño fruncido. Y enseguida agregó cambiando de tono:— recordará que le dije que mister Mear sospechaba de mister Ricketts...

—¿Por qué razón? —interrogó el hombre de bronce interrumpiéndola.

Ella respondió con impaciencia:

—Ya le he dicho que lo ignoro. No me interrumpa. He venido aquí para ver de descubrir alguna cosa, y me crea o no, le aseguro que le ando buscando, pero se hallaba usted en el Ayuntamiento y naturalmente yo no podía arriesgarme a entrar en él porque me hubieran metido en algún calabozo. Así, vine aquí directamente y me metí en la casa con tan mala fortuna que me sorprendió el diablo rugiente.

—¿El señor alcalde?

—Eso es; el señor alcalde —contestó Retta de mala gana—. Pues me sorprendió, como iba diciendo, y luchamos. El hombre es forzudo y me venció. Recuerdo que durante la pelea miraba con frecuencia por la ventana lleno de ansiedad. Ignoro qué es lo que aguardaba.

—Bien. ¿Nada más?

—Nada más.

—Creo haberle oído decir que posee una prueba de la culpabilidad del alcalde.

—¿No es ésta suficiente? —Ella miró franca e inquisitivamente al hombre de bronce—. ¿No le parece muy extraño su proceder? ¿Adónde habrá ido?

Doc no respondió a esto.

—Venga y examinaremos la casa —propuso Retta.

Y a una comenzaron a registrar la sinuosa mansión de troncos.

No fue floja tarea, porque constaba de cincuenta habitaciones y ninguna era pequeña. Un tren así de casa exigía numeroso servicio. Sin embargo no hallaron a nadie al paso.

—¿Dónde estarán metidos los criados de esta casa? —se dijo, perpleja, Retta.

Poco después descubrió Savage un detalle realmente interesante.

En el rincón del desván descubrió un armario cerrado por grueso candado; lo abrió sirviéndose de un instrumento apropiado que llevaba consigo y dentro del armario vió varios rifles, revólveres y ametralladoras con sus municiones correspondientes. La muchacha observó señalándolas con el dedo:

—Esto no lo permite el Tío Sam...

—A menos que se posea una licencia —replicó Doc.

Prosiguieron su requisa sin descansar, mirando de vez en cuando a las ventanas sin descubrir nada alarmante.

—¿Por qué no emprende la persecución de los tiradores? —le dijo Retta en una ocasión.

—Porque no creo ya poder atraparles —replicóle el hombre de bronce—, esos hombres son muy listos y tienen sus coches a mano. Además, quien nos interesa ahora, sobre todo, es Ricketts.

En el gabinete de Su Honor los dos se dedicaron al examen de sus papeles.

Mezclados a ellos encontraron varios recibos de alquiler. Por lo visto el alcalde poseía numerosas propiedades. Mientras los examinaba Doc, Retta se dedicaba a vaciar la papelera.

—¡Venga! —le dijo de súbito.

Doc se acercó. Ella había reunido los fragmentos de una esquela. Estaba escrita a máquina y en sus comienzos era indescifrable.

Era como si la cinta de la máquina estuviera encallada en un

punto determinado y por ello el escribiente la hubiera deshecho para escribir otra.

Ambos examinaron detenidamente aquella nota y al cabo lograron leer lo que decía reparando de paso que no tenía dirección.

“Renny, el ayudante de Savage, se encuentra a la sazón en Powertown. Seguidle los pasos y apoderaos de él.”

“El diablo rugiente”.

Doc puso otra hoja de papel en la máquina de Ricketts y repitió el mensaje.

Luego la comparó con el borrador. La letra “Y” quedaba a la misma altura en los dos. Entonces deslió la cinta de uno de los dos carretes.

Allí donde se había adherido al papel y el martillo la había golpeado repetidas veces ostentaba un agujero.

—Bueno, ¿cree o no cree ahora que el alcalde es el diablo rugiente? —inquirió Retta.

Doc la miró fijamente.

—¿Quiere decir que no llevaba esa nota encima? —interrogó a su vez con desconfianza.

De momento pareció que ella iba a estallar. Pero se encogió de hombros y lanzó una exclamación de disgusto.

—Pues claro —dijo con cierto retintín—. También llevaba dentro del bolsillo las armas que hay en el desván. Me he ligado yo misma y después… —se le extinguió la voz. Sus labios se movieron todavía sin emitir ya sonido alguno.

Doc hizo una castañeta sin oír el chasquido. Se lanzó a la ventana y miró al jardín. Por entre los árboles vió avanzar a los bandidos.

Venían corriendo y llevaban los chalecos armadura, los yelmos de acero a estilo militar y llevaban consigo auto —rifles y ametralladoras. El hombre de bronce saltó por encima de una silla y se dirigió a la puerta.

Era ésta la puerta de entrada y estaba abierta. La hoja pendía de los goznes fláccidamente como un borracho y una parte de la jamba había sido destrozada poco antes por el tiroteo.

Doc extrajo de uno de sus bolsillos un pequeño estuche de metal cuyo interior presentaba diversos departamentos y en cada uno de ellos reposaban unas bolitas de cristal semejantes a aquellas con las

cuales juegan los niños.

En realidad, eran unos glóbulos de finísimo cristal llenos de un líquido parecido a la bilis. Doc eligió uno de ellos, lo sostuvo con sumo cuidado entre los dedos y lo arrojó a continuación lejos de sí, en dirección de los asaltantes.

Aguardó un segundo y, una vez transcurrido, se apartó de la puerta. Poco después penetraba una lluvia de proyectiles por el hueco abierto.

Los muros de la casa se cubrieron de impactos. Se lo hizo comprender a Doc la vibración producida. Un búcaro de metal alcanzado por una bala cayó, rodando al suelo desde la mesa, y se rompieron los cristales de las ventanas sin que se produjera antes el menor ruido.

Doc corrió a la parte posterior de la casa. Por aquel lado se alzaban también al ataque los hombres del Diablo rugiente, ataviados de forma militarizada como los compañeros que avanzaban por el lado opuesto.

Savage les arrojó otros dos glóbulos de cristal, que se rompieron a los pies de los asaltantes. Pero no aguardó a ver el resultado de su acción, sino que giró sobre sí mismo, obligó a retroceder a Retta y la empujó delante de sí hasta llegar al desván y de aquél a una pequeña cúpula.

Los deseos del hombre de bronce eran, al parecer, los de situarse a la mayor altura posible sobre el jardín. La cúpula tenía unos ventanos muy semejantes a aspilleras por el tamaño, desde los cuales pudiesen atisbar a los asaltantes.

Retta clavó en ellos una mirada escudriñadora.

Varios de entre ellos —los que se hallaban justamente más cerca de la casa— rodaban por tierra. Ella se volvió a mirar al hombre de bronce, sus labios pronunciaron una sola palabra:

—¿Gas?

Él hizo un gesto de afirmación.

—Sin embargo, llevan máscara...

Doc se encogió de hombros. Sin palabras le dio a comprender lo que pensaba, tan claramente como si hablara.

La muchacha tornó a mirar al exterior. Los bandidos que iban a retaguardia se habían puesto las caretas antigás y corrían veloces, al asalto de la casa.

Casi llegaron hasta la puerta, luego se inició el desplome. Los más prudentes retrocedían y algunos echaron a correr antes de venirse al suelo.

La muchacha observó:

—Veo que, en efecto, las máscaras no les sirven de nada…

Él hizo un gesto significativo. En su opinión lo mismo deba que las llevaran puestas como que no.

—¿Qué gas es el que emplea? —deseó saber Retta.

En respuesta se movieron las manos, las facciones, los hombros de Doc.

Y aunque no pronunciara una palabra, hizo comprender claramente a la muchacha que el gas de su invención penetraba a través de los poros de la piel del cuerpo humano y por consiguiente para defenderse de él era preciso vestirse un traje cerrado por todas partes.

—Bien, me parece que les hemos vencido —observó ella entonces.

Sin duda los asaltantes de la finca llegaron a la misma conclusión, porque en lugar de penetrar en el interior de la casa se detuvieron a recoger a los caídos antes de alejarse de la puerta.

En esto tuvieron éxito, pues si Doc albergaba la idea de evitar que lo hicieran, se lo impidió la rociada de proyectiles que los bandidos continuaban disparando sobre la casa desde un lugar apartado.

Como se derramase sobre la cúpula un pequeño torrente de postas, Doc y la muchacha se refugiaron en el desván. Allí aguardaron por espacio de unos minutos.

Hubiera sido temerario asomarse al exterior en aquellos momentos, porque en torno de ellos imperaba la muerte y una muerte bien segura.

Luego, súbitamente, recobraron otra vez el uso del oído.

La muchacha fue quien habló primero.

—Tras de su primera tentativa, los bandidos aguardaron suponiendo sin duda que íbamos a verificar una salida —dijo—, mas en vista de que no aparecíamos, decidieron llevar a cabo un segundo ataque. Ahora es muy probable que se hayan retirado definitivamente.

—Lo mismo creo yo —repuso Doc Savage. Retta lo miró

fijamente.

—Sin embargo, me dijo que tenían coches a mano y que son duda se habrían marchado en ellos —observó. Sacudió la cabeza y agregó:— ¡Qué raro es usted! Comienza a asustarme.

Pero no lo parecía. Por el contrario, se mostraba contenta como sí disfrutara, en realidad, inmensamente. Doc miró por la ventana.

Los bandidos se habían retirado del jardín. Habían logrado llevarse a todos los compañeros afectados por el gas.

—Ea, bajemos —le sugirió Retta—. Quizá demos con algún rezagado y le someteremos a un interrogatorio.

—Todavía no. Ese gas es de un tipo nuevo. Es pesado y se mantiene mucho tiempo adherido a la tierra. El viento se lo llevará muy lentamente. Por ello debemos aguardar hasta que se disipe del todo.

Al cabo de quince minutos el propio Doc concedió a Retta el permiso deseado y bajaron a la planta baja. Al salir a la calle, o mejor a la carretera, ya que la ciudad estaba un poco lejos de la finca, la hallaron vacía y solitaria.

Por ninguna parte descubrieron a sus enemigos.

—Registraremos el jardín y los alrededores —decidió Doc—. Tal vez hallemos en ellos las huellas de sus pies.

Las hallaron, en efecto, porque el suelo estaba húmedo y hollado en todas direcciones. Muchas de aquellas impresiones eran tan claras que hubieran podido identificarse sin esfuerzo, pero Doc se limitó a mirarlas.

—¿Es que no va a medirlas o retratarlas? —le interrogó Retta Kenn.

Él dijo que no.

—¿Por qué no?

Él dijo que le bastaba verlas una sola vez para recordarlas cuando llegase la ocasión y lo dijo sin darle importancia, como sí fuera lo más natural.

Retta le dirigió una mirada de asombro.

—¡Bondad divina! —exclamó—. Supongo que habla en serio. Pero entonces, ¿quién es usted? ¿Una cámara fotográfica parlante?

Doc no se molestó en explicarle que para desarrollar en él tan extraordinarias habilidades, venía estudiando y practicándose por espacio de muchos años. Por el contrario, prosiguió el examen del

jardín.

A la sazón se habían acercado mucho a la piscina y la muchacha dejó escapar de súbito una exclamación.

—¡Mire! —dijo a Doc indicándole un punto determinado—. ¡Allí hay un muerto!

El hombre yacía de espaldas, con el cuerpo retorcido grotescamente. Tenía los cabellos empapados como una esponja, de un líquido rojizo, pero no estaba muerto. Se hallaba junto a la esfera de un ornamental reloj de sol que parecía hecho del tronco de un árbol, pero que en realidad era de pintado hormigón. Al ponerse en contacto con la cabeza del hombre, habíase producido la herida. Doc vió adheridos a sus cabellos unos pedacitos de la corteza artificial y de ello dedujo lo ocurrido.

Visto de cerca descubrieron que respiraba ruidosamente. Era un hombre flaco que evidentemente necesitaba afeitarse, lavarse y peinarse, además de un traje nuevo. Con todo, no parecía un vagabundo.

Le rodeaba cierto aire teatral, como si estuviera representando un papel. Doc se inclinó y le prestó sus cuidados. En realidad el hombre estaba desmayado.

De haberse fingido privado de sentido, hubiera reaccionado de un modo distinto. Como la piscina no estaba lejos, Doc se acercó a ella.

El agua parecía ser muy honda en aquel punto y por ello puso mucho cuidado en la operación de mojar en ella su pañuelo. Con él en la mano volvió a acercarse al desconocido y le mojó la cara.

Como llevaba siempre encima un botiquín en miniatura, le colocó también bajo la nariz un frasquito de sales. El hombre reaccionó al punto, aunque no tan deprisa como debiera.

Pero mientras Doc le examinaba el cráneo con objeto de averiguar si lo tenía fracturado, demostró que no estaba tan desmayado como parecía a primera vista, descargando un fortísimo directo a la mandíbula de Doc Savage.

Doc se apartó lo suficiente para que le rozara apenas el golpe que, por lo visto, había estado esperando, y cuando el hombre le sujetó le dejó que lo hiciera.

Luego le asió a su vez por ambas muñecas, las unió en una mano y dejó libre la otra. El hombre no hizo resistencia.

—Muy bien —dijo entre dientes—. Que me devuelvan al diablo rugiente.

El acento ligeramente extranjero que descubría movió a creer a Doc que no era oriundo del país.

Le miró un momento y seguidamente le preguntó:

—¿Me conoce usted?

El hombre le lanzó una mirada centelleante.

—No. Sin duda es un miembro de la banda —replicó.

—Soy Doc Savage.

—¡Sacré! —El desconocido pareció atragantarse y tragó saliva varias veces, como para disimular su sorpresa—. ¿Es usted el hombre terrible que tanto les asusta? ¡Suerte he tenido de venir a caer en sus manos!

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Me habían hecho su prisionero —les explicó anhelante—. Estoy con ellos, en su poder, en un lugar escondido. ¿Dónde está este lugar? Lo ignoro en absoluto. Únicamente puedo decirles que hace poco llamó allá por teléfono el diablo rugiente y pidió a la banda que se dispusiera a defender su casa sin pérdida de momento.

—¿La casa del diablo rugiente?

—Eso es. Al venir hasta acá me trajeron con ellos y luego dispararon muchas veces contra no sé quién… quizá contra ustedes, ¿no?

—Justamente.

—La suerte no les favoreció durante el primer asalto de la casa —siguió diciendo el desconocido—, pues esperaban una salida que no se realizó; por ello se prepararon para un segundo asalto, y entonces sucedió algo que desconozco. Les vi muy excitados y me aproveché de ello para escapar. Pero tengo malísima suerte. Corrí a ciegas, tan deprisa, que me caí y me di un golpe en la cabeza contra eso.

La señalarle el reloj de sol profirió una maldición, de la cual se excusó al punto tras de mirar a la muchacha.

—¿Quién es usted? —le interrogó Savage.

—Flager D´Aughtell —respondió el hombre flaco.

Retta pegó un salto y balbuceó:

—¡Oh! ¿Es usted el inventor y posee una cabaña en las montañas, una especie de laboratorio y hogar a la vez?

—Sí, señorita. Pero tenía entendido que la habían quemado. Eso es lo que se me dijo.

—¿Su ayudante se llama Mort Collins?

—Se llamaba, señorita. Le asesinaron —dijo tristemente D´Aughtell.

—¡No! —protestó Retta—. Le vi en la cabaña y no estaba muerto. Me pareció narcotizado o paralítico, como dos ingenieros que he visto aquí.

—Pues le mataron después —repuso Aughtell—, está en la madriguera del diablo rugiente.

—¿De manera que ha sido usted su prisionero?

D´Aughtell hizo un melancólico gesto afirmativo.

—Mi vida ha sido espantosa —dijo—, últimamente. Me raptaron de la cabaña tras del raid verificado con tal objeto y luego rompieron todo el material científico que no pudieron llevarse. Su jefe, el diablo rugiente, es un sabio de cuerpo entero; está loco por la ciencia...

—¿Y a qué se debe que no le hayan matado?

—Porque me necesitan —gruñó D´Aughtell—, para que les elabore un explosivo muy potente y muy conocido: El trinitrotolueno. Ellos tienen los ingredientes necesarios que yo mezclo. Me obligan a ello y tengo que obedecerles porque no quiero morir.

—¿Sabe en que lo emplean?

—No, lo ignoro en absoluto. Únicamente sé que lo gastan en gran cantidad —repuso el inventor.

Cerró los ojos, suspiró y su rostro se cubrió de mortal palidez.

—¡Se desmayó! —dijo Retta.

Por teléfono pidieron un taxi y cuando llegó ante la casa no había recobrado aún el conocimiento el inventor. Doc le metió dentro del taxi, penetró él a su vez, seguido de Retta y ordenó al conductor que les condujera al aeropuerto.

No tuvo que darle explicaciones ni el hombre pareció descubrir nada de anormal en torno de la casa de madera de Su Honor.

Como él y Retta habían salido a la carretera, no se había acercado suficientemente a la casa para reparar en los impactos de las paredes.

Llevarían recorrida una mitad del camino que les conducía al

aeropuerto cuando tembló la tierra bajo las ruedas y el chofer metió el coche en la cuenta más que por falta de dominio del vehículo, de puro miedo.

Del camino se levantó una nube de polvo y se cayó la chimenea de una casa cercana; por fortuna se dejó sentir una sola sacudida.

El chofer dijo con aire de espanto:

—¡Mi mujer y mis hijos habitan la casa que hay debajo del gran dique!

Todos aplicaron el oído. El dique no se había roto o si se había roto no oyeron el estruendo de su derrumbamiento.

—¡Llévenos al aeropuerto! —le ordenó Doc al chofer.

Sus oídos percibieron entonces el eco de una explosión distante, potentísima, en opinión de Doc, que era entendido en la materia.

El chofer estaba emocionado, y aun cuando no había vuelto a repetirse la sacudida, volvió a parar el coche y aplicó el oído.

Por fin, tras de haber estado mirando en buen rato en la dirección del gran dique, ocupó su asiento y continuó guiando.

—Me agradaría saber que es lo que ha producido esa explosión —confesó Retta.

Su acento indicaba contento, alborozo, como si le divirtiera la situación.

CAPÍTULO XIII

UNO POR UNO

CUANDO llegaron al aeropuerto, Doc halló el aeroplano casi totalmente destrozado. Únicamente los cables habían sobrevivido a la catástrofe; era extraño, mas no tanto como a primera vista parecía, ya que, en determinadas ocasiones, las explosiones de gran potencia producen efectos muy chocantes.

El resto del aparato era una ruina, y para comprender lo que había oído, era preciso mirarle dos veces. No se asemejaban en nada, absolutamente en nada, al costoso y moderno aparato en que él y Johnny habían llegado a Powertown procedentes de Nueva York.

El encargado le explicó a Doc:

—Ha debido originar la explosión una bomba colocada en el interior del aeroplano en un momento en que se había descuidado la vigilancia. Con todo, ni antes ni después de haberse originado la explosión ha entrado un alma viviente en este recinto.

Al volver Doc junto al coche le explicó a sus acompañantes lo ocurrido.

—¡Ah! —murmuró el chofer—. ¿Así que fue la explosión que oímos?

Retta le dirigió una ojeada a D´Aughtell que continuaba privado del uso de los sentidos y su rostro asumió una expresión inteligente.

—Sin duda la había originado una parte del trinito que le obligaban a elaborar —observó señalándole—. Ahora bien: ¿por qué habrán destruido este aeroplano?

—Para evitar mi espionaje desde el aire —replicó al punto el hombre de bronce—. Es posible que los bandidos se hayan esterado de que llevaba a bordo material fotográfico muy completo y

eficiente; cámaras tomavistas con las cuales se hubieran obtenido microscópicas fotografías de Powertown. Y sin duda por ello han querido privarme de objetos tan útiles.

Dio orden al chofer de que les condujera a la estación y durante el trayecto se mantuvo inmóvil y silencioso con los ojos fijos en D ´Aughtell.

Al apearse del taxi, penetró en el interior de la estación y allí pidió una caja, procedente de Nueva York, que venía a nombre de Alejandro Smithers.

El empleado fue en busca de la caja y se la entregó a Doc tras de haberle aquél enseñado una licencia de conducción de coches que ostentaba el nombre y apellido mencionados.

La caja era grande, de metal, y cuando Doc lo hubo abierto se vió que contenía, entre otras cosas, un aparato trasmisor y receptor de radio, de volumen poco usual.

—En el aeroplano iba otro de éstos aparatos —le explicó a Retta —. Pero antes de salir de Nueva York, facturé ésta a fin de tenerle aquí a mano, a mi llegada. Ahora veo que he hecho bien.

Lo que no dijo fue que debía una gran parte de sus éxitos aquel hábito tan simple de disponer todas las cosas con tiempo de sobras para contrarrestar los efectos perniciosos de cualquier contratiempo imprevisto.

Probablemente Doc se preparaba para afrontar una entre cien de las cosas que jamás sucedían. Una vez que hubo abierto la llave del aparato y buscó la longitud de onda adecuada, descubrió que ya le aguardaba Johnny.

El geólogo llevaba consigo otro aparato transmisor y receptor.

—¿Qué te han mostrado los sismógrafos después del último temblor de tierra? —le interrogó Doc.

—Algo muy desagradable —replicó triste y sencillamente su camarada.

Demostraba su disgusto el hecho de que continuara expresándose de manera natural todo el tiempo que duró el diálogo entablado.

Sus palabras llegaron clara y pausadamente a oídos de Savage que no le interrumpió ni una sola vez. Tampoco fue necesario porque Johnny le detalló minuciosamente la situación.

—En obediencia a tus órdenes —le dijo—, me hallo en el punto

de la región donde se origina el seísmo. Me llegué a ella en coche y después hice a pie el resto del camino, cargado con el equipaje, que consiste en cuatro sismógrafos muy sensibles y de una sonda con la cual voy a averiguar la naturaleza de los estratos que forman el suelo de estos parajes. En este momento estoy instalado, con mis bártulos, al noroeste de Powertown, población de la cual me separan de nueve a diez millas según se mire. Reconocerás fácilmente el punto si añado que es una gran montaña pedregosa y sombría, sumamente quebradiza, llena de abismos y oquedades, casi totalmente desprovista de arbolado. He probado con el taladro varias capas distintas del subsuelo, y he descubierto algo extraordinario. Algo que constituye una amenaza dadas las circunstancias especiales que estamos atravesando. Se trata de... —hubo una pausa, profundo silencio...

—¡Se trata de...? —repitió Doc.

—¡Socorro! —gritó la voz de Johnny por el altavoz.

El otro aparato vibró como si acabaran de asestarle un puntapié, y se cortó la comunicación. Doc permaneció largo tiempo sentado e inmóvil delante del receptor. Escuchaba sin mover ni un solo músculo de su cara.

Tan quieto estaba, que la muchacha, Retta Kenn, se acercó a mirarle y se quedó aterrada. Por vez primera desde que se conocían dio muestras visibles de ansiedad. Y entonces se reanimó D´Aughtell.

Tras de gruñir varias veces, se volvió de lado y como continuaba tendido en el suelo del taxi se cayó fuera, sobre el camino. Mas en lugar de desvanecerse otra vez, pareció revivir. Retta corrió a arrodillarse a su lado.

Savage permaneció agazapado delante del aparato de radio como si no se diera cuenta de lo que ocurría en derredor. Retta le preguntó al inventor:

—¿Conoce al diablo rugiente?

—Sí —repitió D´Aughtell.

—¿Quién es?

La voz de Retta fue un taponazo.

—Un tal Ricketts.

—¿El señor alcalde?

—Eso es, mister Leland Ricketts, alcalde de Powertown —replicó

con enfático acento el inventor.

Doc Savage no oyó, al parecer, la declaración. Todavía no había separado las singulares pupilas doradas del aparato de radio. De aquel altavoz que acababa de transmitir la voz de Johnny… su angustiosa demanda de… socorro.

CAPÍTULO XIV

CANDIDATOS DE LA MUERTE

JOHNNY tenía el aspecto de un colegial. Y lo era en realidad. Pero asimismo producía la impresión de que podía ser derribado fácilmente y esto era ficticio. Era duro como la piel de un cocodrilo.

Además, conocía al dedillo todas las reglas del arte del boxeo, desde el jiu —jitsu hasta la lucha grecorromana, sin mencionar las más vulgares de los muelles.

En el instante en que volvemos a encontrarle llevaba cinco minutos de lucha y no lo hacía mal del todo. Uno de sus asaltantes se lanzó gruñendo sobre él y con las dos zarpas trató de asirle por el cuello.

Johnny le clavó en ambos ojos los pulgares de sus manos y el hombre cayó de espaldas, rodó una y otra vez sobre sí mismo, juró y maldijo, pidiendo a voces que le asesinaran y le sacaran los hígados.

En total eran siete los asaltantes, caballeros todos ellos poco recomendables que, desde luego, hubieran estado fuera de lugar en un salón.

Habíanse lanzado confiadamente sobre el geólogo, pero a la sazón ya no estaban tan seguros de poder dominarle. Tres habían perdido el conocimiento; el cuarto acababa de rodar por tierra.

Los tres supervivientes juraban y maldecían, jadeaban, iban y venían dándole de puntapiés a Johnny.

Los tres corrían en torno del destrozado aparato de radio. Comenzaban a cansarse. Johnny, por el contrario, parecía entusiasmarse más y más.

—¡Maldito saco de huesos! —exclamó uno de ellos.

Johnny acababa de llevar justamente a cabo la nunca vista

proeza de asestarle, sin volverse, un puntapié a uno de ellos en plena faz.

Ello interrumpió de momento la contienda.

—Al fin y a la postre tendremos que despacharle —observó uno de los bandidos dirigiéndose a los otros dos que aun quedaban en pie—. El jefe nos permite que lo hagamos... en caso necesario.

Johnny se decía que los hombres iban armados, mas como no hacían uso de sus armas, se hallaba dispuesto a luchar mientras no dispusieran ellos lo contrario. Pero entonces uno de ellos sacó el automático. Johnny cesó al punto en su resistencia. Casi esperaba que iban a pegarle un tiro.

Pero sus enemigos se alegraron de verle inactivo.

—Debimos apelar antes a este recurso —observó uno de los tres.

Johnny respiraba ruidosamente. Sus brazos temblaban visiblemente y se le doblaban las piernas.

—Está agotado —dijo riendo un segundo—. Pero chico, te aseguro que me ha sorprendido.

Johnny sentóse en el suelo. Parecía estar a punto de desmayarse. Si cualquiera de los asaltantes se dio cuenta de que había tomado asiento sobre una dura roca, no lo juzgó extraordinario.

Ni tampoco reparó ninguno de los tres que se había arrancado un botón de la americana y con él escribía en la peña. Ésta era dura, a causa de ello los garabatos de Johnny dejaron una huella apenas perceptible en su superficie.

Los hombres se agruparon en torno del prisionero tras de haber tomado algún descanso, le registraron, quitándole la pistola ametralladora, la cartuchera, municiones, dinero, libros de apuntes, cartas sismo gráficas, etc.

—¿Qué sabes de nosotros? —le preguntaron—. ¿Has descubierto por aquí algo anormal?

—Ciertas consanguíneas, bicéfalas eventualidades —replicó el geólogo, sin inmutarse un ápice.

Los bandidos calvaron en él una mirada de asombro.

—Nos habían dicho y con razón que se expresa de manera poco usual —observó uno de los tres.

A continuación se dedicaron a reanimar a los compañeros —de los cuales ninguno parecía haber sufrido grave daño— y pronto estuvieron en disposición de echar a andar. Johnny les observaba.

Muy cerca de allí gorgoteaba un arroyuelo. Aquel sonido le había impedido oír el ruido hecho por sus asaltantes en el momento de lanzarse sobre él.

Por otra parte, también él había sido confiado en demasía: se había dejado absorber con exceso por lo que estaba haciendo. Esto es un defecto, porque no es posible aprender nada bien sin una previa concentración del espíritu.

Dedujo además que debían estar espiándole desde largo tiempo atrás, ya que habían reunido todos los sismógrafos que él había plantado especialmente.

Ahora los bandidos se apresuraron a destrozar aquellos aparatos reduciéndolos, con piedras, a una pulpa de metal.

Cada uno de aquellos golpes destructores provocaban un estremecimiento de Johnny, pues le habían costado más de lo que percibe anualmente el presidente de un Banco.

—¿Perteneces a la banda del diablo rugiente? —preguntó a uno de los asaltantes.

—¿Eh? ¡No! —le contestó el bandido haciéndose de nuevas.

Johnny frunció el ceño.

—No mientas...

—No miento. Soy un enviado de Santa Claus (contracción de San Nicolás, encargado de repartir juguetes a los niños en tiempo de Navidad). Y voy en busca de los chiquillos...

—No malgastemos tiempo —le avisó un compañero—. Ese tío (por Johnny) estaba hablando por la radio en el momento de echarnos nosotros sobre él y quizá hayamos puesto a alguien sobre aviso. Cuanto antes nos larguemos de aquí mejor será.

Echaron a andar y se metieron en el lecho del arroyuelo. En determinadas ocasiones les llegó el agua hasta la cadera. Más a menudo les bañaba los pies.

Pero estaba helada, y los bandidos temblaban, jurando, a más y mejor. El arroyuelo desembocaba en uno de los embalses naturales de agua de los varios que rodeaban a Powertown.

Era muy hondo y tenía una milla de ancho por varias millas de longitud. En el punto mismo donde se verificaba el desagüe había oculta una lancha motora, muy chata. Los bandidos subieron a bordo.

Al tratar de poner en marcha el carburador lo llenaron en

demasía y el bandido encargado de la cuerda rozó, accidentalmente, con ella los rostros de cuantos compañeros tenía a la espalda.

El incidente provocó una discusión y Johnny temió que llegaran a las manos.

Después de haber comenzado a moverse la embarcación, una vez puesto el motor en marcha, se vió que el escape —cuyo tubo iba debajo del agua— dejaba en pos de sí una estela oleosa.

—Habéis mezclado a la gasolina una cantidad excesiva de aceite —dijo entre dientes un bandido—. Mucho será que no nos sigan la pista.

La cuestión preocupó a todos, mas no por ello se cambió de rumbo y a la hora de efectuarse un desembarque en las orillas opuesta del lago se habían trazado un plan.

Habían sentado la planta en una playa escurridiza de roca donde no era fácil que dejaran impresas las huellas de sus pies, y tras de atravesar a nado el vado tomaron la lancha, la obligaron a dar media vuelta y la empujaron sin parar el motor hacia el centro del lago.

Bien estuvo la precaución tomada previamente de colocar el timón en la dirección deseada, pues de otro modo, la embarcación hubiera vuelto al punto de partida sin desviarse apenas de la línea recta.

—Así entrará en la playa del punto donde toque —observó riendo uno de los bandidos—, y cualquiera creerá que ha sido robada.

—¡En marcha! —dijo otro, impaciente—. El jefe habrá llegado ya a estas horas.

El campamento en reposo se asemejaba a uno de tantos armado durante el verano por los excursionistas. Tenía un campo de golf de nueve agujeros y a su llegada la partida divisó en él varios jugadores; sólo que jugaban muy mal.

Por regla general las pelotas quedaban siempre fuera de los agujeros y los bastoncillos eran manejados de cualquier modo.

Los bandidos que actuaban de caddies mostrabanse exigentes en demasía y juraban de un modo espantoso cada vez que la pelota quedaba fuera de su agujero correspondiente.

También los campos de tenis estaban llenos de jugadores. En su centro había una piscina y más de un sujeto en traje de bajo

expuesto a los rayos ardorosos del sol ostentaba en su persona las cicatrices de antiguas heridas.

No se divisaban mujeres por parte alguna.

—Conque es éste vuestro escondrijo ¿eh? —dijo Johnny.

La observación disgustó a uno de sus apresadores.

—¡Reparas en todo! —dijo en tono seco.

—La escena no engañaría a un agente de policía más allá de cinco minutos —le contestó el geólogo.

A la sazón avanzaban en dirección de lo que parecía ostensiblemente un hotel. De él partía una calzada que iba a unirse a un camino distante asfaltado.

Junto a la balaustrada jugaban al póker o a los dados sujetos vestidos pulcramente de blanco. Johnny le examinó con atención y decidió que jamás se había echado a la cara una colección de semblantes tan duros.

También eran de más edad que la mayoría de los criminales que él había conocido. Johnny había visitado presidios en los cuales le había asombrado la juventud de los presidiarios, la mayor parte de los cuales apenas contaba los veinte años. Pero aquí eran mayores.

Se hallaban, al parecer, entre los treinta y los cuarenta. La persona que les había congregado en el campamento creía indudablemente en el valor de las personas experimentadas. Ninguno de ellos iba armado.

Por lo menos si lo iba, no se veía. Ello debía ser por si acaso le hacía la Policía una visita. Johnny fue escoltado hasta el interior del hotel.

Tenía éste un vestíbulo amplio y muy ornamentado, provisto de una fuente y de un estanque lleno de peces dorados.

El estanque era muy grande. Los bandidos le condujeron junto a él. Reparó entonces en un pequeño río artificial, lleno de peces, que cruzaba por debajo de diminutos puentes rústicos de una parte a otra del vestíbulo.

Era un bello espectáculo.

—¡Echadle dentro! —ordenó uno de los bandidos señalándoles la fuente a sus compañeros.

Johnny le dirigió una ojeada. Era más honda de lo que le había parecido en un principio, pero clara, y en el fondo distinguió largas ramas acuáticas también artificiales. A ambos lados de la fuente

había musgo artificial también.

—¿Me vais a ahogar ahí dentro? —dijo—. ¡Es eminentemente antinatural!

Mas le dieron un empujón sin andarse con cumplidos y cayó levantando una oleada. Estando como estaba con las manos atadas todavía, comprendió que para poder salir del estanque iba a tener que encaramarse hasta la orilla.

Movió los pies y ascendió. Con extraordinaria sorpresa se halló entonces bajo un saliente musgoso invisible desde el exterior y en un espacio lleno de aire.

El musgo y varios espejos disimulaban la verdadera naturaleza del estanque.

En el saliente se dibujaron unos brazos y unas manos tiraron de él y le sacaron goteando a un espacio reducido. De éste fue arrastrado junto a una escalera de mano.

Es decir: debía ser una escalera porque al caer tropezó en los pinos peldaños y le asestaron un puntapié.

Al alzarse se encontró en un pasillo angosto; más adelante descendió nuevos peldaños y le hicieron entrar en una habitación brillantemente iluminada.

Simultáneamente oyó la voz infantil de Monk que exclamaba: —¡Diantre! ¡Mira quien está aquí!

Rápidamente se fueron acostumbrando los ojos de Johnny a la luz y distinguió a Monk y Ham. Ambos estaban sujetos por unas cadenas a unas anillas empotradas en el suelo de asfalto de la pieza.

—Bien. Nos reunimos sin gastar etiqueta —observó el geólogo.

—¡Por el toro sagrado! —tronó una voz desde un ángulo—. ¿Cómo han logrado echarte el guante?

Era Renny, también encadenado. Estaba hecho una visión y tenía las ropas desgarradas, así como despellejados los nudillos de sus manos enormes.

Johnny se apresuró a explicarles cómo se había llevado a cabo su captura.

Nadie le interrumpió. Sus apresadores le cargaron de cadenas que aseguraron a las anillas en tierra, pero no trataron de impedir que chárlese cuando le viniera en gana.

—¿Habéis averiguado el motivo de tan generosa hospitalidad como aquí se nos da? —preguntó después a sus camaradas.

Renny se encogió de hombros; Monk meneó la cabeza y Ham le dirigió una mirada melancólica.

—Parece ser que hay cierta enemistad entre el diablo rugiente y Dove Zachies —dijo Renny, con su voz tonante—. Dove ha escondido algo y está resuelto a no cedérselo al diablo rugiente. Éste por su parte está decidido a apoderarse de ello.

—¿Sabes tú lo que es? —preguntó Monk a Johnny.

—No, ¿Y tú?

—Tampoco —gruñó el químico—. De lo oído por todos nosotros se deduce que no se trata de dinero, desde luego.

—Entonces, ¿qué podrá ser?

—Tu cabeza es tan buena como la nuestra —le dijo Monk—. Prueba de adivinarlo.

Ham miró fijamente al geólogo.

—Además —observó—, tú estabas con tus chismes de trabajo por estos montes al producirse los temblores de tierra. ¿Qué has observado?

—La situación es grave —dijo pausadamente Johnny—, y todavía puede empeorar. Vais a saber por qué. Mis trabajos con la sonda me han llevado a efectuar un descubrimiento sensacional: el de una dislocación inusitada de la corteza terrestre. El llamado lecho rocoso se halla hoy sustituido por una capa de grava y de arena que, a su vez, descansa sobre un segundo lecho de roca. Dicho estrato asciende en continua pendiente, forma un ángulo agudo, y yo le comparo a un lecho movible de cojinetes de bolas de acero. De manera que cada una de las sacudidas sísmicas que se originen ocasionara un deslizamiento mayor cada vez de la corteza terrestre.

"Afirmo, porque estoy seguro de ello, que últimamente se ha corrido la tierra unos doce o quince pies en torno a la ciudad de Powertown y sus alrededores y ya adivinaréis el efecto que el hecho habrá ocasionado en su superficie. Él ha sido el causante de la rotura de los diques de contención y le ocasionará mayores desastres todavía…

Monk le atajó.

—¿Adónde quieres ir a parar con tu explicación? —interrogó alarmado.

—A lo siguiente: si no han mentido mis sismógrafos, cosa que no

creo, porque eran unos aparatos muy afinados, la causa que origina el deslizamiento de tierras son unas explosiones de suma potencia.

—¡Diantre! —exclamó Monk—. La explosión suficientemente potente para originar un deslizamiento del terreno tendría que ser estruendosísima y se dejaría oír en un radio de muchas millas.

—Olvidas el aparato paralizador del sonido, llamémosle así, al cual se deban esos períodos de absoluto silencio —observó Johnny. —

—Ese diablo rugiente es un perillán muy vivo —gruñó el químico.

Monk hizo un guiño.

—Ya le conoces… —dijo.

—No comprendo —balbuceó Johnny.

—¡Oh! Hemos oído decir muchas cosas y de ellas deducimos quién debe ser.

—¿Quién?

—Mister Leland Ricketts, de Powertown —replicó Monk.

Aquí se produjo una conmoción en la entrada del saliente. El hombre de guardia alzó la mirada, recorrió el pasillo de una ojeada y les miró, sonriendo, por encima del hombro.

—Vais a tener compañía —observó.

Tornó a producirse el rumor de una contienda, luego se trajo a rastras a un hombre, de un puntapié se le mandó al centro de la pieza y se le ató con cadenas a la consabida anilla del suelo.

El geólogo contempló atónito al recién llegado. Era mister Venable Mear.

—¡Hola! ¿Ya está de regreso? —le dijo amablemente Monk.

Esto parecía indicar que había sido ya su compañero de calabozo. Johnny les interrogó sobre ello y aseguraron que era cierta su presunción. Mear había sido sacado de aquella habitación unas horas antes.

—Esos bandidos me creen capaz de lograr que se apoderen de Dove Zachies —dijo seguidamente Venable Mear—. Después de haber dejado a ustedes me han tenido horas y más horas encerrado en una habitación friéndome a preguntas.

Johnny seguía con la mirada fija en Mear, observándole, como para asegurarse del papel que desempeñaba, en realidad, en tan misteriosas series de acontecimientos.

—¿No es usted detective particular? —le preguntó bruscamente.

—Soy psicólogo en lo criminal —corrigió Mear. Luego, tras de haber reflexionado un instante, agregó:— Detective particular podría ser, en efecto, aunque muy por encima. La frase adecuada para expresar mi actuación al presente.

—Actuación que se debe, si mal no recuerdo, a un tal "Cinco de Abril"...

—Justamente.

—¿Y quién es ese famoso Cinco?

—No tengo ni la más remota idea. Pero dígame: ¿quién le ha hablado de ese señor?

—Miss Retta Kenn.

—¡Ah! Es una apreciable señorita. Me alegro que hayan hablado ustedes de este asunto, porque temí que pudieran confundirme con el diablo rugiente.

Johnny ni lo admitió ni lo negó. Se contentó con inclinar la cabeza.

—Si mal no recuerdo —observó—, había sido herido durante el "raid" efectuado en su casa de Nueva York.

Mear se abrió la pechera de la camisa y le mostró el hombro vendado.

—¿Está satisfecho? —dijo.

—Ea, dejen de lado la cuestión —les dijo Renny con su voz tonante—. Ya te hemos dicho, Johnny, quién es el diablo rugiente.

El hombre de guardia se rió desde la puerta.

—Confío en que será de igual parecer vuestro jefe, Doc Savage.

Monk le miró. Era uno de los miembros de la banda.

—No desees eso, chico —respondió—. No vaya a ser que Doc descubra la manera de desenmascarar a tu jefe.

El bandido replicó en son de mofa:

—No seas bobo, cara de mico.

—¿Bobo?

Monk frunció e ceño.

—Pues ¡claro! —rió el otro—. Te hemos estado tomando el pelo. El diablo rugiente no es Leland Ricketts. ¡Ah, qué bobo has sido!

CAPÍTULO XV

FRACASO

UN silencio profundo sucedió a la declaración de que el misterioso jefe de la banda no era, como habían creído, Su Honor, el alcalde de Powertown.

Y el caso era que Monk, Ham y Renny habían estado segurísimos, debido probablemente a lo que habían oído decir en ocasiones. Johnny callaba porque no sabía lo suficiente para inclinarse de un lado o de otro.

Venable Mear guardó silencio como si no estuviera a gusto. Por una o dos veces sonrió forzadamente al moverse y se palpó suavemente el cuerpo como si temiera que le lesionaran.

Al cabo Johnny pronunció unas palabras, mas no en inglés, sino en un idioma extranjero, gutural, que no carecía de musicalidad.

Venable Mear les miró.

—Eso es un dialecto maya, ¿no?

En efecto, lo era. La penetración de mister Mear dejó atónitos a Renny, Monk y Ham, pues aquella era la vez primera que en el llamado mundo civilizado tropezaban con un hombre suficientemente instruido para adivinar de qué idioma se trataba y conocer que existía.

Pues aquella lengua era la de una raza desaparecida, la que hablaban antiguas y poderosísimas tribus del extinto imperio maya.

Doc y sus compañeros se expresaban siempre en aquel dialecto cuando no deseaban ser oídos.

—¡Ah! ¿Conoce el maya? —dijo Johnny a Mear.

—El que acabo de oír, no —replicó el psicólogo—. Conozco el dialecto más moderno del Yucatán porque he visitado esa península en diversas ocasiones.

—Bien, pues, me expresaré en él.

Y el flacucho y esmirriado geólogo se enzarzó en una conversación monosilábica, gutural, que no estaba desprovista de musicalidad.

—Me han registrado como es costumbre —dijo a sus camaradas —, e incluso me han arrancado los tacones de los zapatos para ver si llevaba algo escondido dentro de ellos. Pero no me han quitado los botones de la americana. Mezclándolos unos con otros y machacándolos, obtendremos fuego. De éste se desprenderá un gas y adormecerá al sujeto que lo aspire. Escaparemos a sus efectos conteniendo momentáneamente la respiración, pues se volatiliza en el acto.

—Yo conozco ese gas —manifestó Monk—. Justamente ayudé a Doc en su elaboración. Por ello os aconsejo que cerréis también los ojos con cuanto se haya producido, pues escuece mucho.

—El guardián de la puerta posee la llave de nuestras esposas —les advirtió Renny con su voz tonante—. Voy a armar escándalo con objeto de que se enfade, y en cuanto le vea a mi lado soltad el gas. Así lograremos apoderarnos de él apenas caiga al suelo. De no hacerlo, jamás lograremos atarle o amordazarle debido a la poquísima longitud de nuestras cadenas.

—No está mal el plan —dijo Johnny, lanzándole una mirada de aprobación.

Y seguidamente puso manos a la obra. Cuidando de no ser descubierto, arrancó uno por uno todos los botones de su americana y los aplastó en el suelo de asfalto.

Era conveniente reducirlos a un fino polvillo, dijo, en maya, a sus compañeros. La operación le dio dos montoncillos aparentemente iguales.

—Bueno, listos —notificó a los presentes.

Renny abrió la boca, dispuesto a emitir un alarido, mas enseguida tornó a cerrarla. El guardián bajaba la escalera seguido de un bandido.

Se acercaron los dos a Venable Mear, le esposaron y a continuación le libraron de su cadena.

—¿Qué… hay? —les interrogó el sabio, visiblemente nervioso.

—El jefe está hasta la punta del cabello de esa muchacha —le dijeron—, y quiere que le indiques la manera de atraparla.

—¡Me niego a ello! —gritó Mear.

—¡Eso te crees tú! —le dijeron con sorna.

Y le empujaron en dirección de la puerta. En le momento de salir, el sabio se volvió y les dijo:

—Confío en que les saldrá bien el plan —se expresó rápidamente en maya.

Uno de los guardianes le pegó un golpe fortísimo que le derribó sobre la escalera, y gruñó:

—Ya estoy harto de oíros hablar de manera tan extraña.

Al quedarse solos los prisioneros permanecieron algún tiempo en silencio.

No habían cambiado entre sí la menor palabra, pero tácitamente decidieron aguardar un poco.

Al cabo les dijo Johnny, en maya:

—Probemos ahora.

—Allá voy —replicó Renny.

Echó atrás la gruesa cabeza y comenzó a aullar. Sus aullidos eran increíbles.

Desgarraban el aire. El guarda descendió apresuradamente de la escalera donde se había inmovilizado.

—¡Silencio! —le ordenó con los dientes apretados.

Pero Renny gritó más fuerte.

El bandido corrió hacia ellos. No se acercó a Renny, sino a Johnny. Y de un puntapié separó los dos montoncitos de polvos químicos, esparciéndolos por el suelo.

—¿Creéis que no tengo ojos en la cara? —observó—. Ese extraño lenguaje que estáis hablando me ha puesto sobre aviso.

Renny exclamó disgustado:

—¡Oh, qué mala sombra!

Pero no todo había concluido todavía. Johnny estaba agazapado en un ángulo de la pieza. Súbita, inesperadamente, se puso de pie y le asestó un cabezazo al guardián en el costado.

El hombre no fue cogido enteramente por sorpresa, mas tampoco se dio cuenta a tiempo de las verdaderas intenciones del geólogo.

Cayó de espaldas.

Monk estaba sobre aviso. Le recibió en sus brazos velludos. El guardián dejó escapar un balido; luego Monk se le echó encima y

los dos rodaron por el suelo.

La cadena del químico sonó ruidosamente al chocar contra el piso de asfalto.

El guardián pudo sacar el revólver y le disparó por tres veces consecutivas.

Sus proyectiles no hirieron a nadie, mas el estruendo que produjeron sonó dentro de la cámara como las postas de un rifle del dieciséis.

Al cabo logró Monk volver a darle con la cabeza contra el suelo y quedó privado del sentido. Entonces quiso sacarle las llaves del bolsillo. En la escalera exterior sonaban pasos precipitados.

Los tiros habían llamado la atención de sus apresadores. En número de tres, de cuatro, penetraron, jurando, en la pieza y cargaron contra ellos. Monk le arrojó el llavero a uno de ellos. La pesada anilla hirióle en la cara.

Pero pasados tres o cuatro minutos, los bandidos habían reducido a sus prisioneros en forma ruda y descortés. Fueron esposados y se les quitaron las cadenas.

—Pájaros, os cambiaremos de jaula —les dijo un bandido—. La cosa no va bien y por ello no es conveniente que os encuentren aquí.

Se les obligó a subir la escalera de mano y a empujones fueron entrando, uno a uno en la fuente.

Al llegar a la superficie, se les sacó chorreando agua del estanque y se les condujo hacia el arroyuelo artificial que corría por la mitad del vestíbulo.

A la sazón comprendieron claramente su utilidad: estaba allí para que a salir del estanque no mancharan determinadas personas de agua el vestíbulo, descubriendo de esta suerte la entrada secreta a los calabozos.

Después le rodearon los ocupantes del falso hotel de verano, que, por lo visto, no aprobaban el hecho de que los prisioneros continuaran con vida.

—Son peligrosísimos —dijo uno de aquellos apreciables sujetos —. Se debería acabar con ellos cuando antes.

—La orden del diablo rugiente es, por el contrario, que se les conserve la existencia.

—¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla.

—¿Sí?

—Estos mocitos conocen de antiguo a su jefe y por consiguiente pueden decirnos de él muchas cosas que nos ayudarán a echarle el guante.

—Pero ¿hablarán?

—¡Tanto si quieren como no! ¡Pues no faltaba más! También el diablo rugiente conoce el suero de la verdad y apelará a otros recursos en caso necesario.

Una parte de la banda se dispuso a acompañar a los prisioneros, mientras el resto se congregaba en el campo de tennis. Allí se les acercó un individuo llevando un brazado de armas.

¿A propósito de qué se iba a proceder al reparto? Sin duda era un misterio todavía. Para algunos de los bandidos que acompañaban a Renny y los demás asociados de Doc, porque uno de ellos le interrogó a un compañero:

—¿Qué van a hacer ésos?

—Van a poner en práctica un plan ideado por el diablo rugiente —le explicó el interrogado—. El jefe quiere hacer creer a Doc Savage que el alcalde es en realidad el diablo rugiente. Luego le despacharemos y lo mismo se hará aquí con estos señores. De esta manera le daremos a Doc gato por liebre, y sobre todo cuando vea que han muerto sus amigos verá que nada le queda ya por hacer y se marchará dejándonos en paz.

—¿Y de Dove Zachies, qué haremos?

—El jefe desea tenerle en su poder —dijo riendo el bandido—. Y en cuando le haya atrapado cesará la discordia entre las dos bandas.

El hombre lanzó a Monk una mirada furibunda al reparar en que les estaba escuchando atentamente.

—¡Eh, chimpancé —le dijo—, vuelve a otro lado las orejas!

A punto estaba Monk de responder agriamente, pero en vez de ello se sonrió alegremente.

En el vestíbulo acababa de entrar un bandido llevando encadenado a un pequeño animal. Éste venía cojeando y parecía harto de la compañía.

El animal era “ Habeas Corpus”, el favorito del químico. El hombre que le traía llevaba un largo palo con objeto sin duda de defenderse de sus ataques.

“Habeas“ gruñía irritado poniendo al descubierto los largos colmillos.

—Oíd:¿Son venenosos los mordiscos del cerdo? —preguntó a la reunión el recién llegado.

Casi todos se rieron de la salida. Los prisioneros se pusieron en marcha.

Monk iba al lado de Ham. En cierta ocasión le dio en voz baja:

—Conque, después de todo, ¿no es Ricketts el diablo rugiente?

Renny, que iba en pos de ellos, se encargó de la respuesta:

—Yo creo —dijo con su vozarrón retumbante—, que estos bandidos pretenden despistarnos. Ricketts es la inteligencia que les dirige.

—¡Eh! ¡Ponedle a ese bicho una mordaza! —dijo una voz.

Se promovió cierto alboroto cuando “Habeas“ le mordió al bandido y la víctima exigió que le dieran la satisfacción de matar al animal que, evidentemente, tenía el don de divertirles a todos.

Les había caído en gracia, realmente, a causa de su aspecto grotesco y de la disposición para la lucha que demostraba en toda circunstancia. Por ello les servía de pasatiempo.

—Sí, Ricketts es su jefe. Él tiene mi voto —cuchicheó Monk poco después.

Ham le miró ceñudo. Fue la suya la mirada del maestro al escolar ignorante y zafio.

—¿De veras no sabes ya quién es el diablo rugiente? —deseó saber.

Monk arrugó el entrecejo.

—¿Lo sabes tú?

—Sí —replicó Ham—. Estoy segurísimo.

Monk continuó con el entrecejo fruncido, luego pareció comprender que Ham se burlaba de él, porque simuló indiferencia y varió de conversación.

—Me gustaría saber —dijo en voz alta—, lo que hace Doc en este momento.

CAPÍTULO XVI

RENDICIÓN POCO AFORTUNADA

EN aquel momento Doc Savage era criticado acerbamente. La cosa era inaudita. Nadie le había criticado desde largo tiempo atrás. Por el contrario.

Sus métodos eran sorprendentes y no dejaban nada que desear en opinión de más de cuatro.

Pero a Retta Kenn le parecían dignos de censura sus procedimientos actuales.

—Usted avanza para atrás, como el cangrejo —le decía—, y en realidad no hace nada que valga la pena.

Doc Savage se hizo el sordo. Se despojó de la americana y la retorció.

De la prenda salió casi una cuarta parte del agua que corrió después por el suelo del despacho del señor alcalde en el edificio del Ayuntamiento.

—¡Pero si está todo mojado! —exclamó Retta—. ¿De donde viene? ¿Qué es lo que ha estado haciendo?

Doc se quitó, imperturbable, el chaleco y lo retorció también.

—Lo menos han transcurrido ya dos horas desde que se oyó el grito de Johnny pidiendo socorro por radio —siguió diciendo la muchacha con rabia—, y aun no se la movido. ¿No significa nada para usted la vida de sus cinco ayudantes?

—Cuatro —corrigió Doc—. El quinto es mister Roberts, por otro nombre Long Tom, que se encuentra ahora en el extranjero.

—Pues si llega a estar aquí en este momento, estaría también en poder del diablo rugiente —observó la muchacha hecha un basilisco —. ¿Conque son ustedes los que tienen amedrentados a todos los pillos del mundo entero? ¡Vamos, a otro perro con ese hueso!

—¡Me levanta usted dolor de cabeza! —dijo de repente D´Aughtell.

Se mantenía de pie en el fondo de la pieza y hasta entonces había guardado silencio.

La joven le miró ceñuda, inquiriendo:

—¿Quién le ha tirado del cordón?

En esto entró en el despacho el jefe de policía de la ciudad de Powertown, individuo rechoncho y tan calvo que apenas tenía cuatro pelos en la coronilla.

—Bueno. Les participo que la fuerza de policía local y las tropas del Estado se han echado a la calle en busca del señor alcalde. Mas, por ahora, ninguna ha dado con él —dijo. Y salió.

Doc miró a Retta.

—¿De manera que se ha apoderado usted de las riendas del poder? —observó—. Yo le rogué que no dijera una palabra de la desaparición de Ricketts.

Ella le hizo una mueca.

—¿Para que se largara de aquí sin ser molestado? ¡No en mis días! Usted es orgulloso en demasía para aceptar la ayuda de la policía; yo no lo soy. Es muy posible que al cabo logre un agente apoderarse de ese hombre. ¿Por qué no? Y entonces tendremos en nuestras manos al diablo rugiente.

—¿De manera que mientras yo me… mojaba, pedía usted a al fuerza armada que acudiera en su ayuda?

—Justamente. Si no le agrada, aguántese, que ya escampa.

D´Aughtell volvió a retomar la palabra para insinuar, dirigiéndose a Doc:

—¿Y si la volviéramos a meter en la cárcel?

—No es mala idea —replicó el hombre de bronce.

La muchacha echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír con toda su alma.

—He convencido al jefe de policía —dijo—, de que soy tan inocente como las flores de mayo.

Parecía estar contenta, como si cuanto más ruido metía mejor se encontrase.

Inesperadamente se quedó estupefacta mirando en dirección a al puerta, con la boca abierta.

Un individuo acababa de deslizarse furtivamente por el hueco

abierto.

Su aspecto se asemejaba al de un antiguo boxeador, pues tenía la carne a montones debajo de los ojos, la nariz aplastada y las orejas desfiguradas.

Parecía un hombre bajo, pero no desprovisto de inteligencia.

—¡Stupe Davin! —exclamó Retta.

Doc Savage miró a su vez al recién llegado, sin dar muestras de gran interés, y observó:

—Si mal no recuerdo, ¿usted me había dicho que Stupe Davin era uno de los hombres de Zachies?

—Su guarda de corps —corrigió Retta. Miró furibunda a Davin y le interrogó:

—¿Qué busca por aquí?

Al propio tiempo se sacó el revólver del bolsillo y apuntó con él al hombre.

—¡Qué mujer! —exclamó él malhumorado—. Tenga cuidado no la hagan morder el polvo antes de haber salido de Powertown.

Doc inquirió:

—¿Tiene algo que decirnos?

Stupe Davin dirigió una ojeada a su semblante y lo que vio en él le inquietó sin duda, porque osciló, nervioso, sobre los pies y se pasó la lengua por los labios antes de contestar:

—Yo no. Dove.

—¿De veras?

—Está amedrentado. Tan asustado, que está a punto de poner huevos.

—O mucho me engaño, o ya hace tiempo que está así…

—Sí, pero empeora con el tiempo. Desea hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Se trata de un convenio —Davin parecía hablar en serio—. Esta vez jugaré limpio.

—¡Quiá! No es capaz de ello —dijo Retta, mezclándose al diálogo entablado—. Es un tunante de siete suelas.

—Ten la lengua —le advirtió Davin—, o te cerraré la boca de un puñetazo.

La joven se echó a reír.

Flager D´Aughtell dijo, muy nervioso:

—No me agrada esta embajada. Ese Dove Zachies es muy listo y

muy poco escrupuloso, según dicen.
Doc preguntó a Davin:
—¿Os llevará al lado de Dove Zachies?
—Ya lo creo.
—Bien. Marchemos.
—A mí no me metan en líos —gritó Retta—. Todavía no me he vuelto loca.
—Digo lo propio —repuso como un eco D´Aughtell, en cuyo rostro se pintaba el temor.
Doc hizo un movimiento. Fue tan súbito que parecía mentira que pudiera haberlo efectuado. En su mano apareció inesperadamente el revólver de Retta y se lo guardó en el bolsillo.
—Lo mismo si quiere como que no, vendrá conmigo —le advirtió.
La muchacha chilló:
—¿Me cree todavía una tunanta?
—Vamos —Doc se volvió al interior—. Usted haga lo que quiera.
—Yo también me voy con ustedes —dijo prontamente D ´Aughtell. Parecía más frágil, más poca cosa que nunca.
—En la calle nos aguarda un taxi —les notificó Davin.
Encontraron a Zachies en un agradable "cottage" color crema, situado en mitad de un huerto de manzanos en flor. El lugar no podía ser más delicioso e idílico, que no parecía destinado a refugio de la banda.
Pero examinándolo de cerca, cualquiera hubiera reparado en que todas las ventanas tenían cristales de seguridad y en que los postigos eran de acero, lo mismo que la puerta de entrada.
Dove les acogió con su más fina sonrisa y una ceremoniosa inclinación de cabeza, actitud que junto con su aire pacífico y natural, evocó en la mente de sus visitantes al gordo palomo de los parques en el momento en que se alimenta de grano.
—Me alegro de verlos. Sí, de veras me alegro —les dijo—. ¿Qué van a tomar?
—Nada —replicó Retta—. No deseamos que nos envenene.
Zachies se disgustó visiblemente e inquirió con suave acento:
—¿Por qué no la han dejado en casa? Me ataca los nervios.
—¡Casualmente me sucede lo mismo! —replicó Doc Savage—. Bueno: ¿Por qué nos ha llamado?

—Porque estoy amedrentado de verdad —confesó Zachies—. Este diablo rugiente sorprendió, como ya sabe, a mis hombres en el momento en que se lanzaban al ataque de la casa de Venable Mear. Casi toda mi organización formaba parte del “raid” y el diablo se los llevó a todos. Ignoro que es lo que ha hecho de ellos. No creo que los haya matado, pero tampoco estoy seguro de que no sea así. Y el caso es que me encuentro casi solo. Vean los hombres que me han quedado.

Mediante un ademán les indicó a Stupe Davin y a una media docena de caballeretes de aspecto poco satisfactorio que se hallaban congregados en la habitación.

A estos caballeretes no parecía satisfacerles la presencia allí del hombre de bronce. Con todo, no parecían ir armados.

—Por suerte no dirigí personalmente el ataque contra la casa de Mear —siguió diciendo Zachies—; de lo contrario, me habría atrapado también el diablo rugiente y todo habría terminado.

—Precisemos —le rogó Doc—. ¿Qué quiere de mí?

—Yo amo la vida —Zachies le dirigió una sonrisa taimada—. Y usted puede salvarla —. Desea apoderarse del diablo rugiente; yo le ayudaré a ello.

—¿Es ese el trato?

—Sobre poco más o menos.

—A ver. Explíquese.

—El diablo anda tras de una cosa que me pertenece —le dijo Zachies—; algo que tengo escondido. ¿Me promete respetarlo si le ayudo?

—¿Lo que quiere decir es que desea mantenerlo oculto en su “cache”?

—Justamente. Usted tiene que prometerme que no tratará de averiguar lo que es.

—No —repuso al punto Doc Savage.

La declaración no pareció sorprender a Zachies.

—En ese caso, nos rendimos —dijo—. Yo y mis hombres abandonamos la partida.

Doc hundió la diestra en el bolsillo y sacó a la luz un glóbulo de cristal poco mayor que un huevo de paloma. Lo arrojó al suelo y al romperse el cristal salió de él un líquido que se evaporó casi instantáneamente.

Doc retuvo la respiración.

Los ocupantes de la habitación, todos ellos, se quedaron dormidos de pie, hicieron un estruendo considerable al caer al suelo. La muchacha se hallaba cerca de la puerta y trató de salir corriendo, pero no pudo llegar hasta ella y se desplomó a su vez. Doc actuaba como si no tuviera una gran prisa y supiera exactamente lo que iba a hacer. Ante todo, se procuró materiales: tiras arrancadas a una alfombra, hilos de la luz eléctrica y finalmente un rollo de esparadrapo que sacó de un pequeño armario botiquín.

Luego puso manos a la obra. Una vez que la hubo llevado a cabo retrocedió unos pasos y la contempló visiblemente satisfecho. No era probable que Stupe Davin, Dove Zachies o cualquiera que de sus malcarados compañeros pudieran libertarse de aquellas ligaduras sin la ayuda ajena.

A Retta no la había atado, ni tampoco a Flagler D´Aughtell. Les levantó del suelo, uno tras otro, y se los llevó al coche de Davin que continuaba aguardándoles delante de la casa.

Al poner en marcha el motor, no demostró tampoco una prisa exagerada. El coche arrancó y tomó el camino de la ciudad. Le detuvo a mitad del trayecto para reflexionar un instante.

Como resultado de su meditación dejó oír el grito que le era peculiar, pero con menor intensidad que otras veces, como si la idea que lo había provocado no fuera enteramente nueva.

El coche había reanudado su carrera cundo recobraron el sentido Flagler y la muchacha. Ambos lo recobraron rápidamente y no parecieron resentirse de los efectos de la droga.

—¿Qué nos ha dado usted? —interrogó Retta al hombre de bronce.

—Les he hecho aspirar un gas anestésico —le explicó Doc—, que vengo usando por espacio de varios años.

—¿Cómo ha salido usted indemne?

—Reteniendo el aliento.

—¡Pudo advertirnos con anticipación!

Flagler D´Aughtell interrogó a su vez:

—¿Qué se hizo de Zachies y del resto de su banda?

Doc tomó una curva. Guiaba un hermoso vehículo, suave y veloz.

El día habíase templado mucho. La perfumada brisa de la primavera le agitaba el cuello de la camisa, pero ¡cosa rara!, No le descomponía ni uno solo de los bronceados cabellos.

—Ahora le hablaremos de ella a la policía —replicó al cabo.

La muchacha profirió vivamente:

—Conque, ¿les ha vendido usted?

—Recuerde que no les había prometido nada —replicó Doc Savage.

Al llegar a la Jefatura de Policía habló con el jefe de Dove Zachies y manifestóle que sabía mucho respecto a los misteriosos temblores de tierra que amenazaban destruir el gran dique de contención, agregando que si deseaba apoderarse de él se dirigiera a la casita color crema sita en mitad del florido huerto de manzanos. Los agentes se dirigieron a ella en tres coches.

Doc regresó junto al coche, y como allí echara en falta a sus dos compañeros, se apresuró a ir en su busca, hallando a Retta delante de una cámara fotográfica —la muchacha posaba para el reportero de un diario local— y a Flagler tomándose un emparedado en el bar instalado en el edificio del Ayuntamiento.

—Los hombres del diablo rugiente no me han alimentado excesivamente —explicó a Doc—, y, la verdad, estoy tan hambriento como un lobo en invierno.

Al cabo de una hora llegó un agente portador de malas noticias.

—¡Dove Zachies ha desaparecido, lo mismo que el resto de la banda! —gritó a su jefe.

Durante la hora que siguió a tal declaración, Doc se condujo lo mismo que si tuviera delante tiempo y más tiempo disponible: ¡como si no hubiera ocurrido nada de extraordinario, en realidad! Su actitud ofendió a Retta.

—Por su torpeza incomprensible acabamos de perder a Zachies —dijo acusándole—. ¿Por qué no se lo trajo en el coche? ¿Por qué se ha lanzado sobre ellos cuando se le rendían?

Doc no respondió.

—Es usted un reloj sin cuerda —le dijo la muchacha.

Doc la miró con el ceño fruncido. El gesto no era corriente en él, ya que, comúnmente, era extraordinario el dominio que ejercía sobre sus emociones.

Mas tampoco estaba acostumbrado a que una mujer le estuviera

constantemente pinchando o censurando.

—¡Es que yo no deseo que caiga en mis manos Dove Zachies! —se apresuró a decir vivamente.

La muchacha le miró y se echó a reír.

—¡Ja, Ja, ja! Es lo que yo me imaginaba. Usted se trae unos proyectos muy feos, muy negros, mas no por ello ha debido mandar a Zachies a la muerte.

—No le matará el diablo rugiente. Únicamente desea que Dove le muestre dónde se halla su “cache”.

—¡Ah, sí! El misterioso “cache” de Dove. Dígame qué es lo que oculta.

Doc se hizo el desentendido.

D´Aughtell que les había estado escuchando en silencio, se levantó ahora de la silla, murmurando:

—¡Verdaderamente, hay detrás de todo esto un misterio incomprensible!

A la sazón los tres se hallaban en el despacho del alcalde. Sobre una mesa había abierta una caja de habanos. D´Aughtell se acercó a ella, tomó un puro, sacó un fósforo y fue a encenderlo en el vano de la ventana. Llameó una luz.

El inventor hizo el ademán de llevarse el puro a la boca, y entonces, ¡clang!

Se rompieron los cristales de la ventana. En el despacho penetró silbando una bala. D´Aughtell lanzó un grito, cayó al suelo lanzando gemidos de dolor —toda una serie de ellos— y por debajo de su cuerpo tendido apareció, zigzagueante, un reguero de sangre.

CAPÍTULO XVII

MISTER RICKETTS

DOC sacó velozmente de uno de sus bolsillos un glóbulo de gas anestésico, y mientras se rompía el cristal en menudos fragmentos estuvo reteniendo la respiración.

Retta Kenn se quedó dormida de pie, cayó pesadamente hacia atrás, sorprendido por el incoloro e inodoro gas anestésico. D´Aughtell cesó de gemir y de retorcerse poco después.

Dando un rodeo, Doc corrió a la puerta de entrada. Al atravesar varias habitaciones divisó vagamente las carreras y oyó los gritos de las personas alarmadas por la reciente detonación.

Mas no hallo a ningún agente por el camino. El edificio del municipio no había sido erigido al lado de la acera. Delante tenía un pequeño jardín lleno de árboles y de césped.

Oculto por ellos se dirigió Doc a la próxima esquina; allí cruzó la calle y corrió en pos de un taxi que pasaba a la sazón.

Sorprendido el conductor, pues no sabía lo ocurrido, por la repentina aparición de aquel hombre de bronce que corría junto al coche, se distrajo en el manejo del volante y embistió un poste de telégrafo.

El golpe destrozó el parachoques del taxi y una parte del radiador y cayeron al suelo los cristales del parabrisas, en vista de lo cual el hombre comenzó a jurar enfurecido. Doc continuó corriendo.

Dirigióse en línea recta ahora al punto de donde a su parecer había sonado el tiro: una tienda de automóviles situaba frente al edificio del Ayuntamiento.

Sin embargo, no se metió en su interior. Concentró sus esfuerzos en recorrer de una ojeada el callejón que la tienda tenía detrás y

también las calles adyacentes.

Doc había avanzado muy deprisa y a menos que el pistolero hubiera corrido como el viento, no había tenido tiempo de escapar. Al cabo vió alejarse a un hombre muy deprisa, de la tienda, por una de las calles mencionadas.

En realidad no puede decirse que corriera: trotaba más bien. Vestía un traje a cuadros, tocaba su cabeza con una boina y al cuello llevaba enrollado un enorme tapabocas amarillo. Doc Savage corrió detrás de él.

Pero el hombre le vió. Llevaba consigo un espejito y lo usaba para mirar atrás sin necesidad de volver la cara. Entonces corrió más deprisa.

Y apresuradamente se ciñó el tapabocas con objeto sin duda de que le ocultara la parte inferior del semblante. Era evidente que con antelación se había colocado la prenda de manera adecuada para la ocasión.

—¡Alto! —le gritó Doc—. ¡No trates de escapar! Es en vano.

El hombre se volvió de súbito. En la mano empuñaba una pistola. Brilló un fogonazo, sonó una detonación, y junto a Doc pasó silbando un proyectil. Doc buscó un punto de refugio, dándose más prisa de lo que él mismo pensaba.

El desconocido disparaba con la mano metida en el bolsillo, dando muestras de una puntería maravillosa y espeluznante. Una de sus balas pasó rozándole a Doc el corazón. No penetró en él gracias a la cota que llevaba a prevención.

Otros proyectiles le rozaron el oído. Inesperadamente le derribó uno de ellos. Doc dominó su caída de tal suerte, que se desplomó de bruces sobre el suelo de asfalto de una calzada que terminaba delante de un patio.

Y allí, sin moverse mas de lo indispensable, examinó el daño recibido. El proyectil había penetrado por entre dos mallas de acero de la armadura con la cual se protegía los muslos hasta la rodilla.

Las mallas de la armadura en cuestión eran finísimas, con objeto de que no se notara su presencia por encima de los pantalones y además el pistolero usaba un arma de procedencia extranjera cuyos proyectiles se asemejaban a los del rifle. Por ellos había salido tan bien del lance.

Desde luego, el proyectil le había penetrado a flor de piel, con

un pequeño desgarro de las carnes, mas no por ello privaba a la pierna de movimiento.

Doc Savage se arrastró por el suelo de la calzada, se metió detrás de la casa y a través de campos de césped comenzó a correr con objeto de adelantarse a su presa.

De momento corría haciendo eses, mas al cabo logró afirmar el paso y sus piernas. Poco después volvía a echarle la vista encima al desconocido del traje a cuadros. El hombre marchaba despacio como si no tuviera prisa.

Tal vez creyera haberle dado esquinazo al hombre de bronce, pero volvía la cabeza con frecuencia. En una de estas ocasiones fue cuando tornó a ver a Doc.

El descubrimiento le hizo reaccionar de la misma manera que hubiera reaccionado un conejo a la vista de un perro de caza. Echó a correr raudo como una saeta. La caza se tornó en una franca persecución.

Doc no se exponía más de lo necesario. El pistolero vaciaba el arma de vez en cuando. De este modo llegaron a la parte fabril de la ciudad. Sus calles ostentaban grandes edificios de ladrillo con pequeñas torrecillas o garitas de vigilancia, dispuestas junto a la entrada. De una de ellas, colocaba a cierta distancia del pistolero fugitivo, salió de un salto un guardia uniformado. Era hombre resuelto, de rostro curtido por el aire y el sol, magro de cuerpo, que con un grito se colocó delante del pistolero agitando los brazos.

Una de sus manos empuñaba un arma de fuego. El del traje a cuadros le disparó un tiro a quemarropa, mas no dio en el blanco. Su chaqueta desapareció, veloz, tras de la esquina más próxima.

Variaba el rumbo sin duda para no encararse con el guardia. Éste profirió un juramento con voz aguda, corrió a la esquina y levantó la escopeta. Después de haber afinado la puntería, se escapó de su cañón una serie de disparos, tan rápidos que constituyeron una sola descarga.

El guardia apuntaba a la parte baja de la calle, y en respuesta salió de aquella dirección el estampido del arma manejada por el pistolero.

El guardia retrocedió unos pasos, cargó su escopeta de nuevos cartuchos, tornó a disparar con resolución.

Sin embargo, después de haberlo hecho, se quedó indeciso y al

acercársele Doc continuaba plantado en mitad de la calle con el arma humeante en la diestra.

—Usted ha presenciado, caballero —dijo al recién llegado—, cómo le he dado el alto a ese individuo sin que haya querido obedecerme.

Doc no le contestó. Miró a la parte baja de la calle. En su centro yacía el cuerpo de un hombre que vestía un traje a cuadros, llevaba arrollada al cuello una bufanda amarilla y calada una boina hasta las orejas.

—Supongo que los agentes se darán cuenta de que he obrado en legítima defensa —siguió diciendo el guarda.

Doc le miró.

—¿Qué ha sucedido? —le interrogó.

El hombre replicó dando muestras de una leve contrariedad:

—Pues verá: ese individuo ha hecho fuego sobre mi persona, le he perseguido y, como ve, le he derribado, pero temo...

—No se preocupe —le dijo Doc consolándole—. Olvide lo pasado.

Bajó por la calle y examinó atentamente al hombre del traje a cuadros.

Sólo ostentaba una herida, suficientemente grave, no obstante, para haberle producido la muerte instantánea. Su boina aparecía agujereada así como la cabeza que ella cubría.

—¿Quién era? ¿Un salteador? —inquirió el guarda.

Sin responder Doc alargó la mano y arrancó el tapabocas del cuello del muerto.

El guarda se inclinó a mirarle. Súbitamente se puso pálido y estuvo a punto de caer él también desvanecido.

¡Por qué el hombre del traje a cuadros era mister Ricketts, Leland Ricketts, alcalde de Powertown!

Por lo visto le conocía de vista. Temblando se engujó la frente. Hizo vanos esfuerzos para pasar la saliva que se le aglomeraba en la boca.

—¡En buena me he metido! —exclamó con acento quejumbroso —. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Decir la verdad —le aconsejó Doc—. Usted acaba de decir que este sujeto había disparado sobre usted.

—Sí, señor; pero, ¡demonios! ¡Es el señor alcalde! Y matar a

todo un presidente del municipio no es lo mismo que matar a un raterillo sin importancia.

—Sin embargo, juzgando por las apariencias, esta muerte está perfectamente justificada —insinuó Doc.

La frase animó un tanto al guarda. Se puso un pitillo entre los labios y lo encendió con mano temblorosa. Sin embargo, la cerilla le quemó los dedos antes de que se decidiera a tirarla.

Con muestras inconfundibles de ansiedad asió a Doc por la solapa de la americana.

—Escuche: quédese aquí un momento, ¿quiere?, mientras llegue la Policía —le rogó—. Aquí llevo el permiso para llevar armas de fuego y mi nombramiento de guarda de fábrica. Pero, eso de matar a un alcalde... me asusta, la verdad. Necesito de testigos. ¿Quiere ser uno de ellos?

A la sazón comenzaba a sonar la sirena de un coche de los de la Policía y al cabo se detuvo junto a los dos hombres el coche, provistos de su aparato de radio correspondiente, que ocupaban dos agentes.

Uno de ellos se acercó al cadáver, profirió un juramento de asombro, le hizo varias preguntas al guarda, mientras corría su compañero al teléfono y avisaba a otros agentes.

Doc les explicó lo ocurrido y su palabra merecía consideración porque nadie se atrevió a ponerla en duda.

Por otra parte la historia contada por Retta Kenn respecto a la verdadera personalidad de Leland Ricketts, alcalde de Powertown, añadió peso a la narración que hizo delante de un oficial.

—Sí —díjole este último—, estoy convencido de que Ricketts era, en realidad, el diablo rugiente. Sin duda ha tratado de matar a usted, Savage. Es muy posible que haya tomado a D´Aughtell por usted mientras estaban los dos en el despacho de la alcaldía. Hizo fuego, instantáneamente se dio cuenta de su error y por ello huyó.

—¿Qué va a ser de mí? —interrogó el guarda con ansiedad.

—Usted hará una declaración jurada de lo ocurrido —replicó el oficial de Policía—. Y después se verá de otorgarle una medalla.

El rostro curtido del guarda demostró satisfacción.

Doc separó del grupo de gentes allí congregadas al chofer de un taxi y le rogó que le llevase al Ayuntamiento. Retta continuaba tendida en el suelo.

Su respiración regular indicaba que aun no se había sobrepuesto a los efectos del anestésico. En cambio descubrió que había desaparecido Flagler D´Aughtell, el inventor.

Frente a la ventana, en el punto mismo que había ocupado, había una gran mancha de sangre. Doc se inclinó sobre ella y la estaba examinando con ayuda de una lente de aumento, cuando se despertó la muchacha.

—¡Siempre haciendo cosas raras! —exclamó con acento de ironía—. ¿Qué será lo que busca en ese charco de sangre?

—No es sangre —le comunicó Savage—. Es puro aceite de oliva teñido de rojo.

La muchacha se frotó los ojos. Por la cara que puso se deducía que cría estar soñando.

—¿No me engaña? —interrogó.

—D´Aughtell lo llevaba dentro de un frasquito escondido debajo de la ropa —siguió diciendo el hombre de bronce sin responder directamente a la pregunta—, y al caer le quitó el tapón, quizá le rompiera. Pretendía representar bien su papel.

—¡Uf! Siento vértigos… —dijo Retta—. Así D´Aughtell era…

—Un bribón de marca —replicó Doc sin vacilar—. Aunque debo decir en su honor que es un actor excelente. De haberme fiado de su conducta para juzgarle es muy posible que me hubiera engañado hasta el fin.

Retta se levantó del suelo, se aproximó al agujero abierto en la ventana por el proyectil de Ricketts e hizo varias profundas aspiraciones. Luego se volvió y encaró con el hombre de bronce.

—Pues yo creo que D´Aughtell es un infortunado inventor —declaró resulta—, de quien se había apoderado el diablo rugiente con objeto de obligarle a elaborar un explosivo.

Doc guardó silencio. Se levantó una de las perneras del pantalón y comenzó a vendarse la herida recibida durante la última aventura.

La muchacha puso cara de susto y se acercó a él, pero en vista de que era leve la herida expresó su desdén con un resoplido y retrocedió a fondo del despacho.

—Bien. ¿Va responderme o no? —dijo.

—Sus opiniones me tienen sin cuidado —aseguró el hombre de bronce.

—¡Uf, que hombres! ¡Me dan ganas de ahogarle!

Retta retrocedió todavía unos pasos.

Como de su actitud dedujo, Doc que no tenía más que decir, siguió hablando.

—Recordará que encontramos al inventor en el jardín de la casa del alcalde —dijo—, y que estaba tendido junto a un reloj de sol, manifestando que al caer sobre él había perdido el conocimiento. Es muy posible que esto fuera verdad.

—No me interesan sus teoría… —manifestó la muchacha.

Doc continuó explicando sin hacer caso de la interrupción:

—En cambio me pareció muy floja la historia de su llegada en compañía de los asaltantes, porque no me pareció que hubiera un motivo serio para ella. Volví, pues, sobre mis pasos y me arrojé a la piscina.

—¡Ahora comprendo por qué estaba tan mojado!

—… en su fondo descubrí el aparato productor de los intervalos de silencio que ya conoce. Yo creo que D´Aughtell fue el encargado de manejarlo mientras se procedía al asalto de la finca y que, luego, al echar yo las bombas de gas, se vió perdido. Quizá soplara el viento en su dirección. Entonces arrojó a la piscina el aparato y trató de escapar, pero se tambaleaba; por ello cayó y el choque con la esfera del reloj le hizo perder el sentido. Al hallarle nosotros urdió un cuento para no despertar nuestras sospechas y… nada más.

Fuera por lo que quisiera, a Retta le pareció inverosímil la historia: una píldora difícil de tragar, porque miró fijamente al hombre de bronce, le puso una cara de circunstancias y se quedó sin saber qué decir.

—Ignoro por qué motivo no me ha hablado de todo eso antes de ahora —refunfuñó al cabo—. ¿Qué clase de chisme es ése que ha descubierto en el fondo de la piscina?

—No lo sé a punto fijo porque estaba destrozado —replicó Doc —. D´Aughtell debió llevar a cabo la hazaña antes de arrojarle al agua a fin de que nadie supiera para qué sirve.

—Así… ¿usted no conoce su funcionamiento?

El hombre de bronce no respondió a la pegunta. Parecía totalmente ocupado en vendarse la pierna.

—Menudo disgusto me da usted —observó Retta.

Una vez que hubo acabado la cura de urgencia, Doc se bajó la pernera del pantalón, púsose de pie, y probó a dar unos paseos

antes de que a ella se le ocurriera decir otra cosa.

—¿Qué ha sido del hombre que le disparó un tiro al inventor? —preguntó luego.

—Nadie le ha disparado tiro alguno.

—¡Vaya! Aquí se oyó un tiro. Le disparó un arma. ¿Qué fue del hombre que la empuñaba?

Doc le habló de la persecución emprendida por él y de su conclusión. Le contó justamente lo que había visto, y nada más.

—Y al arrancarle el tapabocas al desconocido me encontré con que era el señor alcalde —explicó a la muchacha.

La noticia pareció alegrarla, y descargarla de un gran peso el corazón. Hizo un gesto mediante el cual parecía arrojar aquella carga de sus hombros y observó:

—¿Ve cómo estaba en lo cierto? Ahora ya ha muerto el diablo rugiente.

—No.

Ella parpadeó visiblemente nerviosa.

—¿Usted cree que ha vuelto a engañarnos? —inquirió.

—Afirmo que el hombre que disparó el tiro, el perseguido por mí, no era el alcalde de Powertown —dijo Doc gravemente—, sino un servidor del diablo rugiente que llevaba puesto el traje del alcalde o por lo menos uno exactamente igual.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dice mi cualidad de observador —repuso el hombre de bronce—. El bandido no corría como lo hubiera hecho Ricketts. Y tampoco hizo fuego sobre el inventor. Simuló el disparar para llamarme la atención.

—Es decir, ¿usted cree que ha sido una estratagema?

—Precisamente. Una estratagema de que se ha valido el diablo rugiente para hacernos creer que está muerto.

La muchacha le miró frunciendo el ceño.

—Siento tener que confesarlo, usted lo ve todo, lo sabe todo —declaró con franqueza—. Le felicito.

—No siempre lo veo todo, lo sé todo, como se dice —replicó Savage—. Justamente he cometido una torpeza. ¿Desea saber cuál es?

Ella le dirigió una sonrisa.

—A ver, dígala. Pero tampoco le he visto cometer ninguna.

—Pues en esta ocasión debí asegurarme de que el gas hacía el efecto deseado sobre la persona del inventor y no lo he hecho —le dijo Doc—. Se conoce que me vió romper el glóbulo de cristal y contuvo la respiración. Es muy listo.

—Hum —. Ella se rascó pensativa la naricilla—. Y ese guarda que mató a Ricketts…

—No mató a nadie en realidad —fue la réplica del hombre de bronce—. El alcalde ya estaba muerto y su cuerpo escondido en la calle lateral. Lo que hizo al hombre a quien yo iba persiguiendo fue perderse de vista al volver la esquina mientras disparaba el guarda al aire.

—Entonces es…

—Un impostor —repitió Doc Savage.

CAPÍTULO XVIII

LA CITA

SI el guardia en cuestión había concebido alguna sospecha respecto a la sorpresa que le aguardaba, no dio muestras de ello. Al ser interrogado por el juez del distrito se mostró francamente dispuesto y pronto en las respuestas.

—¿Lleva mucho tiempo desempeñando el cargo que hoy ocupa? —fue lo primero que le preguntó el juez.

—Justamente es esta cuestión la que me preocupa —repitió melancólico—, ya que he entrado hoy a trabajar. Pero, vea, aquí tengo excelentes referencias.

El interrogatorio continuó largo rato por este estilo, sobre poco más o menos, y fue interrumpido al cabo por la entrada de un agente en la sala.

—Llaman por teléfono a un tal Tomás Ross —manifestó.

—Soy yo —se apresuró a declarar el guarda—. ¿Puedo salir un momento?

—Puede usted —le respondieron.

Se le estaba tomando declaración en la fábrica misma donde llevaba veinticuatro horas colocado y por consiguiente pudo hablar por teléfono sin temor a que se hubiera empalmado la línea.

—¿Hola? —dijo por el receptor telefónico.

—Voy a transmitirle algunas órdenes —le comunicó una voz rápida con cierto dejo extranjero.

El guarda la reconoció al instante.

—¡D´Aughtell! —exclamó—. ¿No te arriesgas demasiado al llamarme?

—Quizá pero es preciso que te hable —respondió el inventor—. Las cosas no marchan muy bien y temo que ese Doc Savage acabe

por dar en el clavo.

—No sé por qué te lo figuras —dijo con expresión de disgusto el guarda—. Yo he desempeñado bien mi papel. Doc cree que he matado a Ricketts y que Ricketts era el diablo rugiente. No puede tener la más leve idea de que estuviera ya muerto en la calle antes de iniciarse el tiroteo.

—No estoy muy seguro de ello —gruñó el oro—. Realizamos un excelente trabajo ocultando aquellas armas en casa del alcalde y al escribir aquella nota que Doc halló junto a su mesa escritorio, pero, de todos modos…

—Bien. ¿Has dicho que tienes una orden que comunicarme? —dijo el guarda bruscamente—. Dámela, pues no puedo estarme aquí charlando. Podrían entrar en sospechas los agentes.

—No una orden, varias órdenes me han encargado que os trasmita —replicó D´Aughtell—. La tuya es la siguiente: dirígete a la esquina de las calles Spring y Metropolitan. ¿Las conoces?

—Ya lo creo.

—Bien, pues en dicha esquina verás estacionado un coche amarillo. Lo conduce uno de los jefes de banda más distinguidos de la nación, ¿entiendes? El caballero acaba de llegar a esta población y por consiguiente todavía no sabe dónde se aloja el jefe. Condúcele hasta él. El jefe desea encargarle determinada faena que ha de llevar a cabo rápidamente. ¿Comprendes todo lo que te estoy diciendo?

—Sí. Pero, ¿y tú, D´Aughtell?

—De mí no te preocupes.

Y el inventor colgó el auricular.

El guarda terminó su declaración como si nada, absolutamente nada, hubiera venido a interrumpir la rutina de su primer día de trabajo. Mas al final de la entrevista pensó, aparentemente, en algo que le puso muy nervioso.

Poco después sufría un ligero ataque de mal de San Vito.

—Me encuentro mal —dijo a su patrón—. Es la primera vez que mato a un hombre y, naturalmente, me impresionó muchísimo. ¿Qué le parecería si me tomara unas horas de descanso?

Se le concedió el descanso pedido para el resto del día.

—En tal caso creo que me iré de pesca —manifestó—. Ello me aflojará los nervios más que otra cosa.

Y con tal pretexto se dirigió a la intersección de las calles Metropolitan y Spring. Ambas formaban una esquina muy concurrida y en ella había dos tiendas de ultramarinos, un Banco y un comercio de telas.

El coche amarillo estaba estacionado entre otros coches, pero era el único pintado de claro. El guarda dio un rodeo y pasó por delante de él con objeto de echarle una mirada al chofer. Realmente valía la pena.

A primera vista parecía tener unos setenta años de edad y cabía confundirle con un boticario. Poseía largos cabellos blancos, una faz arrugada de luna llena y dos orejas enormes.

De su atavío lo que más llamaba la atención era el color llamativo de la corbata y el gran sombrero negro de anchas alas. En conjunto componía una figura notable.

Además fumaba en pipa, una pipa descomunal de blanca porcelana. El guarda se le acercó, puso el pie sobre el estribo y le dijo con voz dura:

—Mucho me engaño o le he visto en otra ocasión.

La frase provocó una instantánea reacción en el viejo. Varió de actitud y apuntó el guarda con la boca de un automático de seis tiros.

La mano que le empuñaba era muy blanca y tenía lagunas manchas, pero parecía muy firme todavía.

—Nadie a no ser que sea un soplón —dijo entre dientes—, me ha dirigido preguntas por el estilo. Pero aguardo a un caballero y no consentiré que se me eche de aquí. Largo y cierra la boca si no quieres que te salte la tapa de los secos.

El guarda se echó a reír y se metió en el coupé.

—Yo soy Tomás Ross —declaró.

—Pues yo diría que eres el mismísimo demonio —gruñó el viejo.

—¿No me aguardabas?

—Es muy posible —. El viejo se caló el negro sombrero hasta los ojos, pisó el acelerador y el coche se metió de lleno en la corriente de vehículos. A juzgar por el ruido que hacía a hierro viejo parecía un desecho.

—El guarda —que lo más probable es que no se llamase Tomás Ross— examinó con gran interés a su compañero. Llevarían recorrido una media milla cuando su rostro asumió singular

expresión.

Se puso rígido y se llevó, inquieto, la diestra al bolsillo.

El viejo le interrogó inesperadamente:

—¿Qué es lo que te ha dado?

—Tu cabello blanco… es postizo —balbuceó el guarda.

—¿Y que? —gruñó el viejo—. ¿Cómo puedes creer que voy a mostrarme a cara descubierta? Cierra el pico, quita la mano de ese revólver y dime adónde vamos. Tengo que despachar un asunto urgente con tu jefe.

La carretera no era tal en realidad. La formaba en aquel punto una vereda empinada que, entre árboles, ascendía el pie de la falda de la negra montaña gigante, la más imponente de cuantas se erguían en torno a la ciudad de Powertown.

El radiador hervía y una nube de vapor se elevaba por encima de la coraza.

El motor sonaba estrepitosamente.

—¡Vaya un cacharro! —dijo disgustado el guarda.

—¿Está muy lejos todavía el punto a donde vamos? —le preguntó el viejo del cabello blanco y el sombrero negro.

—No, ya estamos cerca.

El coche rodeó un gran peñasco. De pronto sonó el chasquido de un neumático que se rompía. El guarda profirió un juramento y no quiso ayudar al caballero en la tarea de hinchar el neumático.

En el momento de salir del coche, el desconocido parecióle muy bajo y un tanto cargado de espaldas.

El guarda le examinó con aire curioso. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Oye.

—Dime.

—No todos nosotros conocemos al diablo rugiente —explicó el guarda—. Por lo menos yo no le he echado jamás la vista encima. Por ello se me acaba de ocurrir…

—¿Qué?

—Que tal vez seas tú el jefe.

El otro frunció el ceño y por toda respuesta se caló más el sombrero. En silencio acabó de hincar el neumático, luego el coupé amarillo arrancó de nuevo, gimiendo, humeando, resoplando ruidosamente.

De allí al cabo de un rato pasó por delante de un punto donde había cambiado de posición casi toda la ladera de la montaña. Se veía que había habido un deslizamiento de tierras de considerable importancia.

En torno vieron diseminados grandes y negros bloques de piedra. El cataclismo parecía reciente.

—¿Ha sido un deslizamiento? —gruñó el viejo.

—No —respondió el guarda—. Los muchachos han colocado ahí un kilo de T.N.T. (trinitrotolueno) con objeto de abrir de ese modo el "cache" de Dove Zachies.

—¡Ah! ¿Y ya están seguros de que ese escondite está en la montaña?

—¡Segurísimos! Al comenzar las hostilidades ente las dos bandas logramos apoderarnos de dos hombres de Zachies y a fuerza de tormento les arrancamos los informes deseados. Los dos manifestaron que el "cache" en cuestión se halla en esta montaña. Pero ni uno ni otro sabían el punto exacto donde está situado. Por ello únicamente podemos provocar explosiones de continuo con la esperanza de dar al fin con la cueva. Porque es una cueva, según parece.

El coche saltó por encima de un guijarro y se le rompió otro neumático.

—Pues ya no llevo más de repuesto —gruñó el viejo.

—¡Diantre! Bien. Seguiremos a pie el camino. Ya estamos cerca —dijo el guardia.

Y así lo hicieron.

Tras de larga caminata llegaron a lo que había sido, en ora época, un aserradero, en runas a la sazón. Sólo un cuerpo de edificio, hecho de troncos, quedaba aún en pie.

En un principio le pareció al viejo que se hallaba abandonado, pero al acercarse salió de él un hombre armado de ametralladora.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó el guardia.

—Allá, en la cima de la montaña —dijo—, pronto bajarán e iremos a la ciudad.

—¿Y eso?

—Pues, porque se ha cogido a Dove Zachies, se le ha hecho cantar y va a mostrarnos su "cache". Por ello todos han subido a presenciar la función.

—¿Qué función?

—¡Toma! ¿No lo sabes? —El bandido se echó a reír—. Pues allá arriba están los compañeros de Doc Savage y el resto de la banda de Zachies. El plan nuestro es el de matarlos a todos, así como a Zachies. Les pondremos a los pies una carga de T.N.T y volarán por los aires. Probablemente la explosión romperá el gran dique de contención y escaparemos durante el revuelo que se arme. Con él dará fin nuestra actuación del momento.

—¡Vaya unos proyectos que os traéis! —observó el guardia admirado—. Pero dime dónde está el jefe. El caballero que me acompaña desea hablar con él de negocios y tiene prisa.

Sin concebir sospecha alguna, les indicó el bandido un punto determinado.

—Marcha en esa dirección, siempre al Norte —dijo—, y encontrarás a los compañeros. No tardarás en dar con ellos.

El camino del Norte resultó accidentado en grado sumo. Por dos veces consecutivas pasaron los dos viandantes por delante de dos grandes excavaciones hechas en la misma ladera de la montaña, y en algunos puntos la fuerza arrolladora de un explosivo potentísimo había arrancado piedras cuyo peso podía calcularse en miles de toneladas.

—Por aquí se ha buscado el "cache" de Zachies, a lo que veo —observó el guardia—. También se ha tratado de amedrentarle apelando a esas explosiones.

El viejo no dijo nada. Murmuraba ente dientes y con frecuencia se tomaba unos segundos de descanso, pero, a pesar de ello, los dos hombres debían andar más deprisa que la banda que les procedía, porque le echaron la vista encima al poco tiempo.

Era un grupo compuesto de treinta hombres que ascendían penosamente la escarpada ladera de la montaña. Con ellos iban, maniatados, los prisioneros.

Los bandidos situados a retaguardia llevaban consigo pesadas cajas que manejaban con grandes precauciones. Sin duda estaban llenas del famoso explosivo.

El guardia apretó el paso.

—Voy a darles un grito —dijo a su acompañante—, pues quiero que nos esperen.

Echó atrás la cabeza, mas el grito no surgió de sus labios. Lo que

hizo fue emitir un sonido ahogado y cayó de bruces. El viejo de los blancos cabellos acababa de asestarle por detrás un golpe terrible, privándole de sentido.

Rápido como el pensamiento se despojó de la peluca, frotóse vigorosamente el semblante y se quitó buena parte del maquillado. A continuación se desembarazó de la carga que le había prestado el aspecto de un jorobado.

Así transformado quedó convertido en otro hombre: en el mismísimo Doc Savage.

Retta salió de lo que había llevado a la espalda y se quedó en pie a su lado.

—¡Aaah! —hizo, desperezándose—. ¡Estoy entumecida, molida hasta los huesos de tanto traqueteo!

CAPÍTULO XIX

EL ESCONDRIJO

DOC Savage sacóse de debajo de la ropa una aguja hipodérmica, la llenó de una droga que mantendría a la víctima sumida, por espacio de horas, en su estado de inconsciencia, y se la clavó al guardia en el brazo.

Retta dijo:

—En el lugar de usted, yo hubiera atado también al guardián del aserradero haciéndole tragar de esos polvos narcóticos en cantidad suficiente para que permaneciera dormido.

—Hubiera sido arriesgado en extremo —replicó Doc—, y por ello no lo he hecho. De ningún modo puedo exponerme a estropear los planes que ahora me he trazado.

Ella se echó a reír despreocupadamente. Al parecer, volvía a gozar de la vida de aventuras que le deparaba el destino.

—¡Qué bien ha estado! —exclamó gozosa—. Este hombre no ha sospechado que no fuera D´Aughtell quien le llamaba por teléfono. Claro que usted le ha imitado bien la voz. Pero después he temido que se diera cuenta de su disfraz y del maquillado. Es difícil engañar a un hombre a la luz del día, teniéndole tan cerca.

—En realidad, se dio cuenta enseguida —manifestó Savage—, pero le hice creer que deseaba guardar el incógnito, por vía de precaución.

La muchacha miró hacia arriba. La banda del diablo rugiente se había perdido de vista.

—Marchemos —propuso a su acompañante—. No sea que les perdamos la pista.

Y con infinita precaución prosiguieron su camino, buscando los puntos más resguardados, cosa verdaderamente difícil a causa de la

desnudez de la montaña.

De este modo volvieron a pasar por delante de una nueva excavación abierta por el explosivo. Ahora volvían a divisar a la banda que rodeaba un precipicio. Con ella iba D´Aughtell.

A sabiendas de que era un hecho consumado y no obstante con el ansia evidente de convencerse de lo que había ocurrido, observó Retta más adelante:

—Usted abandonó a Zachies y a la banda, seguro de que D ´Aughtell avisaría en el acto a los suyos para que vinieran por ellos. E hizo esto con toda intención, como única manera de que el diablo rugiente diera al fin con el escondrijo de Zachies.

—Esa historia ya es vieja —dijo Savage—. Pero ¡tenga cuidado! Considere lo que sucedería si nos descubrieran en este momento.

Ella le obedeció. Procuró situarse a cubierto de miradas escudriñadoras.

A la sazón ella y su acompañante habían entrado en un sendero pedregoso por el que ascendieron precipitadamente, tan precipitadamente, en verdad, que a poco más se descubren, ya que la banda acababa de hacer alto.

—Quédese aquí —le rogó el hombre de bronce.

A ella no le agradó la orden; sin embargo, respondió:

—Bueno...

—Suceda lo que suceda, no se mueva, ¿entiende? —insistió él.

—¡Bueno bueno! Pero tenga en cuenta que sé cuidarme sola y que...

Doc lo dejó jactarse de sus habilidades y prosiguió la marcha. Avanzaba silenciosamente como una sombra, y en lugar de mostrar la cabeza, se valía, para ver el terreno que tenía delante, de un pequeño periscopio, combinación de finos tubos y limpios espejos.

Así, llegó a un punto desde el cual oyó hablar a la banda sin que osara asomar la cabeza para verla.

Zachies estaba gimoteando.

—Señores —decía—, ustedes me prometieron, hace tiempo..., se trataba de un convenio...

—¿Dónde está tu escondite? —interrogó una voz dura, cantarina, interrumpiéndole. Era la voz del diablo rugiente. Doc Savage se aventuró a lanzar una ojeada a la escena.

Pero no estaba de suerte, ya que no vió al diablo y sí lo menos a

una veintena de hombres que podían descubrirle por imprudente. Por ello volvió a bajar la cabeza y se contentó con escuchar.

—Escuchad: me avengo a formar parte con mi banda de vuestra organización —seguía diciendo Dove—. E incluso me contentaré con las ganancias que queráis dejarme. Podréis serviros de mí tesoro... aludo a lo que guardo en el "cache"... para mejorar vuestra situación y dar comienzo a las operaciones. Trabajaré con vosotros y...

—Bien, bien —respondió la voz del diablo rugiente—. ¡Muéstranos ese escondite!

—¿Y jugaréis limpio?

—Jugaremos limpio.

—¡Oh, gracias! —exclamó el infortunado—. Pues el escondite está aquí mismo. Se coloca un pie aquí, sobre esta roca determinada, y se levanta la trampa...

Sonó un chasquido, luego rechinaron unos goznes invisibles y varios hombres profirieron juramentos o lanzaron exclamaciones de asombro. Por lo visto, acababa de abrirse una puerta secreta, la de entrada a la cueva.

—¡Y pensar que por poco si deshacemos la montaña para buscar este "cache"! —exclamó un bandido, riendo.

Doc se aventuró a sacar de nuevo la cabeza, sin ver nada esta vez. Prestó atento oído. Sonidos determinados le indicaron que la banda bajaba a la sazón por un pasillo subterráneo.

Doc aguardó a que reinara un silencio completo, después de lo cual asomó la cabeza por tercera vez. Nadie a la vista. Mas como no podía ver desde su sitio la entrada de la cueva, avanzó a gatas.

En la misma y pétrea pared de la hondonada habíase abierto hábilmente una puerta, a modo de trampa, que estaba abierta a la sazón. A cada lado de ella se habían colocado dos hombres de guardia, provistos de rifles automáticos.

Mas no estaban muy atentos al cumplimiento del deber. Su atención se concentraba por entero en lo que sucedía debajo de ellos y escuchaban con el cuerpo inclinado hacia delante.

Doc tomó uno de los glóbulos de cristal de que hacía tan buen uso y lo arrojó al suelo. Se rompió como un huevo. Los hombres oyeron aquel sonido particular y se volvieron a un tiempo, pero se quedaron dormidos y cayeron el suelo.

El hombre de bronce se quitó los zapatos y se acercó al borde de la hondonada. Se detuvo un momento en la puerta de la cueva. Ésta ascendía en pronunciada pendiente.

De su interior, muy hondo, muy hondo, salía un murmullo continuo. El lugar no podía ser más adecuado para una puerta secreta. No cabía dudar de que cada chubasco que cayera en aquel punto de la hondonada inundaba la entrada de la cueva borrando las huellas dejadas por sus visitantes.

Doc entró en ella. Su suelo tenía un pronunciado declive. A continuación tropezó con los peldaños de una escalera.

Amplios, cómodos escalones formaban su primer tramo; el segundo era angosto como si el construir la excavación se hubiera cansado aquí el excavador o hubiera cambiado de proyectos.

La alteración sufrida por el ancho de la escalera casi le hizo hacer ruido al hombre de bronce. Continuó avanzando y al cabo se halló dentro de una habitación iluminada por la luz de las lámparas de bolsillo.

Era enteramente de piedra y tenía el techo arqueado en forma de bóveda.

Varios bandidos sostenían a otro que se había encaramado sobre sus hombros. El individuo encaramado era Dove Zachies. Provisto de un martillo y de un escoplo trabajaba en la pared, echaba abajo trozos de hormigón, tenidos del color de la roca con la cual habían formado un todo.

—Bonita idea,¿eh? —estaba diciendo—. Ya veis cómo aunque hubierais abierto la cueva con vuestro explosivo no hubierais hallado las cajas cerradas donde guardo los documentos.

Sudaba y al propio tiempo manejaba el martillo de tal suerte que caían sobre las cabezas de los hombres apiñados debajo los fragmento de roca desprendidos.

—Ahora pienso —siguió diciendo— que debí atender a razones en un principio. Pero, la verdad, muchos años me ha costado reunir estos papeles y mucho, ¡muchísimo dinero! Como que no hay otros. Con su posesión soy capaz de hacer cuatro me venga en gana y de obligar a hacerlo a otras personas. Por ello me cuesta renunciar ahora a ellos.

El escoplo se le cayó de la mano y voló por el aire. Lo recuperó un bandido y se lo devolvió, encargándole, con un juramento,

mucho cuidado.

Doc varió ligeramente de postura. Buscaba al gran jefe de la banda, a la persona designada con el apodo de diablo rugiente. Pero no lo vió.

Monk, Ham y los demás prisioneros, estaban de pie, apoyados en la pared de la cueva y tenían esposados las muñecas. Zachies apoyó el escoplo en la roca y le dio varios hábiles golpes de martillo.

Parecía preocupado, y su espanto rayaba en delirio, pero hablaba sin cesar, muy deprisa. Posiblemente la charla le distraía de sombrías cavilaciones.

—Se me ocurrió reunir, por vez primera, estos documentos hará cosa de diez años —dijo—. Y motivó la idea lo ocurrido a uno de mis hombres, el cual atestiguó falsamente en la causa seguida contra un juez acusado de haber matado a un hombre en un arrebato de ira. Ya comprenderéis que, a partir de este día, se convirtió el tal juez en un aliado mío.

El martillo continuaba hiriendo la pared de roca y saltaban en torno trozos de hormigón que llegaban, incluso, al lugar ocupado por Doc Savage, fuera de la habitación.

—La mayor parte de las pruebas que poseo son auténticas; otras son simuladas. Pero ¿quién va a saberlo?

—Date prisa —le rogó un bandido.

—Ya acabo —replicó Zachies riendo.

“Justamente en la lista de candidatos a la alcaldía figura un joven político a quien se tiene por recto. Se dice que jamás concedió favores a nadie. Y es cierto; mas la cosa no reza conmigo. Ese muchacho hará cuanto yo le diga, porque en una de las cajas que tengo ocultas aquí, en la pared, y que voy a mostraros, poseo la prueba del homicidio perpetrado por su hermana.

“Desde luego, es inocente y el asesinato imaginario, pero nadie lo sabe. Tomad sólo ese papel. Os aseguro que vale medio millón de dólares. ¡Ya lo creo! Es como tener las llaves de la ciudad. Y las cajas encierran documentos a montones por este estilo.

Unos cuantos y vigorosos martillazos más. Luego el escoplo produjo un sonido metálico.

—Con tales documentos en la mano podremos ir a cualquier parte —decía Zachies, expansivo, a sus oyentes—. El diablo rugiente hace bien las cosas. Ha sabido escogeros y hoy formáis la

organización perfecta, la mejor de vuestra clase. Solo os faltaba, pues, entrar en posesión de estos papeles para adueñaros de toda la parte oriental de los Estado Unidos.

Así diciendo, había ido agrandado el agujero abierto, en el cual insertó el escoplo a la sazón. Al tirar de él salió detrás una caja de metal.

Era un recipiente reducido e igual a los que se destinan el contenido de documentos. Sin cesar en su charla, se lo pasó a los bandidos y a continuación extrajo cinco cajas más del agujero.

—Aquí llevo las llaves —dijo.

Los hombres que le habían estado sosteniendo sobre los hombros le dejaron en el suelo y se le agruparon en torno, así como el resto de la banda, de la cual quedaron exceptuados los hombres que guardaban a los presos.

Doc Savage se aventuró a echarle una ojeada a la habitación, para lo cual tuvo que meter dentro la cabeza y hombros. Mas aun así no logró ver al diablo rugiente que estaba oculto por sus guardias de corps.

El rechinar de una llave en su cerradura le indicó que se estaba abriendo una de las cajas. Luego sonó el crujido del papel y se emitieron gruñidos de satisfacción.

—La reunión de tanto material me ha costado varios años de trabajo y no pocos gastos —les explicó Zachies con acento sonoro—; mas sin esfuerzo alguno obtendría, sólo por éstos, un millón de dólares de cualquier difamador profesional.

Aquí observó uno de los bandidos:

—Bien:¿hacemos fuego ahora sobre Zachies?

Éste debió mirar al diablo rugiente.

—¡Tú… tú me has engañado! —balbuceó.

Y a continuación se libró una batalla breve, feroz. Dove no cesó de gemir en todo el rato. Su voz frenética recordó a Doc el chillido penetrante del conejo que cae en las fauces de los perros.

Después de vencido le arrojaron junto a los prisioneros. Mas le temblaban las piernas y no pudo estar de pie, se dejó caer al suelo donde permaneció sentado. El terror de hacía balbucear palabras sin sentido o sollozar sin consuelo. Entonces se dejó oír la voz cantarina del diablo rugiente.

—Bueno. Ya estamos en posesión de esos documentos. No se

puede pedir más como ha dicho muy bien Zachies, son inapreciables. En ellos se difama secretamente a muchos hombres ricos o que ocupan altos cargos, y gracias a ellos podremos obtener todos los privilegios que se nos antoje. Esos papeles constituyen el único eslabón que le faltaba a mi cadena.

Aparentemente hojeaba los documentos, pero como continuaba detrás de los bandidos apiñados en la habitación subterránea, no logró Doc echarle la vista encima.

—¡Es maravilloso! —decía—. Aquí hay pruebas en número suficiente para llevar a la horca a varios de nuestros criminales más famosos. En vano he tratado de lograr que se me asocien. Confío en que ahora cambiarán de modo de pensar...

Zachies murmuró desde su puesto:

—¡No podéis matarme! ¡No podéis! Me habíais prometido...

—¡Cierra el pico! —le recomendaron.

—Sé un hombre —le aconsejó el diablo rugiente—. Debiste comprender que no íbamos a ponerte en libertad y debes conformarte con tu destino como esos hombres, los ayudantes de Doc Savage.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —balbuceó Dove.

—Como sabes, tenemos aquí algunos cientos de libras del T.N.T. —le explicó el diablo rugiente—, y nuestro plan es provocar una explosión que no sólo borre de la faz del globo a nuestros prisioneros, sino que destruya, además, totalmente sus cuerpos. Tú les harás compañía, Zachies. ¿Te agrada el proyecto?

Uno de los prisioneros tomó aquí la palabra. Era el magro Johnny.

—Antes de provocar una mueva explosión, tened en cuenta —dijo—, que ella originará un deslizamiento espantoso del terreno colindante. Justamente ésta a punto y una pequeña conmoción bastará para ponerle en movimiento. Dicho deslizamiento derribará el gran dique. Yo os pido que, en el caso de persistir en vuestra idea de quitarnos la vida, lo hagáis de manera que no ponga en peligro la existencia de otros seres humanos.

Johnny se expresó con una calma tal, que únicamente aquel que le conociera de antiguo hubiera podido adivinar el susto que tenía metido dentro del cuerpo, un miedo tan grande como quizá no lo hubiera sentido nunca en toda su azarosa existencia.

—Es muy probable que Doc Savage haya puesto hombres de guardia en las carreteras y que espíen el paso de los criminales —dijo el diablo rugiente—. Me ha tomado por el ahora difunto mister Ricketts, y siendo así, naturalmente, esperará que se desorganice la banda. Pero nosotros podremos escapar más fácilmente si la rotura del dique ocasionara el desorden que esperamos. Van a ver cómo elimino el sonido con sólo que le dé media vuelta a la llave de un aparato que he inventado…

Gritos agudos y un gemido ahogado que sonaban en el pasillo, a espaldas de Doc, atajaron el discurso del diablo rugiente.

Éste había hablado a media voz, por lo cual el estrépito produjo de manera inesperada fue tan emocionante como la tan temida explosión del trinitrotolueno.

CAPÍTULO XX

PANDEMONIUM

DEL interior de la habitación salió un bandido y se abalanzó al corredor. La cosa sucedió con inesperada rapidez.

Por lo visto, no estaba en el grupo formado por sus compañeros, sino aparte, y por ello no se había dado Doc cuenta de su presencia, aparte de que le había ocultado a sus mirados el cuadro vivo que tenía delante, en el mismo centro de la cámara de piedra.

Así el hombre fue a chocar contra él de cabeza. Doc le asestó un puñetazo.

El hombre cayó de espaldas. Mas era fuerte y vigoroso y al caer se asió a la americana de Doc Savage, tirando de ella.

Como no lo soltó, desgarrose la prenda por el centro de la espalda y, con excepción de las mangas, le fue arrancando al hombre de bronce, de manera que el bandido se desplomó con ella entre las manos.

La pérdida de la chaqueta suponía un pequeño desastre, porque en sus bolsillos reposaban las bombas anestésicas con que Doc pensaba dominar a los ocupantes de la habitación.

Doc se lanzó, pues, a recuperarla, mas el hombre se había dado ya cuenta de su importancia, evidentemente, porque se levantó y salió corriendo.

Sus compañeros se lanzaron a una sobre el intruso. Sonó una detonación ensordecedora. Doc se ladeó un poco y él proyectil pasó silbando junto a él.

Monk aullaba, Renny rugía. Los dos se mezclaron a la contienda, a pesar de llevar esposadas las muñecas. También Ham y Johnny se enzarzaron en ella.

A los cuatro se sumaron Dove Zachies y sus hombres, deseosos

de defender sus vidas. Y así fue cómo, en cosa de un instante, se convirtió la celda de piedra en un reducido espacio que constaba solamente de unos pies cuadrados, y os haréis cargo de la escena. Tronaban las armas de fuego.

La lluvia de plomo sonaba de un modo extraño en el acto de penetrar en la carne. El humo de la pólvora irritaba las gargantas. La voz cantarina del diablo rugiente se dejó oír en un momento de silencio.

—¡No tiréis! —advirtió a todos—. Acordaos de la T.N.T. ¡Pensad en lo que sucederá si la toca una bala!

Todos le oyeron. Y la sola idea del desastre les heló la sangre en las venas.

Es verdad, tenían metidas en un rincón de la cámara las cajas que contenían el explosivo. De allí en adelante ya no volvió a dispararse un solo tiro.

Es más. Se procuró no tocar nada que no fuera el contrario, en el momento de descargar un puñetazo. Al darse cuenta Monk de que ya no se iba a luchar con las armas de fuego, exclamó alborozado:

—¡Toma! ¡Pues no había yo deseado podo entablar una batalla así!

Doc tropezó en su camino con un cráneo pelado y redondo. Lo asió como pudo y sus manos se deslizaron hasta el cuello que lo sostenía.

En el momento de oprimirlo con los dedos, su víctima lanzó un alarido y la reconoció al punto: era el inventor, era Flagler D ´Aughtell.

Doc le sometió a una operación comprensible únicamente para un entendido en la materia. Ella originaba la parálisis de un nervio determinado, de manera que privaba de toda energía nerviosa a la persona sometida a tal reacción.

Doc venía practicando la operación desde muchos años atrás, de manera que con sólo la presión rápida de sus dedos obtenía resultados maravillosos. Tres hombres trataron de situarse delante de la puerta, mas no se lo permitió.

Empujó a uno de ellos, echándole a un lado con tal fuerza que se dio de cabeza en la pared y quedó privado del sentido; el otro se desplomó limpia y simplemente; y el tercero huyó después de exponerse a que le arrancaran un brazo. Monk seguía gritando.

Lanzaba alaridos sin darse cuenta, de puro contento y excitado que se sentía.

Tal era su costumbre cuando luchaba. Perdía por completo la cabeza y era feliz. El vozarrón de Renny sólo se oía en ocasiones.

Pero el terrorífico impacto de sus grandes puños hablaba por él, sobresaliendo de todos lo ruidos que la batalla producía. Johnny se conducía con cierta dignidad.

—¡Vaya una amalgama! —exclamó una vez al darse cuenta de la situación.

Ham se hallaba al lado opuesto de la habitación, profiriendo juramentos escogidos y pidiendo con suave acento que le dieran su bastón. Al escurrirse pegado a la pared, Doc tropezó con un bulto.

El bulto chilló. Era el cerdo, Habeas Corpus, que estaba metido en el saco.

¿Quién le habría dejado allí?

Doc desató el saco y le sacudió, permitiendo que Habeas se sumara al griterío general. No obstante su gravedad, la batalla asumía, en ocasiones, cómicos aspectos.

Fue Monk quien aportó la comicidad de que carecía en un principio al pegarle a Renny, equivocadamente, y ser derribado por el compañero.

Desde aquel instante, cada vez que tocaba a una persona en la intensa oscuridad que les envolvía, preguntaba; "¿Quién eres?, y actuaba según la respuesta recibida.

En ocasiones iluminaban la estancia ráfagas luminosas procedentes de las lámparas de bolsillo. Pero se apagaban al punto, porque la luz atraía en el acto innúmeros enemigos.

El diablo rugiente fue el primero en perder la calma.

—¡Salid todos —gritó a sus hombres—, y que os sigan fuera vuestros contrarios! De esta manera podréis usar las armas.

Doc marchó al punto donde sonaba aquella voz. Procurando no hacer ruido, se le acercó con los brazos extendidos. Y le halló… recibiendo al punto un golpe pavoroso en mitad del epigastrio.

El golpe sonó como el encuentro de una hacha con el bloque de madera. Doc tendió el puño cerrado. Fue el suyo un golpe de soslayo con el cual consiguió solamente que retrocediera su enemigo.

Pero el diablo gemía. Se había lastimado el puño y roto algunos

huesos de la mano, en el momento de asestar el primer golpe. Doc volvió a pegarle más fuerte esta vez y en respuesta el diablo disparó su revólver.

El temor al daño que podía Doc ocasionarle le hacía olvidar, de momento, el explosivo. El disparo provocó ardiente dolor en el hombro del hombre de bronce; entonces tornó a la carga.

Esta vez acertó de lleno. Casi al propio tiempo le cayó en los brazos un cuerpo inerte. En el momento de retroceder habíase dado un golpe el diablo rugiente contra la pared de piedra de la habitación y había perdido el conocimiento.

Doc le sostuvo en los brazos el tiempo necesario para asegurarse de que respiraba aún, y una vez seguro de ello, le dejó caer al suelo. Los bandidos escapaban ya por el corredor.

No les fue fácil tarea, mas así y todo fueron huyendo, uno tras otro, y con ello se iba haciendo el silencio dentro de la cueva. Por último, solo, sólo dos hombres quedaron luchando.

Contendían en silencio, ferozmente. Como uno de ellos le asestara al otro un golpe particularmente doloroso, el lesionado exclamó:

—¡Ay, ay!

—¡Sabio simiesco!

—¡Ham! —rugió Monk— ¿es cierto que llevo luchado contigo cinco minutos?

Ham dijo algo que levantaba ampolla.

—¿Por que no has continuado aullando, aborto del infierno, y te hubiera reconocido?

—Es que estoy ronco —explicó Monk con los dientes apretados —. Pero tú pudiste decir algo. ¡Me están entrando ganas de volverte a pegar!

Doc había dado con una lámpara de bolsillo y pulsaba el botón. La lámpara despidió rayos luminosos. Entonces vió en pie a sus cuatro ayudantes, así como a Zachies y tres de sus hombres.

Monk dejó de lanzarle a Ham miradas enconadas, bajó la vista y miró en torno. Alguien había dejado en el suelo una ametralladora y pudo recogerla, a pesar de que continuaba todavía esposados.

Colocándola en disposición de disparar, hizo ademán de salir con ella de la cueva.

—¡Espera! —le aconsejó Doc.

—Voy a salir. No creo probable que esos bandidos se hayan largado ya.

—No. Sin duda estarán vigilando la entrada de la cueva —replicóle el hombre de bronce—. Si sales te achicharrarán.

Monk se detuvo.

—Sí, es muy posible. Me quedo —dijo.

A sus oídos llegó inesperadamente una descarga. Procedía de una ametralladora y había sonado en el exterior.

—¡Vaya, ya empezamos! —observó Renny con impaciencia—. ¡Nos hemos metido en una buena! No podemos segur aquí indefinidamente, no podemos acercarnos a la entrada de la cueva sin exponernos a que nos larguen un tiro y tampoco es lugar muy a propósito este pasillo para que permanezcamos en él tiempo y tiempo.

—Yo creo que nos retendrán aquí hasta que puedan procurarse más explosivos —dijo sombríamente Ham—. Con sólo que nos larguen una o dos granadas habrán acabado con nosotros.

Doc encontró dos lámparas más de bolsillo. Unió sus rayos con objeto de que dieran una luz más intensa, y comenzó a registrar la habitación subterránea.

En su fondo descubrió las cajas de trinitro milagrosamente intactas. Pasó por delante de ellas y se acercó a un par de grandes cajas sujetas por correas de cuero a modo de abrazaderas, que se hallaban un poco más lejos.

Monk se le acercó lleno de curiosidad.

—Oye: ¿qué es eso? ¿Podrá sernos útil? —inquirió, intrigado.

—¿Por qué no?

—¿Qué es?

—Un aparato transmisor de onda ultracorta, que origina ondas ultrasonoras —le explicó Doc.

Monk conocía algo de la ciencia del sonido. Mostróse, pues, interesado.

—¿De veras? —dijo.

Doc había levantado las cajas unidas por un flexible conductor. Cada una de ellas iba provista de su tapa correspondiente. Levantólas derramó un torrente de luz sobre el intrincado mecanismo que encerraban.

—No es tan complicado como yo me figuraba —dijo después—.

Esto opera a corta distancia. Por ello infiero que debe haber otro, el que los bandidos utilizan cada vez que se origina una explosión.

—Sí, ya les oí hablar de eso —manifestó Monk—. ¿Cómo funciona éste?

—Operando con ondas electromagnéticas ultracortas —dijo Doc —, pueden obtenerse curiosos resultados. Por ejemplo: tú habrás presenciado una exposición de determinados insectos a las vibraciones originadas por la contracción y expansión de un cristal de cuarzo por el cual se haga pasar una corriente alterna de alta frecuencia.

—Si, le ha visto efectuar esa operación al mago de la electricidad —replicó Monk—, y recuerdo que, en ocasiones, mueren los insectos.

—Eso es —dijo Doc sin dejar de manipular en el aparato—. El fenómeno productor de ondas ultrasonoras es poco usual por ello casi desconocido todavía, al decir de los sabios.

—¿Lo cual quiere decir en este caso…? —dijo Monk insistiendo.

Una ametralladora dejó oír tal vez su tableteo. Sin embargo, ningún proyectil penetró en el pasillo.

—Este aparato —Doc indicó a las cajas—, produce ondas ultrasonoras de una longitud extremadamente corta. Ahora bien: dichas ondas poseen la particular propiedad de…

—Paralizar todo sonido —concluyó el químico rápidamente.

—No —replicó el hombre de bronce—, esto no es posible. Simplemente paralizan el tímpano del oído humano hasta dejarle insensible al sonido. Las ondas ultrasonoras, la vibración del aire, afecta de tal modo el mecanismo del oído que le incapacita totalmente.

Monk lanzó un gruñido de alivio.

—Ah, ¿conque era este el secreto de los períodos de absoluto silencio? —interrogó.

—Ese era.

Doc manipulaba en el aparato. Ya había establecido un contacto en varios puntos distintos. Ahora comenzó a darle vueltas a las llaves.

El resultado de esto fue inesperado. Un tremendo ruido ensordecedor llenó los ámbitos de la cueva. Al parecer salía de todas partes y su potencia era tal, que les levantó dolor de cabeza.

No es suficiente la palabra para expresar lo que era aquello. Doc cerró las llaves y cesó el rugido.

—Esto me explica una cosa que me tenía perplejo —declaró—. ¡El problema insoluble de los rugidos!

—¿Qué es lo que los motiva?

—Este aparato cuando no se le dispone como es debido.

Renny exclamó con su voz tonante:

—Bueno, ya está resulto el misterio. ¡Una o dos veces he tenido ocasión de oír esos rugidos y te aseguro que me pusieron el cabello de punta!

Doc examinaba atentamente el aparato como si quisiera penetrar todos sus secretos.

—Sí, hay que disponerle bien —afirmó—. No tiene nada de extraño porque es complicadísimo.

Y continuó su manipulación. Monk interrogó, señalándolo, al propio tiempo:

—¿Qué piensas hacer con él cuando hayas logrado hacerle funcionar?

—Pues dejarle abierto —manifestó el hombre de bronce—, de esta manera podremos acercarnos a la entrada de la cueva sin que nos oigan los bandidos, cogeremos a algunos y pondremos en fuga a los demás.

Tan inesperadamente que sorprendió a todos ellos sonó una voz femenina a la entrada de la cueva.

—¡Eh! ¿No ha quedado nadie para contarlo ahí dentro? —decía. Era la voz de Retta.

Doc abandonó el aparato productor de silencio y corrió a la entrada del pasillo. Los rayos de un sol espléndido caían de lleno sobre la muchacha, que, de pie, junto a la abierta trampa de la cueva, sostenía una ametralladora con al cual amenazaba al grupo de hombres alineados delante de ella.

—Les he dado el alto a medida que han ido saliendo —dijo gozosa a Doc—. ¿Le sorprende verme tan bien armada? Esta ametralladora pertenece a uno de los hombres vencidos por usted mismo antes de meterse en este antro.

Doc se la quedó mirando. No dijo nada, pero se veía que hubiera querido manifestarle su gratitud.

—Ya ve como soy buena —declaró ella adivinando su intención

—. Tendrá que confesarlo al cabo.

Su rostro era digno de estudio. Todo él estaba lleno de polvo y tenía saltada la piel de la nariz y de la barbilla.

—Yo le recomendé que no me siguiera.

—Es verdad, pero —dijo señalando con un amplio ademán de su brazo a los prisioneros—, de no haberle desobedecido se nos hubieran escapado.

—Usted me ha seguido —insistió Doc con inusitada terquedad —. Ahora comprendo que fue usted también la que se cayó por la escalera y lanzó los gritos que provocaron la batalla antes de tiempo. De no ser así, hubiera podido dormir a los bandidos con mi gas anestésico y nadie habría sufrido daños mayores.

Ella le sonrió despreocupadamente.

—Ya veo que continúa sabiéndolo todo —respondió.

Doc guardó silencio. Procedió a verificar un registro de los que todavía continuaban armados.

En el bolsillo de uno de ellos encontró las llaves de las esposas que ceñían las muñecas de sus camaradas, y las abrió, librándoles de la molestia de estar maniatados.

Ellos se las ciñeron a los más beligerantes de sus prisioneros. Monk se sopló vigorosamente las muñecas al quedar ellas desembarazadas de las anillas de acero.

Durante la lucha le habían arañado y desgarrado la piel así como la carne, en varios puntos distintos y le escocían.

Mirando ceñudo a sus cautivos, exclamó.

—¡Tentaciones me dan de dejarles secos ahí mismo!

Los cautivos se retorcieron. Tomaban en serio sus palabras.

—Ya sé lo que voy a hacer —siguió diciendo el químico—. Iré en busca del diablo rugiente y le ataré muy fuerte. De ningún modo deseo que se nos escape.

Encendió la lámpara de bolsillo y entró en la cueva.

Retta miró a Doc Savage.

—¿Posee las pruebas necesarias para llevar a estos hombres a los tribunales? —inquirió—. Si las tiene les ahorcarán.

—Jamás pisarán un tribunal —manifestó él resueltamente.

La muchacha demostró extrañeza.

—¿Que quiere decir? —interrogó.

Doc sin embargo no le dio la satisfacción de hacerle saber que

todos sus prisioneros serían llevados a la famosa institución destinada a la cura de criminales que había levantado, a sus expensas, en la parte norte del Estado.

Ni tampoco debía saberlo. Con excepción de él mismo y de sus cinco ayudantes, sólo contadas personas conocían, en realidad, la existencia del establecimiento.

Monk salió triunfante, al cabo, de la cueva, arrastrando en pos de sí un cuerpo inerte.

—¡Aquí está! —dijo. Y le dejó en el suelo.

Retta le miró estupefacta.

—¡Anda! Si es mi jefe, mister Venable Mear —exclamó después.

Doc tornó a entrar en la cueva en parte para asegurarse de que ya no quedaba en ella ningún enemigo privado de sentido que, al recobrarlo, pudiera darles un disgusto y en parte para huir de Retta Kenn. Era una muchacha muy dispuesta y valiente como pocas de las que él había conocido.

Pero, en ocasiones, le parecía atrevida en exceso o se alababa en demasía.

Por ello le irritaba. Como ninguna de las cinco víctimas de la batalla parecía dispuesta a recobrar el sentido, dedicó toda su atención al misterioso aparato transmisor.

Era muy interesante, un invento de los más avanzados de nuestra época y por eso decidió llevárselo al laboratorio del rascacielos estudiar su funcionamiento con más tiempo.

No le cabía duda de que lo había inventado D´Aughtell, pero confiaba que, al cabo, el inventor hablaría. Ya se regodeaba por anticipado de las excelencias de su estudio.

Convenientemente adaptado a las exigencias del presente, el aparato podía serle de gran utilidad.

¡Cuándo iba a trabajar en él! Se engañaba. Trabajaría mucho, mas no en el aparato que tenía delante, sino en la solución de un nuevo caso misterioso.

Por suerte estaba ignorante de ello. Así, dejando el aparato productor del silencio, volvió a la luz del día. Retta se había llevado a Monk aparte y aparentemente el químico había estado hablándole de Doc.

—Es todo un caballero —decía a la sazón la muchacha—. ¡Sería un esposo excelente de la mujer que ame como él las aventuras!

—Sin embargo, no le interesan las mujeres —replicó Monk—. A mí mucho. ¿Qué le parezco yo como marido futuro?

—¡Uf! ¡No hablemos de ello! —replicó con calor la muchacha.

FIN